

Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo
VOLUMEN I

HOMENAJE
A
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

4.4209
H 2

921
H

HOMENAJE
A
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

UNIVERSIDAD DE SANTO DOMINGO

————— VOL. I —————



921
H



PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
(1884 - 1946)

(Oleo de López Mezquita)

11

2

HOMENAJE A
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

*Discursos pronunciados en el Acto Académico celebrado
en el Paraninfo de la Universidad de Santo Domingo
el 29 de Junio de 1946, para rendir homenaje
póstumo al ilustre compatriota.*

Biblioteca de la
Universidad de Santo Domingo



*El trabajo te dará todo lo que
necesites y en cada libro encontrarás
muchas cosas bellas y útiles.*

RAFAEL L. TRUJILLO

POL HERMANOS - ARZOBISPO MERIÑO - CIUDAD TRUJILLO

13650 -20

BNPHU

PD-RV

RD 864.4209

H519z4

e.2



INDICE

Pedro Henríquez Ureña (1884-1946)

Por el Lic. Pedro TRONCOSO SANCHEZ 7

Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña

Por el Lic. Emilio RODRIGUEZ DEMORIZI..... 15

Pedro Henríquez Ureña, Filósofo y Humanista

Por el Lic. Andrés AVELINO..... 87

Pedro Henríquez Ureña, Filólogo y Folklorista

Por Doña Flérida de NOLASCO..... 119

600
Rb 561.42
058h
e. 5

I
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
(1884-1946)

Por el Lic. Pedro TRONCOSO SANCHEZ
Decano de la Facultad de Filosofía

013442



1911
1912
1913

921
H

ANTE una muerte como la de Pedro Henríquez Ureña, que tiene el carácter de hecho histórico en el mundo de habla castellana y que, por ser él como era y por lo inesperada, ha producido tan extraordinario sentimiento de dolor, no quedará nunca bien cumplido el deber impuesto al cronista de escribir una nota necrológica fuera del molde adocenado y ajustada al vasto y trágico sentido del acontecimiento. Su asunto, en este caso, es superior a las posibilidades de la pura nota informativa y panegírica.

De la reciente partida del ilustre profesor y publicista puede decirse que para la historia cultural dominicana un suceso luctuoso de tanta magnitud no había ocurrido desde que Eugenio María de Hostos dejó la vida el 11 de agosto de 1903. Hay muchas semejanzas entre una y otra grande muerte, pero junto a ellas procede señalar una diferencia que las aproxima en un común efecto desgarrador: mientras la muerte del educador y sociólogo puertorriqueño fué dolorosa por haber vivido y muerto entre nosotros, la del maestro y humanista dominicano es más amargamente llorada por haberse antepuesto prematuramente a su regreso a nosotros.

“La de los ojos profundos” le sorprendió el 11 de mayo del 1946, simbólicamente, en el tren que durante más de veinte años le había llevado casi diariamente de Buenos Aires a La Plata a realizar su misión docente. Fué ahí donde murió, en ese tren habituado a acomodar respetuosamente su ritmo de acero, durante la hora de viaje, a la silente meditación del dulce profesor de mirada mansa y suaves movimientos, de quien era fama, entre los viajeros, ser tan sabio como santo.

DIRECCION GENERAL
DE
BIBLIOTECAS



Le sorprendió ante aquel reiterado paisaje urbano-campestre de entre ambas ciudades, de pampa y hierro, cielo y humo, rebaños y obreros, que nunca se gastó en su retina siempre amorosamente atenta a los hombres y a la naturaleza.

Seguramente la vió llegar sin temor aquel espíritu imperturbable y fuerte que según propia confesión no recordaba haber sentido jamás flaquear el ánimo. En aquel momento supremo sí le angustió en cambio, sin dudas, en su ocasional y cruel soledad, la imagen de sus hijas, de su esposa, de sus discípulos, de su patria distante, y compadeció con su enorme corazón, dado a la renuncia por los otros, a los que iban a llorar su muerte.. Cayó súbitamente, fulminado por la hemorragia cerebral, como caen los grandes luchadores que piden a la vida, sin prudencia alguna, todas las fuerzas que ella puede darles para ofrendarlas a un ideal hasta que la vida se rinde extenuada ante las reiteradas exigencias del espíritu. Cayó así, repentinamente en medio del trabajo ardoroso, como Franklin Delano Roosevelt, con el mayor mérito para él de que mientras el presidente norteamericano gozaba diariamente de la notoriedad de su lucha, Pedro Henríquez Ureña nunca vió en grandes titulares los ecos de la suya.

No es esta nota la ocasión para hablar extensamente de la obra que iba edificando aquella lucha sin tregua comenzada en la adolescencia y terminada en el instante mismo de su muerte y que abarcaba los campos de la ciencia pedagógica y su práctica; de la literatura universal, especialmente la española y la inglesa; de la crítica, de la lingüística y la filología; de la filosofía, de la historia de todas las artes; pero sí oportunidad para hacer resaltar brevemente que Pedro Henríquez Ureña fué maestro en las tres Américas: la hispana, la anglosajona y la lusitana, y también en España, Francia e Inglaterra, y que hubiera podido serlo eminentemente en todas partes, porque vivió plenamente la cultura humanística de su tiempo como muy po-

cos la han vivido, porque fué uno de los primeros órganos expresivos de ella, y porque, como tal, fué uno de los más genuinos representantes del moderno espíritu ecuménico.

Su proximidad personal producía, como el estudio de sus obras, una impresión muy excepcionalmente sentida: la de estar ante un saber inconmensurable y ante una visión taladrante lanzada desde tan alto que movía a reverencia. Todo el que le conoció tuvo que inclinarse respetuoso ante la autoridad de su sapiencia. Su capacidad receptiva y cognoscitiva y la vastedad de sus conocimientos eran tan amplias, tan perfectas, tan inagotables, que cualquiera podía pensar que Pedro Henríquez Ureña conocía exhaustivamente aún hasta cosas que no se había propuesto conocer. De otro modo no se explicaría bien, por ejemplo, su profundo conocimiento de las matemáticas, al grado de tener como diversión juntarse con grandes matemáticos como Rey Pastor para resolver problemas especialmente difíciles; y no se explicaría tampoco la extensísima erudición musical que poseía. Entre los numerosos saberes que él no contaba dentro de su saber puede citarse, como un caso que nos interesa, conocimiento de su país y de los dominicanos. No obstante haberse ausentado desde principios de siglo, estaba mejor enterado, por ejemplo, de la genealogía de las familias dominicanas conocidas que muchos que permaneciendo en él quisieron ser genealogistas. Pero su riqueza interior no se resolvía tan sólo en un dilatado saber. Era además un pensador en la mejor acepción del término. Cualquiera situación de la vida diaria le arrancaba meditaciones filosóficas, psicológicas, antropológicas, sociológicas, que le revelaban como un inquieto investigador que se mantenía buscando, por innata inclinación, una explicación última a los sucesos y las cosas. A esto unía las exquisitas y originales expresiones de su honda sensibilidad estética y de su imaginación de artista. Muchas veces declaró entre amigos no haber podido hacer

la obra literaria y de pensamiento que tenía planeada por haberse convertido en un esclavo de la cultura. En realidad, estaba encadenado a agotadoras obligaciones editoriales y docentes.

Junto a sus altos valores intelectuales, encarnó Pedro Henríquez Ureña resaltantes cualidades morales que hacían admirar en él, al par que al aristotélico sabio universal, al hombre de talla socrática. Es corriente oír a sus amigos que su bondad tocaba las lindes de la santidad. Era ejemplo vivo de auténtica modestia y sencillez. Tenía una disposición espontánea y callada al sacrificio, al servicio desinteresado en favor de los demás cuando de servir el pan de la cultura se trataba. Era amoroso y compasivo y poseía en alto grado el sentido de la amistad. Gran amante de la plática, con igual dedicación e interés se entregaba a conversar con un colega como con un campesino o con un niño. No conocía el miedo, ni el desaliento, ni la ira. Un espíritu sereno y un sistema nervioso equilibrado armonizaban en él para crear un permanente estado de calma beatífica e imponente, como la de las altas cumbres. Al lado de estos elevados valores morales, poseía el privilegio de captar intensamente la belleza dondequiera que estuviera: no solamente en las artes literarias, sino en todos los géneros de la música, aún en la popular; en las artes plásticas, en la arquitectura, en la naturaleza.

Tal fué, a grandes rasgos, el hombre cuya reciente desaparición no tenemos palabras adecuadas para lamentar.

Dentro del duelo del mundo de las letras, con motivo del fallecimiento de Pedro Henríquez Ureña, el de la Universidad de Santo Domingo, en cuyo cuadro de profesores figuraba, se ahonda por la circunstancia de no haber vuelto a tenerle en su seno, constituído, como el primer sabio dominicano que era, en el eje de nuestras actividades culturales, y porque el estandarte de luz que acaba de abandonar su mano no encuentra en el país la de un sucesor que, por su falta, sea desde hoy

la figura descollante que ha de seguir enlazando nuestra cultura con la del resto del mundo.

La Universidad de Santo Domingo une este duelo al dolor de la esposa del maestro, doña Isabel Lombardo Toledano de Henríquez, y de sus hijas, Natalia y Sofía; al de las Universidades en donde él trabajó; al de sus compañeros y discípulos; y al del pueblo y el gobierno dominicanos, que tan elocuentes homenajes ha rendido ya a la memoria del ilustre compatriota desaparecido.

II

DOMINICANIDAD DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por el Lic. Emilio RODRIGUEZ DEMORIZI
Catedrático de la Facultad de Filosofía



Señor Rector de la Universidad de Santo Domingo,
Señoras y señores:

No el elogio del sabio, ni la grandilocuente apología del virtuoso, sino el sencillo encomio de la férvida dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña, ha de ser el homenaje más caro al espíritu que ya mora en la excelsa mansión de los justos. Porque en su vida consagrada al humanismo, en lo hondo de sus inagotables ansias de sabiduría, por encima de su alto magisterio y de sus devociones estéticas, estaba su amor de patria, amada con orgullo por sus glorias, querida con pena por sus vicisitudes.

En Pedro Henríquez Ureña se cumplieron los claros vaticinios de la madre-poeta, la egregia mujer dominicana más digna del mármol. Corría el año de 1887. El infante apenas contaba tres abriles y ya la madre augusta había de inclinarse a recoger las tempranas inquietudes de su alma, como ante una flor abierta antes de tiempo:

¿Qué es Patria? ¿Sabes acaso
lo que preguntas, mi amor?
Todo un mundo se despierta
en mi espíritu a esa voz.

.....

¿Qué es Patria? De tu inocencia
al purísimo candor
para hablarle de la Patria
no halla el labio una expresión.

En mis ojos arder siento
de una lágrima el calor,
meditando lo que ansías
avanzar a tu razón:

que tan sólo tres abriles
a tu frente dan su albor,
y te mueve ya ese nombre
a curiosa indagación...

.....

Al llegar a los seis años revela el niño precoz austeridad, y con unción de madre y pitonisa la insigne mujer le ofrenda sus postreros versos, su canto de cisne, luces arrancadas al misterio del porvenir:

Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio, en los vergeles.

¡Si lo vierais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:
la fuerza del progreso lo domina.

Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.

Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.

Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.

Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi ternera
y digo al porvenir: ¡Te lo confío!

Dentro de esa órbita de la poesía maternal se mueve imperturbable la vida luminosa de Pedro Henríquez Ureña, como si él se empeñara en ser fiel a su destino; a la noble aspiración de que él fuese cabal hombre de estudio, amante de su patria. Eso fué siempre, sin una sola y breve desviación, el ilustre hijo de Salomé Ureña, en cuyo hogar se formó su espíritu, se acendrarón sus gustos literarios, se afinaron sus sentimientos y echó raíces vigorosas su devoción por la tierra de sus mayores. "Todo ello, decía Menéndez y Pelayo refiriéndose a **Horas de estudio**, es prueba de exquisita educación intelectual comenzada desde la infancia, y robustecida con el trato de los mejores libros". "De ilustre prosapia dominicana, encontró en su propia casa una alta tradición literaria", afirma Chacón y Calvo. "Creció, —dice el Dr. Américo Lugo—, bajo profético influjo. Fluctuó primero entre dos mundos: la poesía y la ciencia. Pagó tributo a la estirpe materna, y fué musageta en **Lo inasequible** y **Al mar**, en **Flores de Otoño** y **Mariposas negras**; pero rindióle al fin el pujante temperamento paterno, y ya en 1905 era el más notable crítico dominicano".

En efecto, su formación intelectual tenía sus bases forjadas aquí mismo: para penetrarse de ello basta leer su crítica de la obra literaria de Nicolás Heredia, su paráfrasis de un soneto de Baudelaire, sus notas acerca del teatro moderno, publicadas a fines de 1900 y a principios de 1901 en la revista **Nuevas Páginas**, animada por admirable grupo juvenil que encabezaban Apolinar Perdomo, Porfirio Herrera, Juan Esteban Buñols y Bienvenido Iglesias.

Henríquez Ureña sólo contaba entonces diez y seis años, y ya nos daba a conocer el teatro de Ibsen, todavía ignorado en nuestra América, y hablaba de los es-

tudios literarios que habían de acometerse "con saber y paciencia", temprana norma de sus propios afanes. Su salida hacia el Norte, el 19 de febrero de 1901, en viaje de estudio, y su permanente radicación en otras playas, sólo fueron para enriquecer y madurar los conocimientos adquiridos y para darle nuevo y más ancho ámbito a sus inquietudes espirituales. La raíz del noble árbol quedaba aquí, muy honda, sin que pudiera mixtificarse la inagotable savia, mientras las altas ramas se extendían, movidas por las auras de la universalidad, hacia todos los horizontes.

En **Horas de Estudio**, publicada en París en 1910, el autor reconocía la influencia, en sus aprendizajes juveniles, de la atildada Leonor Feltz, a quien llamaba su guidora en la vía de la literatura moderna. Y no vacilaba en declarar que esa fué para él la época decisiva y que esa influencia continuaba presidiendo sus horas de estudio, sus días alciónicos. A la ilustre discípula de Salomé Ureña, quizás el alma dominicana que haya sentido con más hondo y silencioso dolor la muerte del Maestro, Pedro Henríquez Ureña le dedicó su libro, pero también a la patria, que él llamaba entonces "patria lejana y triste, triste como todos sus hijos, solitaria como ellos en la intimidad de sus dolores y de sus anhelos no comprendidos".

Pero en la obra éstos no son los únicos signos de su entrañable dominicanidad. En cuatro partes se divide el libro y una de ellas se titula **De mi patria**. Las primeras páginas son su voz de protesta, desde México, para que no se continúe la torre inconclusa de nuestra Catedral. "¡Respetad lo antiguo! Conservadlo; hacedlo vivir contra la invasión destructora de la vejez; hacedlo vivir con vida propia. . . Sabed amar lo incompleto! ¡Amad la Catedral sin torre! Sabed amar la Catedral de Santo Domingo". Así exclama el ausente, con su angustioso amor por lo nuestro. Después habla extensamente de la **Vida intelectual de Santo Domingo**, de nuestra **Literatura histórica**, de los poetas José Joaquín Pérez y Gastón Deligne. Son ensayos de cálido

acento dominicanista, escritos en La Habana y México, de 1905 a 1909.

Su profundo conocimiento de las máximas creaciones del arte y de las letras universales, desde los griegos hasta Paul Valéry, no le hicieron veleidosa y fácil presa del desdén por lo nuestro, que era parte de su propia sustancia. Así pasaba de Walter Pater y del teatro griego, de los asuntos más altos de la literatura, a los temas dominicanos, en un dulce y constante regreso a sí mismo, a lo suyo, a su patria, que él quizás vería como una materialización del espíritu de la madre amantísima.

Desde que en la primera juventud se ausenta de sus lares, en el más largo viaje de estudios que haya realizado ningún dominicano, siempre está pendiente de su patria: desde la bulliciosa Nueva York envía sus nuevos escritos acerca de Ibsen; en La Habana escribe sagaces juicios de la poesía de Gastón Deligne; en México, en 1910, se da a la ímproba faena de recoger materiales para la historia de la cultura dominicana: los útiles pero largos y enfadosos capítulos de la **Biblioteca de Beristáin**, relativos a personajes de la Española, que reproducía aquí la espléndida revista **Ateneo**. En 1911 vuelve por escasos días a la villa natal, y en la breve estancia halla tiempo para recoger romances tradicionales y para renovar afectos e impresiones de la patria.

Ha comenzado ya su brillante carrera de escritor, y en todas sus creaciones va dejando los signos de sus fervores patrios. En donde menos sospechemos encontrarle, allí está el nombre de Santo Domingo. En **La utopía de América** habla de México, y agrega: "que conozco tanto como mi Santo Domingo". Y refiriéndose a la obra educativa de Hostos y de Salomé Ureña en medio a la ominosa tiranía de Ulises Heureaux, lanza esta optimista exclamación: "la prédica y la fundación de escuelas. . . en aquellas tierras invadidas por la cizaña, rendían frutos escasos; pero ellos nos dan la fe: no hay que desesperar de ningún pueblo mientras haya en él diez hombres justos que busquen el bien!"

En su obra **Seis ensayos en busca de nuestra expresión** hallamos referencias y comentarios de nuestra vida intelectual en la Colonia, de que él se sirve para reforzar sus sólidos juicios. En la antología **Cien de las mejores poesías castellanas**, incluye honrosamente a tres poetas dominicanos: José Joaquín Pérez, Salomé Ureña y Gastón Deligne. En **Plenitud de España** abundan las añoranzas de la patria: la gesta de los dominicos de la Española, siempre viva en su mente; los versos oídos en su infancia; las reliquias arquitectónicas de Santo Domingo y de Santiago; la estancia de Tirso de Molina en la vetusta Ciudad Primada. Son recuerdos que enlaza en los asuntos más apartados de lo puramente americano, como si se complaciese en darle sitio a su pueblo en el augusto banquete de la cultura, para rendirle culto, para fortalecer su espíritu, para brillantar su nombre.

En 1940 y 1941 dictó el Maestro, en la Universidad de Harvard, las memorables conferencias recogidas en volumen en 1945 con el título de **Literary currents in Hispanic America**, —corrientes literarias de Hispanoamérica—, obra maestra en que está patente, con el fervor de siempre, la irrestricta dominicanidad del humanista. “En mi nativo Santo Domingo”, dice, en una de las innumerables menciones de su patria, siempre envuelta en aureolas de simpatía; habla con vivo encomio de sus monumentos, de su música, de sus escritores y maestros, y cita a poetas nuestros en momentos culminantes de la poesía hispanoamericana, desde la mística Leonor de Ovando hasta Gastón Deligne, y hasta Héctor Incháustegui, a quien nombra en el alto coro de figuras representativas tan notables como Borges, Neruda y Cardoza.

Entre los trabajos de Henríquez Ureña hay uno bien significativo, revelador de su entrañable dominicanidad: **Vida intelectual dominicana**, que es de los capítulos de **Horas de estudio**, escrito en 1908. Años más tarde, en 1917, el trabajo aparece ampliado con el título de **Literatura dominicana**, y en 1936 el breve fo-

lletto se refunde en la erudita obra **La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo**, dedicada a un dominicano: al Dr. Américo Lugo. El caso es tan sencillo como significativo. Revela cómo el ilustre compatriota, a través del tiempo, iba acumulando noticias de su patria sin perder un solo dato, leyendo largas y pesadas colecciones de documentos, relejendo las Crónicas de Indias en minuciosa investigación de lo nuestro, tras el grano de arena con que pacientemente había de levantar la noble arquitectura. Sin embargo, no le bastaba tan largo afán, y dando una muestra más de su ausencia de pueril engreimiento, descendía hasta uno de sus discípulos dominicanos en solicitud de algún dato que la distancia no hubiese dejado llegar a su conocimiento. El proceso de formación de esta obra, tanto como su contenido, es una de las mejores prendas de la honda dominicanidad de Henríquez Ureña. En ella insiste en revelar nuestras relaciones culturales con los demás países del Continente en el pasado, de tal manera, puede afirmarse, que no hay en la bibliografía hispanoamericana ningún libro como éste en que sea tan marcado el empeño en el fraternal enlazamiento de mentes y corazones y pueblos de los bellos tiempos de nuestra unidad hispánica.

Si Venezuela y Colombia se ufanan de haber producido a Andrés Bello y a Rufino José Cuervo, así nosotros podemos señalar en Pedro Henríquez Ureña al más docto continuador de ambos maestros. Ya lo decía Gonzalo Zaldumbide en 1921: "él renueva o más bien contribuye a consolidar, porque ella era inestable o episódica, la gloriosa tradición de los Bello y de los Cuervo".

Su obra **Sobre el problema del andalucismo dialectal de América**, fundamental en la materia, y **El español en Santo Domingo**, el de mayor aliento entre sus estudios filológicos, no sólo son abundosas fuentes de noticias dominicanas, sino constituyen también nuestra definitiva consagración como punto de partida y materia de examen inevitable, en el estudio de la filolo-

gía hispanoamericana. **El Español en Santo Domingo**, en gran parte forjada con elementos sustanciales tomados directamente del lenguaje dominicano, recuerdos de la primera juventud renovados en sus fecundas visitas a la tierra nativa, ocupa un lugar paralelo al de las magistrales **Apuntaciones al lenguaje bogotano**, de Cuervo, pero con las ventajas de las modernas conquistas en el campo de la filología, severa y sugestiva ciencia hacia la cual derivó, en los últimos días, el espíritu inquisitivo de Henríquez Ureña. Podemos, pues, enorgullecernos de algo más que del gran saber del humanista y del filólogo: la aplicación, la fervorosa dedicación de su sabiduría a las cosas dominicanas.

Puede afirmarse que en Pedro Henríquez Ureña el escritor vino a ser lo accidental. El era, por encima de todo, un maestro de alta cultura. Nunca tuvo las ansiedades del publicista; jamás le aguijoneó prisa alguna en publicar un libro. Prefería desatar el ancho río de sus conocimientos, siempre claro y sereno, en el ávido surco del discipulado. Por eso sus libros tienen el reposado acento de la cátedra. Por eso, también, debemos agradecerle aun más que la principal porción de su obra escrita se refiera a su patria, parcial o totalmente. En efecto, si el carácter distintivo de su producción literaria y científica era la probidad, como señalaba en 1928 Baldomero Sanín Cano, la parte afectiva que hay en sus libros, que hay en el fondo de toda obra del espíritu, era su amor de patria, su desvelada dominicanidad, su retornar constante a los deleitosos recuerdos de la tierra amada. Eran los pensamientos placenteros de que hablaba Montaigne, para quien el arte máximo de la vida consistía en multiplicar esos pensamientos hasta donde fuese posible.

En sus obras Henríquez Ureña insistió siempre en nuestra primacía como centro primigenio de la civilización americana, pero también señalaba nuestros valores modernos. En sus libros repite una serie de afirmaciones en que podría señalarse una viva y apasionada dominicanidad, sorprendente en un crítico de juicio

tan severo y tan parco en la adjetivación y en el énfasis: dice, por ejemplo, —y es ya concepto generalmente aceptado por todos—, que las mejores obras de asunto indígena se han escrito en Santo Domingo y Uruguay; que Galván, es “uno de los primeros prosadores castizos de América”, y “Américo Lugo, el primer prosador de la juventud antillana...” De *La vuelta al hogar*, de José Joaquín Pérez, dice que “es el más intensamente lírico, el más radiosamente optimista grito de júbilo que ha lanzado la voz de la poesía antillana”; agrega que el poeta es “esencialmente antillano y novo-mundial” y le asigna, también en la poesía antillana, el mismo papel de Tennyson en la poesía británica y en grado superior al de Longfellow en la de Norteamérica. A la poesía de Gastón Deligne le da sitio entre la más selecta del Continente, y dice del poeta que creó “su propio género, único en la América: el poema psicológico”. En 1909, hablando de su interés por la poesía de Deligne, decía: “interés que existió, puedo decir, desde mi infancia, pues en mi casa se me enseñó a admirarle, a él y a todos los altos espíritus del país”, y agregaba: “Yo mismo, de no haber viajado, acaso pondría a nuestro poeta a la cabeza de todos los de nuestra América”. Una de las figuras más reverenciadas por él, de la que más habló en sus escritos, fué Hostos. Y no hablaba de Hostos sin colocarlo en el escenario dominicano, librando aquí sus más nobles batallas por la cultura, como la más alta cima desde donde, como Sinaí de sus apostolados, le dió a la América las normas y leyes de su espíritu. Así, sin vanos titubeos, le daba a lo nuestro el rango que tantos otros se complacen en ignorar, en desdeñar o en destruir. Porque su dominicanidad era toda una permanente sucesión de ideas, de sentimientos y de empeños constructivos, bien lejos de la desalentadora tendencia del negador de cuanto hay de bien y de belleza y virtud en nuestra casa.

Ya, por obra suya, no son escasos los libros que nos llegan de la Argentina, de México, de Cuba, de Norteamérica, de España, en que se habla de Santo Domin-

go con exactitud perfecta: así en la obra de Cometta Manzoni, acerca de la poesía indigenista en la América; en el erudito libro de Rosenblat, concerniente al estudio de la población del Nuevo Mundo; en la obra argentina de Cabrera acerca del caballo; en libros de Alfonso Reyes, Chacón y Calvo y otros muchos. Es producto de la austera intervención de Henríquez Ureña, en los múltiples aspectos de la cultura hispanoamericana. Era el silencioso anhelo de incorporar a su patria en todo aquello en que él pudiese poner cerebro y corazón, aún en las disciplinas más ajenas a las suyas, y nadie como él obtuvo tan fecundos resultados en el alto propósito. Fué así el continuador de una gloriosa tradición dominicana: la de los ilustres dominicanos de los tiempos coloniales que arrastrados por las desdichas de la Española fueron a otras playas a erigirse en forjadores de cultura, particularmente en las Antillas, México y Venezuela. ¡Quieran nuestros buenos hados que pronto surja entre nosotros la mente esclarecida que reanude el luminoso hilo de tan esclarecida tradición; que reemprenda la cruzada del espíritu y de la dominicanidad que el Maestro realizaba sin empeño en que sus compatriotas lo advirtiesen, como la madre que aún dormido el hijo le lleva a los labios el seno generoso!

No fué indiferente, ni podía serlo, a las luchas por la liberación de la patria, uncida al yugo de Norteamérica. Acudió a prestarle los mejores servicios a la Junta Nacionalista del Exterior y auxilió férvidamente a su ilustre padre, el Presidente *de jure* de la República en receso, Dr. Francisco Henríquez y Carvajal. Así lo recuerda Fabio Fiallo, brevemente, en uno de sus libros: "La Junta contó siempre con la entusiasta ayuda del Dr. Pedro Henríquez Ureña, entonces catedrático de la Universidad de Minnesota". Y es digno de recordarse aquí este olvidado gesto del admirable compatriota. En los días iniciales de la infausta ocupación americana, cuando el Maestro se hacía cargo de su cátedra, el *Journal* de Minnesota deslizó una frase en que insinuaba que él prefería los Estados Unidos a Santo Domingo.

La necesaria aclaración no se hizo esperar y en carta del 28 de septiembre de 1916 le decía al *Journal*: "Me veo obligado a corregir la suposición de que yo pueda preferir ningún país a mi propio Santo Domingo. Creo que soy lo bastante cosmopolita para gustar de todos los países, —como en realidad gusto—, pero el mío, pobre e infortunado como es, es el mío, para bien y para mal, "right or wrong" como diríais vosotros mismos. No me agrada entretenerme en comparar diversos países; lo que me gusta de cada uno es su carácter individual, su originalidad nacional. Para gustar de los Estados Unidos no se necesita hacer comparaciones. En cuanto a mi trabajo en la Universidad, no podía yo dejar de venir después de haber aceptado mi nombramiento, y desde luego, celebro estar aquí. . ."

No quedaron ahí las cosas, y, en vista del escarceo, le entrevistó un redactor de otro periódico, el *Minneapolis Tribune*, que publicó este suelto el 1º de octubre: "Mr. Henríquez declaró no ser hyphenate. Nos dijo: "Vosotros sois un pueblo grande y feliz; nosotros en Santo Domingo somos un pueblo pobre e infortunado, pero mi devoción es toda para mi propio país. Se ha dicho que prefiero los Estados Unidos. No es verdad". En esa misma época, 1918, Jacinto B. Peynado le llamaba "Nuestro primer hombre de letras"; y no le habría llamado así de no verle partícipe de las desventuras nacionales de esas noches aciagas.

No obstante su larga ausencia de la Patria, en ambientes bien propicios a sus afanes, en el corazón del Maestro se mantenían vivos sus anhelos de retorno. En 1927 escribía: "No hallo, por desgracia, perspectivas favorables a deseos míos: la posibilidad de regresar algún día, definitivamente, a vivir allá. Aquella situación, enredada, por lo interno y por lo externo, parece estorbar toda labor seria que aspire a ser sostenida. Sin embargo. . . si fuera posible hallar allí trabajo y pasto para mis actividades y hogar cómodo y seguro para mi familia, me iría". Poco después se realizaba su deseo. En 1931, con la altruista aspiración de aprovechar los

conocimientos de Pedro Henríquez Ureña en el desenvolvimiento de la educación pública, el Presidente Trujillo le llamó a la tierra nativa. Vino el Maestro y puso el corazón en el empeño, no sólo en la Superintendencia de Enseñanza, sino también en la Universidad y en las instituciones culturales en que su presencia fué como la de un moderno Señor Hostos, si menos agitado por las ideas políticas que fueron obsesión y tortura del Apóstol, de más cristiana mansedumbre.

Aquí, en el nuevo afanar, preparó la segunda edición de su obra **La versificación irregular en la poesía castellana**, con la que conquistó "una nueva provincia para la historia literaria", según la autorizada afirmación de Menéndez Pidal. En la advertencia no se limita a una simple fecha, una sola cifra, sino a algo más que constituye un homenaje silencioso, un testimonio de sus simpatías por esta casa de estudios, quizás inadvertido: **Universidad de Santo Domingo, noviembre de 1932**. Además, en la obra magistral no falta la mención de poetas dominicanos: de Domingo Moreno Jiménez, de Ramón Emilio Jiménez, de Andrés Avelino, de otros. Nada, pues, más atinado ni más justo que la plausible iniciativa del Presidente Trujillo de darle el nombre de **Doctor Pedro Henríquez Ureña** al edificio de aulas de la Facultad de Filosofía en nuestra Ciudad Universitaria.

Los testimonios extraños de la dominicanidad de Henríquez Ureña son innumerables, mucho más que los nuestros: desde Menéndez y Pelayo, quien al corresponder a una carta del joven crítico la califica de "doblemente grata por su contenido y por venir firmada por un hijo de aquella insigne mujer que en la historia literaria de Santo Domingo representa el mayor esfuerzo de noble y elevada cultura", hasta Enrique Diez-Canedo, quien, en 1923, en la revista madrileña **España**, le hace este elogio: "Amante, como el que más, de su patria; alejado de ella desde que se inicia su madurez; viéndola atravesar estoicamente los tiempos más

ásperos, sabe ofrecerle, de continuo, el puro homenaje de su labor diaria. . . .”

Ahora, con el aciago motivo de su muerte, en todas partes le llaman “el eminente humanista dominicano”, lo que no empece para que en la Argentina, en México, en Cuba, le estimen como suyo. “Un dominicano que supo pensar y obrar como un ciudadano de América”, le considera el azteca José Luis Martínez; y Alfonso Reyes, de los más amados de sus amigos, le llama “nativo de la hermosa isla antillana, la predilecta de Colón, brote de una familia ilustre en la poesía, en la educación y en el gobierno”. “Era entrañablemente dominicano”, dice de él uno de sus mejores amigos argentinos, el docto profesor Juan Mantovani. “El humanista, el maestro, el escritor dominicano. . . ; el dominicano de acento universal. . . ; uno de los espíritus más universales que ha habido en América. . .”, dice de él uno de sus más devotos, el insigne ensayista cubano Chacón y Calvo.

A tan autorizado reconocimiento del patriotismo de Henríquez Ureña debemos agregar el de un dominicano, el de Américo Lugo: “lo que más aprecio en él, dice el autor de *Heliotropo*, es su dominicanidad. Desterrado voluntario a causa del imperativo vocacional, es cierto; pero de los de su generación, nadie amó más a su patria. . . Su nombre es glorioso; su modestia, ejemplar; su patriotismo, conmovedor. Ninguno de nosotros, fuera de su patria, suspira por ella como él, ninguno trabaja para ella como él; ninguno tal vez, desde lo extranjero, la honra tanto como él. Conozco su corazón. Sé que ni honores ni riqueza compensarán jamás en él el efecto de la ausencia del suelo natal. Es tan dominicano, si cabe decirlo, como nuestra iglesia catedral, con quien podría comparársele. Sé que su deseo más profundo será volver, callado; pegarse a los muros de la ciudad sagrada que fué su cuna, besar sus ruinas, y devolver al seno generoso de la tierra, cuando su alma pase dulcemente, el maravilloso terrón que la contuvo. . . Su alto espíritu, al cielo pertenece; pero

la dulce tierra dominicana ansiosamente espera, para guardar por siempre sus restos venerados". Bellas y ciertas esas nobles palabras, porque no era de última hora la dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña, ni patriotería ni política, sino hondamente desinteresada y espontánea, como raíz del propio ser, viva y permanente. Así había de ser en un hombre de su estirpe, consciente de su calidad de hijo de Salomé Ureña y de un dominicano como Francisco Henríquez y Carvajal. Por eso siempre invocaba su nacionalidad y jamás quiso ser, por halagos ni dineros, ni norteamericano, ni mexicano, ni argentino. En sus obras dejó su alma escrita y el sello de su dominicanidad, profunda y generosa.

Permitidme que ceda aquí a la ardorosa tentación de hablaros, siquiera fugazmente, de mis relaciones con el Maestro: más de diez años de correspondencia sobre cosas útiles, que era su medio de comunicarse con su patria; una semana por las universidades, bibliotecas y museos de Cambridge y de Boston y algunos días más en Nueva York, desde la mañana hasta pasada la media noche en el invierno de 1941. ¡Qué edificantes pláticas y que grato aprendizaje! No era el sabio intolerante y sentencioso, de enfadoso talante, sino el hombre sencillo cuya sabiduría parecía fluirle al mismo tiempo del corazón y del cerebro.

En nuestras visitas a los ricos museos de Boston, por encima del éxtasis en la contemplación de alguna creación máxima del arte, estaba en mí el gozo de verle serenamente ensimismado ante la obra del genio, mirándola sin prisa, con mansa mirada escrutadora, como si pasase, por todos los matices del lienzo o por todas las cambiantes del mármol, una emocionada caricia de su espíritu.

Todos nuestros males pasados los explicaba con esta sola indulgente frase de consuelo: "¡es que éramos muy pobres!"

En realidad: por pobres estuvimos a punto de ser franceses en 1844, como lo fuimos en Basilea en 1795; por pobres caímos en manos del oscuro capataz haitia-

no; por pobres tuvimos en almoneda parte de nuestra casa, la Península de Samaná; por pobres nos arruinaron los empréstitos, plagas de Egipto que afectaron nuestra hacienda, nuestra dignidad y nuestro espíritu. Con esa simple palabra, pobreza, generosamente consoladora, el Maestro explicaba nuestras desdichas, sin achacárselas a falta de virtud del pueblo dominicano, uno de los pueblos más nobles de la tierra. En sus juicios de personas y cosas dominicanas, en que jamás asomaba una sola disonante palabra de desdén ni menos de odio, trascendía siempre su ética inviolada, y así a quien él le conocía las lacras del espíritu, le consideraba incapaz de toda verdadera creación, sana y perdurable.

Tuve el desmedido privilegio de que me hiciese depositario de su archivo personal, tesoro inapreciable en que está viva, llena de sorprendentes revelaciones, la intimidad literaria de nuestra América. Son centenares de cartas de la flor y nata de la intelectualidad del Continente y de España: de Menéndez y Pelayo, de Antonio Caso, Alfonso Reyes, Gastón Deligne, Diego Rivera, García Godoy, Américo Lugo, Chacón y Calvo, Justo A. Facio, de tantos otros. Todos se dirigen a Henríquez Ureña como a un sabio maestro o a un amado compañero. Cada uno expone sus sentimientos e ideas, proyectos y problemas literarios, para que él diga sus ansiados consejos, y hasta para que conjure las audacias y malquerencias que a veces infestan el gremio literario. De todo ese nutrido epistolario emerge el aroma de amorosa amistad, porque él inspiraba a sus amigos una veneración profunda y cariñosa, como de árbol que con la dulce fruta que sustenta la vida ofrece el amor y la paz de su sombra. La publicación de ese archivo, que me propongo hacer, causará sensación en los centros culturales de América. Será el último libro dominicano de Pedro Henríquez Ureña, pero también el más universal de todos; será el retorno, a sí mismo, del alma que puso en otras almas; que nada llega

al corazón si no sale del corazón, como enseñaba Paracelso.

Quiso el Maestro que ese archivo, en que quizás se encuentre el más puro testimonio de lo que él valía para los hombres de letras, tuviese el único destino posible para su dominicanidad: manos dominicanas. En ellas ponía, constantemente, las cartas que recibía, junto con manuscritos y originales de sus libros. Es el honor más grande que pudo dispensarle al más humilde de sus discípulos, tan sólo por ser dominicano.

Un mexicano ilustre, Celerino Cano, acaba de decir que si en estas horas de angustia en las que el mundo ansía reencontrar sus propios valores se pidiera el ejemplo de un hombre a quien seguir, "La América puede levantar como respuesta, si nó el primero, sí entre los primeros el nombre de Pedro Henríquez Ureña".

Si como a Hostos ya comienzan a llamarle **Ciudadano de América**, ¿cómo habremos de llamarle nosotros, y qué hacer de su ejemplo? Como no estamos en tiempo de vanas alabanzas, digamos de él, sencillamente, que fué dignísimo hijo de Salomé Ureña, y hagamos de su espíritu, iluminado por el fuego de su acendrada dominicanidad, la antorcha que nos guíe por los claros caminos de la cultura, con la viva pasión por lo nuestro que debe ser base de nuestras ansias de universalidad. Seamos dignos de la herencia espiritual del gran dominicano.

Su voluntad testamentaria es resumen y culminación de su dominicanidad. En ella se mezclan, enternecedoramente, la pasión filial y el amor de patria: que le conviertan en un puñado de cenizas y que le den asilo postrero en el mismo sepulcro de su madre amantísima, en nuestra noble Iglesia de las Mercedes. ¡Qué ambición tan pura! ¡Volver al seno de la patria; volver como un niño al seno de la madre egregia, a dormir en la misma fosa que él mirara abrirse, entre lágrimas, en el más triste de los días!

Aquí reposará bajo su amado cielo dominicano, cuyas noches oscuras serán, para nuestro dolor, los únicos crespones dignos de su tumba.

... ..
... ..
... ..



APUNTES ADICIONALES

Nacimiento

Pedro Henríquez Ureña nació en la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana, el 29 de junio de 1884, hijo del Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, Presidente de la República en 1916, y de la insigne poetisa-educadora Salomé Ureña de Henríquez. Su partida de bautismo es la siguiente: "262.—Pedro Henríquez, de Fco. y Salomé Ureña.— En la ciudad de Santo Domingo el día veintisiete del mes de noviembre del año mil ochocientos ochenta y cuatro, el Muy Yltre. Sor. Administrador Apostólico de esta Arquidiócesis, bautizó solemnemente en casa propia al niño **Nicolás Federico** hijo legítimo de los señores Francisco Henríquez y Salomé Ureña, que nació en esta parroquia del Sagrario de la Santa Catedral de mi cargo, el día veintinueve de junio último; siendo padrinos los señores Federico Henríquez y Valentina Díaz.— De todo lo cual doy fé.— **José Anto. Costa M.**, Pbro. Cura Rector. (Archivo Eclesiástico Libro XXXVI de Bautismos, p. 237.— Est. B. Caj. 10 Leg. 2. Archivo de la Catedral de Santo Domingo).

Estudios

Recibe el grado de Bachiller en Ciencias y Letras en el Instituto Profesional de Santo Domingo, 6 de febrero de 1901. (Firman el Diploma, que poseo, el Ar-

zobispo Meriño, Manuel de Js. Galván, Dr. Apolinar Tejera, Dr. R. Báez y S. Otero Nolasco); 1914: Licenciado en Filosofía y Letras (M. A.), Universidad de Minnesota, 1917; Doctor en Filosofía y Letras (Ph. D.) Universidad de Minnesota, 1918, y revalidación del título de Doctor en la Universidad Nacional de México, 1922.

Precocidad intelectual

Si la vocación humanística de P. H. U. despertó bien temprano, cierto es también que él tuvo desde el amanecer el más propicio ambiente: el hogar en que ardía con más fuerza la llama de la cultura en el país, alimentada por sus padres, ambos maestros, consagrados al culto de las ciencias y de la poesía. Fuera del hogar, el adolescente hallaba el mismo ámbito, de encendida espiritualidad, en la culta Leonor Feltz, discípula de Salomé Ureña. Asimismo junto a su tío y padrino, el Dr. Federico Henríquez y Carvajal, que siempre fué, como le llamaba el devoto sobrino, "gran difundidor de cultura".

¿Cómo sería la vida para el niño, de mente y corazón despiertos al alto gozo de las letras, junto a Salomé Ureña? Esa maternal convivencia, ese enraizamiento en la vida de la egregia mujer, constituyeron en P. H. U. un inexpresable estado de alma, tan vivo y entrañable que fué en él parte de su propia naturaleza, signo y explicación de su carácter, parte de sabio, parte de santo, parte de patriota.

En la formación literaria de P. H. U. es necesario tener en cuenta la dirección de su padre, el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, verdadero hombre de estudios. Evidencia de esta afirmación es la correspondencia de ambos. En las cartas a su hijo, (cuya custodia nos había confiado P. H. U. y ahora en manos de su hermano Dr. Max Henríquez Ureña) el Dr. Henríquez y Carvajal le daba constante y segura orientación. In-

sistía, por ejemplo, en que P. H. U. "no debía ser un Gómez Carrillo", un cronista, un simple literato, sino un hombre de estudios, consagrado a serias disciplinas, como las que ocuparon siempre su corazón y su cerebro.

Es digna de observarse la precocidad intelectual de P. H. U. Desde 1900, es decir, a los diez y seis años de edad, ya publica frecuentemente poesías y artículos de crítica literaria. En 1904, Gastón F. Deligne le dice que nadie ha estado tan "al hito" de su poesía y agrega: "Permítame, pues, que me regocije, al celebrar una sagacidad crítica nacional como la suya; de la que espero legítimamente un Saint Beuve, un Zola, un Taine: sin lisonja!"

No olvidó el Maestro esos lejanos ensayos de su iniciación literaria. En este recuerdo hay como un gozoso retorno al ambiente suyo del novecientos: "Hasta en ciudad pequeña y arcaica como Santo Domingo, —decía hacia 1940 (*Revista de Filología Hispánica*, año II, No. 1, p. 61),— existía en 1900 el culto de Ibsen, con su centro en el salón de Leonor y Clementina Feltz, y allí se publican las primeras versiones castellanas, parciales, de *Juan Gabriel Borkman* (1900) y de *Cuando despertamos* (1901)... La escena II del acto III de *Juan Gabriel Borkman*, que traduje de la versión francesa de Prozor, se publicó en la revista *Nuevas Páginas*, de Santo Domingo, 15 de noviembre de 1900, y la escena final de *Cuando despertemos*, que traduje de la versión inglesa de Archer, con ayuda de la francesa de Prozor, en la *Revista Literaria*, de Santo Domingo, a principios de 1901 (allí di también un extracto del artículo de William Archer *The true Ibsen*, reproducido luego en *La Cuna de América*, de la misma ciudad, 4 de septiembre de 1904").

Uno de los primeros y más autorizados juicios acerca de P. H. U. es el siguiente, de D. Américo Lugo (*Bibliografía*, S. D., 1906, p. 110): "Principia su carrera P. H. U. ocupando el primer puesto entre los críticos dominicanos. Su primer libro ha sido bien acogido por la prensa hispanoamericana. Poeta de abolen-

go, aunque falto, hasta ahora, de originalidad, es hijo de aquella águila de nuestra poesía que se llamó Salomé Ureña de Henríquez quien, en su composición poética **Mi Pedro**, predijo la gloria que comienza a circundar la frente del autor de **Ensayos Críticos**".

P. H. U. se inició en las letras como poeta. Desde los 14 años de edad escribió versos. Los publicaba, al menos, desde 1898 a 1909, en las revistas dominicanas. Entre esas poesías, que hemos recogido, se cuentan: ¡Incendiada!, Fiez-vous, La belleza, Mariposas negras, Intima, Música moderna, Ensueño, Ante el mar, Escorzos, El pinar, La serpentina, A un vencido, A un poeta muerto, Despertar, En la cumbre, Aquí abajo.

Cargos

Oficial Mayor de la Secretaría de la Universidad Nacional de México, 1910-14.

Profesor de la lengua española en la Escuela Superior de Comercio y Administración, México, 1912.

Catedrático de literatura española e hispanoamericana en la Escuela Preparatoria de la Universidad Nacional de México, 1912-13.

Catedrático de literatura inglesa y de historia de la lengua y la literatura española en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, 1913-14.

Representante especial del **Heraldo de Cuba** en Washington, 1914-15. (En la época en que lo dirigía el gran cubano Manuel Marquez Sterling, publicó, bajo el seudónimo de P. Garduño, una serie de artículos sobre los temas más varios de la cultura. Colaboró entonces en el **Fígaro** y polemizó con Enrique José Varona).

Redactor de **Las Novedades**, Nueva York, 1915-16.

Catedrático de la lengua y la literatura española en la Universidad de Minnesota, 1916-19-20-21.

Catedrático del curso de verano de la Universidad de California, 1918.

Catedrático del curso de verano de la Universidad de Chicago, 1919.

Redactor de la **Revista de Filología Española**, en el Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1919-20.

Director fundador de la escuela de verano de la Universidad Nacional de México, 1921-23 y de su Departamento de Intercambio Universitario.

Catedrático de la Escuela de Altos Estudios, Universidad Nacional, México, 1921-24.

Catedrático de la Escuela Preparatoria de la Universidad Nacional de México, 1921-22.

Director General de la Enseñanza Pública en el estado de Puebla, de la República Mexicana, durante el gobierno de Vicente Lombardo Toledano, 1923-24.

Catedrático de lengua española y literatura, colegio de la Universidad Nacional de La Plata, 1924-31.

Catedrático de literatura argentina e hispanoamericana, Instituto Nacional del Profesorado Secundario, Buenos Aires, 1925-31. (Se publicó en breve opúsculo de 7 páginas, Buenos Aires, 1927, su "Programa de literatura argentina y americana", tercer año, del Instituto).

Catedrático suplente de literatura de la Europa septentrional, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de La Plata, 1928-31 (en licencia en 1931).

Secretario del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, 1930-31.

Catedrático del Colegio Libre de Estudios Superiores, Buenos Aires, 1931.

Superintendente General de Enseñanza de la República Dominicana, 1931-1933.

Catedrático de la Universidad de Santo Domingo, 1932-1933.

Catedrático de las Universidades de Buenos Aires y La Plata, 1933-46.

Catedrático en el curso 1940-1941 de la **Charles Eliot Norton Chair** en la Universidad de Harvard.

Miembro fundador de la Sociedad de Conferencias de México, 1907-09. (Pedro y Max Henríquez Ure-

ña vivían en la ciudad de México, en 1907, calle 7ª de Soto, No. 4, junto con los hermanos Castillo Ledón. Desde su llegada a México, P. H. U. dió a conocer allí a Hostos, que equivalía a difundir el nombre y las cosas de su patria, ya que la vida y la obra de Hostos pertenecen a Santo Domingo en su parte primordial: no podía hablar del sabio antillano desvinculado de la tierra de sus antepasados que fué su escenario y sepultura. Como Hostos, P. H. U. aspiraba a que la República Dominicana se llamase **República de Quisqueya**. Así lo decía en *Literatura dominicana*, 1917. Quizás esta fué opinión pasajera, en la que no insistió. Hostos fué la figura antillana, quizás la americana, más reverenciada por P. H. U. También dió a conocer en México a Gastón F. Deligne).

Miembro del Ateneo de México, 1909-14, y de la Universidad Popular de México creada por el Ateneo, 1912.

Socio activo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (19 septiembre 1913).

Miembro Correspondiente de la Hispanic Society, de New York (26 de julio de 1916). Miembro activo en 1933.

Trabajó en la campaña nacionalista durante la época de la intervención de los Estados Unidos en Santo Domingo, 1916-21.

Representó a su país como Delegado de la Liga Nacional de Estudiantes, en el primer Congreso Panamericano de Estudiantes celebrado en México, 1921, designado el 8 de agosto de ese año. Actuó en defensa de la República, entonces militarmente ocupada por los E. U. de A. Habló del caso dominicano, junto con el periodista M. M. Morillo.

Como miembro de la Universidad de México, formó parte de las comisiones que la República Mexicana envió al Brasil y a la Argentina en 1922.

Miembro fundador Vice-presidente de la Asociación de las Artes de La Plata, Argentina, 1929.

Representante de la intelectualidad dominicana en el homenaje a Juana de Ibarborou, Montevideo, 1929.

Delegado de la Universidad de Santo Domingo en el Congreso Universitario de Montevideo, 1931. Acerca de su misión véase el suelto **Universitaria**, en **Listin Diario**, S. D., marzo 1931.

Doctor en Leyes, Honoris Causa de la Universidad de Puerto Rico (10 mayo 1932).

Electo Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia el 1º de agosto de 1932. Al ausentarse del país pasó a la categoría de Miembro Supernumerario y le sustituyó Andrejulio Aybar.

Académico Correspondiente de la Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, (5 abril 1934).

En 1942 fué designado para formar parte de la Comisión que debía formular un plan para implantarse en el curso superior para los alumnos de las Facultades e Institutos de la Universidad de La Plata.

Perteneció al Comité de colaboración de **Libertad Creadora**, revista de cultura militante, de Buenos Aires.

Jurado del Club **El libro del mes**. Buenos Aires.

Miembro honorario del Instituto Mexicano de Investigaciones Lingüísticas.

Miembro del Comité Argentino de Rappports Culturels Franco-Americanas, 1942.

Miembro del jurado del Concurso poético en homenaje a Julio Herrera Reissig, Montevideo, 1943.

Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1944.

Proyecto de restablecimiento de la Facultad de Letras

En marzo de 1915 fué P. H. U. designado Profesor Numerario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santo Domingo, cargo que no llegó a ejercer. Desde antes había intervenido en el pro-

yecto dominicano de restablecer la citada Facultad en nuestra Universidad. Al respaldo de una carta del 20 de julio de 1913 que le dirigió Arquímedes Pérez Cabral (entonces en empeños culturales), hay el siguiente apunte de P. H. U. que contiene una síntesis de sus ideas de cómo había de formarse la Facultad:

FACULTAD DE LETRAS EN SANTO DOMINGO

Historia de la lengua y la literatura castellanas. 3 años: Manuel Arturo Machado.

Lengua y literatura latinas. 3 años: Apolinar Tejera.

Literatura griega y estudio breve de las orientales.

Literaturas europeas modernas (aparte de la castellana): Tulio M. Cestero:

a) francesa

b) inglesa

c) italiana, alemana y otras.

Literatura dominicana y estudio breve de la hispano-americana: Federico Henríquez y Carvajal.

Nociones de filología.

Historia general, con nociones de geografía histórica: Andrés Julio Montolío.

Historia patria: Casimiro N. de Moya.

Historia del arte (artes plásticas y música):

Dr. Arturo Grullón.

Filosofía general: Arístides Fiallo Cabral.

Estética: Dr. José Lamarche.

Ciencia y arte de la educación: Félix E. Mejía.

Proyecto de antología dominicana

P. H. U. trabajó en 1915-1916 en la preparación de una Antología de la poesía dominicana. Era un propósito de la adolescencia, interrumpido. Los materiales, poesías y diversas páginas acerca de los poetas que pensaba incluir en su obra, los donó al Museo Nacional,

de Santo Domingo, en 1932. Entre los interesantes manuscritos hay valiosas cartas, acerca del proyecto, de Emilio Prud'Homme, Federico Henríquez y Carvajal, Max Henríquez Ureña. También hay cartas de P. H. U. relativas a envíos de libros (centenares) de su biblioteca particular, a la Universidad de Santo Domingo, al Museo Nacional y a otras instituciones culturales dominicanas, en 1923 y 1932. En el Museo Nacional hay, donado por él, un extenso cuaderno manuscrito de los días de su primera mocedad: el proyecto de Antología antes aludido: **Poetas dominicanos**. Colección de poesías precedidas de algunas notas biográficas y bibliográficas de sus respectivos autores. (En carta al Dr. Alcides García Lluberes, de 1923, le ofrecía enviarle, para la extinta revista **Claridad**, una serie de **Cartas a mi patria**).

Anhelos de retorno

Quiso P. H. U. volver a su patria, en 1927, pero sus ansias no tuvieron eco. En el excelente periódico **Patria**, (No. 78, 12 feb. de 1927), que dirigía el Dr. Américo Lugo, se publicó la siguiente carta, del 8 de diciembre de 1926, sin indicación de destinatario:

“Hago como usted con los periódicos leídos: le mando de todo un poco, y de todas partes, esperando que así tenga usted vistas variadas, aunque a veces los materiales no valgan mucho. Los periódicos de Santo Domingo me mantienen la visión clara de allá. **PATRIA** es una gran cosa. No hallo, por desgracia, perspectivas favorables a deseos míos: **la posibilidad de regresar algún día, definitivamente, a vivir allá**. Aquella situación, enredada, por lo interno y por lo externo, parece estorbar toda labor seria que aspire a ser sostenida. Sin embargo... Si fuera posible hallar allí trabajo y pasto para mis actividades y hogar cómodo y seguro para mi familia, me iría.

“En la Argentina, en cambio, se puede tener éxito intelectual y material; pero el éxito no es más que una satisfacción egoísta, y se siente la relativa inutilidad de colaborar en una obra que de todos modos está bien encaminada, con muchos buenos trabajadores, y donde nadie hace individualmente mucha falta, porque el número empieza a bastar.

“Entre tanto hay países, como Santo Domingo, donde la labor de uno solo puede servir y hasta hacer falta, porque no son tantos los que trabajan.

“En el orden intelectual la Argentina crece asombrosamente. Este año —el 1926— ha sido el año de las novelas y de los cuentos. Han aparecido libros de imaginación de Lugones, de Gerchunoff, de Cance-la, de Gálvez, de Rodríguez Larreta, de Güiraldes, de Quiroga, de Payró, entre docenas de otros, y todos han alcanzado éxito. Las ediciones de *Los desterrados* de Quiroga, de *Zogóibi* de Larreta, y *Don Segundo Sombra* de Güiraldes se agotaron en el primer mes. La de Larreta era de 10.000 ejemplares; en seguida se agotó la segunda edición de 20.000; y se ha hecho una tercera de 40.000. Pero el gran libro ha sido el de Güiraldes, *vidas de gauchos*, contadas con gran sobriedad y hondura.

“El presupuesto federal de instrucción pública saltará, en 1927, de setenticinco a ciento veinte millones de pesos, —o sea 50,000,000 de dólares (P. H. U.)”—.

Superintendente General de Enseñanza, 1931-1933

P. H. U. llegó a su nativa ciudad de Santo Domingo el 15 de diciembre de 1931 a bordo del vapor *Coamo*, llamado por el Gobierno, para encargarse de la dirección de la Educación Pública como Superintendente General de Enseñanza. Fué recibido en el muelle por las autoridades escolares, por los planteles de enseñanza y por una enorme multitud, en la cual figuraban pro-

minentes ciudadanos. Los discurso de salutación y bienvenida estuvieron a cargo de O. Báez Soler, Dr. Fabio A. Mota y R. Emilio Jiménez.

Desde el muelle hasta la Universidad, donde P. H. U. agradeció emocionado la cálida recepción, el desfile revistió carácter apoteósico. Se alojó provisionalmente en el hogar de su hermano Max, entonces Secretario de Estado de Relaciones Exteriores

En 1932, mientras ejercía sus funciones de Superintendente General de Enseñanza, dictó en la Universidad de Santo Domingo un Curso de Literatura Española, que constituyó el primer paso hacia el restablecimiento, en la Universidad, de la Facultad de Filosofía y Letras. Véase al respecto la exposición del 13 de enero de 1932 al Rector de la Universidad, firmada por el Dr. Américo Lugo, P. H. U. y otros, y diversos documentos relativos al mismo asunto, en *Revista de Educación*, S. D., No. 13, marzo de 1932, p. 30-34. En la sociedad Acción Cultural dictó un curso breve acerca de la **Historia del teatro en Europa y América**, en los días 11, 15, 18, 22, y 25 enero, y 5, 8, 12, 15, 19 y 22 de febrero de 1932. El 9 de enero pronunció en el Club Nosotras una conferencia sobre **La música popular en las Antillas**, con ilustraciones musicales y recital de composiciones criollas.

Acerca de su labor realizada como Superintendente General de Enseñanza de la República Dominicana, véase *Revista de Educación*, S. D., Nos. 13-17, 1931-1933, dirigida por él en ese período. (Como separatas de la revista inició una serie de folletos: páginas para la historia de la cultura dominicana). Su ejercicio se extendió desde diciembre de 1931 al 15 de junio de 1933 en que se le concedió licencia para ausentarse del país. Embarcó por Puerto Plata el 29 de junio, en el vapor francés **Macorís**, hacia Francia. (Su breve carta de despedida en *Listín Diario*, S. D., del 1º de julio).

Resumen itinerario (*)

Nace, 29 junio 1884. (En la segunda casa que ocupó el **Intituto de Señoritas de Salomé Ureña**, calle de la Esperanza No. 27, esquina a Los Mártires, hoy Luperón esquina Duarte. Edificio de dos plantas luego adquirido por **Ulises Heureaux**).

El 26 de agosto de 1892 salieron de Santo Domingo hacia Puerto Plata, en el vapor **Saginaw**, doña **Salomé Ureña de Henríquez** y sus hijos **Pedro** y **Max**. En la escala de varios días, en **Sánchez**, se hospedaron en casa de don **José Demorizi**. Regresaron meses después. Durante la estancia en Puerto Plata se constituyó allí la **Sociedad literaria Siglo Veinte**. La presidió **Salomé Ureña de Henríquez** y figuró como **Secretario P. H. U.**

Publica sus primeros versos, 1898: **Aquí abajo**.

Gradúase de **Bachiller en Ciencias y Letras**, Santo Domingo, 6 de febrero de 1901.

En viaje de estudios hacia Nueva York, en el vapor **New York**, el 19 de febrero de 1901. (No volvió al país hasta 1911). Ya ha publicado en su patria versos, artículos, sus primeros ensayos.

En La Habana, 1904-1906. (Publica su primer libro, **Ensayos críticos**, La Habana, 1905).

En México, 1906-1914.

El 16 de mayo de 1911 llegó a Santo Domingo en el vapor francés **Abd el Kader**. El 19 hizo una visita al **Listín Diario**. Regresó a México, vía Cuba, en el vapor cubano **Julia**, el 22 de junio de 1911. Acerca de su llegada hay suelto de **La Cuna de América**, No. 7, 21 mayo, y fotografía en el No. 9, mayo 1911.

Se gradúa de **abogado**, México, 1914.

La **Asociación Cristiana de Jóvenes** le ofrece un **té-concierto** con motivo de su viaje a Europa. México, 14 de enero de 1914.

En La Habana, julio 1914.

(*)—Viajó por las principales ciudades de Europa y por casi todas las de América.

En los Estados Unidos de América: en Washington, (Señas: 1417 calle K) 1914-1915; Nueva York, 1915-1916; Minnesota, 1916-1919-1920-1921.

En España, 1917.

En California, 1918.

En Chicago, 1919.

En Madrid, 1919-1920.

En México, 1921. (En Puebla, 1923-1924). En 1924 dejó la Universidad de México y fué a residir en Buenos Aires.

México; 23 mayo 1923. Matrimonio con Isabel Lombardo Toledano. Hijos: Natalia, 26 de febrero 1924, México; y Sofía, 10 abril 1926, La Plata.

En Buenos Aires y La Plata, 1924-1931, y 1933-1946.

En Montevideo, 1925.

En Santiago de Chile, 1927.

En Montevideo, 1929.

En Rosario, Argentina, 31 octubre 1931.

En Santo Domingo, 15 diciembre 1931-1933. (San Pedro de Macorís, oct. 1932; el Cibao, 1932).

En Francia, 1933.

En Buenos Aires, 1933, hasta su muerte, 11 de mayo 1946, salvo breves salidas.

Universidad Popular despide a Pedro Henríquez Ureña (La Plata, septiembre 1940). Homenaje. Viaje de P. H. U. a los E. U. de A., 1940-1941.

En las ciudades de Cambridge, Boston, New York, 1940-1941.

En La Habana, enero 1941.

25 abril 1941. Embarca en New York en el **Santa Elena**, rumbo a Valparaíso. El 27 pasa entre Cuba y la Isla de Santo Domingo. Ve, por vez última, las tierras de su patria.

11 mayo 1946. Muere repentinamente en Buenos Aires. Su cuerpo es incinerado. Su última voluntad: que sus cenizas reposaran junto a las de su madre, Salomé Ureña de Henríquez, en la Iglesia de las Merce-

des, de su pueblo natal, Santo Domingo, República Dominicana.

Archivo de Pedro Henríquez Ureña

Un tesoro. Así puede calificarse el valiosísimo Archivo personal de P. H. U., cuya custodia me hizo el grande honor de confiarme. Son centenares de cartas de singular valor literario y a la vez político, particularmente la política de su patria, de Cuba y de México, acerca de la cual hay curiosísimas noticias que solo podían figurar en la correspondencia privada de amigos íntimos y de parientes. El archivo se extiende de 1898 a 1946. (Recibí la custodia del archivo en 1934, pero P. H. U. siguió desde entonces remitiéndome periódicamente la correspondencia que él recibía de todas partes. Las cartas de su gran amigo Alfonso Reyes, quizás el más íntimo y fraternal, alcanzan, desde 1907 a 1944, a 155, por lo general bien extensas, hasta de veinte pliegos, jugosas, cordiales, sabias). Para conocer su importancia basta señalar la procedencia de algunas de esas cartas: **Santo Domingo**, su patria: Leonor Feltz, Mercedes Mota (desde 1898), Ramona Ureña, Américo Lugo, Gastón F. Deligne, Valentín Giró, Francisco y Federico Henríquez y Carvajal, Francisco, Camila y Max Henríquez Ureña, Américo Lugo Romero, Federico García Godoy, Sócrates Nolasco, Enrique Apolinar Henríquez, Máximo Coiscou Henríquez, Jesusa Alfau, Francisco José Peynado, Arquímedes Pérez Cabral, Osvaldo Bazil, Tulio Cestero, Gustavo Julio Henríquez, Manuel Lamarche García, Enrique Deschamps. **México**: José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Bernardo Reyes, Antonio Castro Leal, Manuel Tousseint, Enrique González Martínez, Antonio Caso, Xavier de Villaurrutia, Xavier de Icaza, Julio Jiménez Rueda, Diego Rivera, Julio Torri, Luis G. Urbina, Luis Lara y Pardo, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Valenzuela, Genaro García, Martín Luis Guzmán, Luis González Obregón, Miguel Forner, Isidro Fabela, En-

rique Fernández Ledesma, Genaro Fernández Mc. Gregor, Concha Romero James, Enrique Vasconcelos, José de J. Núñez y Domínguez, E. Rebolledo, Eduardo Villaseñor, Carlos Pellicer, Alfonso Pruneda, Nicolás Rangel, Carlos Pereyra, Carlos González Peña, Daniel Cosío Villegas. **Cuba:** Enrique José Varona, Mariano Brull, Juan Marinello, José María Chacón y Calvo, Félix Lizaso, Carlos de Velazco, José Antonio Ramos, Nicolás Guillén, Rafael Montoro, Ml. Marquez Sterling, J. A. González Lanuza, Homero Serís, Enrique Piñeyro, Luis Felipe Rodríguez, Juan Antiga. **Estados Unidos de América:** L. S. Rowe, Carroll Marden, W. R. Shepherd, H. R. Lang, Grinswold Morley, Walter Pach, John D. Fitz-Gerald, J. D. M. Ford, E. W. Olmsted, Archer Huntington. **Argentina:** Ricardo Levene, Emilio Ravigniani, José Ingenieros, Jorge M. Furt, Alfredo L. Palacios, Eduardo Mallea, Raimundo Lida, Ernesto Morales, Francisco Romero, Julio Noé, Alberto Baldrich. **Uruguay:** José Enrique Rodó, C. Deambrosis Martins, Juana de Ibarborou, Pedro Figarí, Julio Lerena Juanicó, G. Gallinal, V. Pérez Petit. **Centroamérica:** Justo A. Facio, García Monge. **Perú:** Víctor Andrés Belaúnde, Francisco y Ventura García Calderón, Edwin Elmore. **Venezuela:** Gil Fortoul. **Ecuador:** Gonzalo Zaldumbide. **Brasil:** Silvio Julio. **Chile:** Gabriela Mistral, Arturo Torres Rioseco. **Colombia:** Baldomero Sanín Cano, Germán Arciniegas. **Puerto Rico:** Concha Meléndez, J. Padín, Manuel Fernández Juntos, C. Perea, Eugenio Carlos de Hostos. **España:** Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás, Federico de Onís, Amado Alonso, Rafael Altamira, el pintor López Mézquita, Andrés González Blanco, Enrique Moreno, José Moreno Villa, Miguel de Zárraga. **Inglaterra:** Fitz Maurice-Kelly. **Francia:** E. Martinache, R. Foulche-Delbosc, Arturo Farinelli.

Entre esta voluminosa correspondencia hay algunas cartas de P. H. U. a sus amigos. También conservo las cartas que me escribió, de 1934 a 1946, así como manuscritos originales de diversas obras suyas, entre

otras, **La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo, 1936; El español en Santo Domingo, 1940; El español en Méjico, los Estados Unidos y América Central (Hills, Semeleder, etc.) 1938; etc.**

Quizás no haya mejor fuente que ésta, para el conocimiento de la intimidad literaria de América. Entre las cartas dominicanas, las de Ramona Ureña, tía materna de P. H. U., son una revelación: ¡qué espíritu, qué inquietud intelectual ya en el linde de la ancianidad! En las cartas mexicanas, —principalmente Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal—, y en las dominicanas, —Ramona Ureña, Leonor Feltz—, es donde mejor se contempla la tremenda lucha entre el intelectual y el político: uno aferrándose al otro, para poder subsistir, pero sólo a cambio de anularse, de desmedrarse o corromperse. Este Archivo es una ancha fuente, amarga a veces, a veces deleitosa, pero siempre profundamente aleccionadora. Es la esencia de muchos espíritus esclarecidos, abiertos y desnudos en su acendrada devoción y acercamiento a Pedro Henríquez Ureña.

Bibliografía de Pedro Henríquez Ureña*

a) Folletos y libros

Ensayos críticos. Habana, Imp. de Esteban Fernández, Compostela No. 73, 1905, 116 p.

—Trabajos acerca de D'Annunzio, Wilde, Bernard Shaw, J. E. Rodó, Wagner, Lluria, R. Strauss, J. J. Pérez, R. Darío, Hostos. Los tres últimos figuran en **Horas de estudio**, París, 1910. El trabajo acerca de Hostos figura también en Erique Deschamps, **La República Dominicana**, Barcelona, 1907; en **Puerto Rico Ilustrado**, San Juan, P. R., No. 734, marzo 1924; en **Clío**, C. T., marzo-abril 1939; en **América y Hostos**, La Habana, 1939, p. 149-155.

El ensayo sobre José Joaquín Pérez aparece, además, en **La Cuna de América**, S. D., No. 6, 10 febrero 1907 y como Prólogo en la obra de Pérez, **La Lira**, S. D., 1928.

(*)—La bibliografía de P. H. U. es algo compleja. Hay que tener en cuenta, para el mejor conocimiento de su obra, las numerosas reediciones de sus estudios, en que casi siempre hay retoques, supresiones, adiciones y a veces refundiciones completas. Estos apuntes bibliográficos no podrían ser exhaustivos, realizados tan lejos de los principales centros de la actividad literaria de P. H. U.: México y Buenos Aires. Hemos subdividido estas notas, para su mejor utilización, sujetas a ordenación cronológica. Otros completarán esta bibliografía. Es homenaje esperado de sus discípulos y amigos de Cuba, México y Argentina. Esta es, al menos, una contribución al estudio de la vida y la obra del gran humanista dominicano.

Estudios griegos. (Traducción de la obra de Walter Pater) Edición de la **Revista Moderna de México**, 1908.

José Enrique Rodó. (En el vol. **Conferencias del Ateneo de la Juventud**). México, 1910.

Antología del centenario. Estudio de la literatura mexicana durante la época de independencia (1800-1821). En colaboración con Luis G. Urbina y Nicolás Rangel. México, 1910, 2 vols.

—Habla del dominicano Villaurrutia, p. LVI-LVIII 1011-1013.

Horas de estudio. Estudios críticos de filosofía y literatura. París, 1910, 333 p.

—En parte formado con trabajos ya insertos en **Ensayos críticos, 1905**. Algunos de los estudios han sufrido reelaboración. Las páginas preliminares, **Días alciónicos**, aparecieron antes en **La Cuna de América**, S. D., No. 77, 21 junio 1908, y el ensayo relativo a **Galaripsos**, de Deligne, en **Revista Moderna**, México, vol. XI, octubre 1908. El estudio dedicado a Deligne, revisado por P. H. U. en 1946, pocos días antes de su muerte, aparece como prólogo del vol. III de la Biblioteca Dominicana: Gastón F. Deligne, **Galaripsos**, C. T., 1946. Comentarios acerca del trabajo relativo a **Galaripsos**, en carta de Deligne a J. B. Peynado, inserta en Gastón F. Deligne, **Páginas olvidadas**. Colección de E. Rodríguez Demorizi. C. T., 1944, p. 30-34. Acerca de **Horas de estudio** véanse escritos de Menéndez y Pelayo, García Godoy, etc.

Tablas cronológicas de la literatura española. México, 1913. (Segunda edición, aumentada y corregida, Boston y Nueva York, 1920, 73 p.)

—Incluye al poeta dominicano Francisco Muñoz del Monte.

La enseñanza de la literatura. México, 1913, 24 p.

Traducciones y paráfrasis de la literatura mexicana de la época de independencia, (1800-1821), México, 1913. Separata de *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, tomo V, 1913).

Don Juan Ruiz de Alarcón. Conferencia. En revista *Nosotros*, México, marzo, 1914. Reimpreso: La Habana, 1915, folleto; en *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, La Habana, 1915; en Buenos Aires, 1928, como parte, con retoques y reducido a lo esencial, en el libro *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*; y en México, 1932, en la revista *El libro y el pueblo*, tomo X, No. 2. Traducción al francés en la *Bibliothèque Americaine*, de la Universidad de París, 1924. Véase, también, versión taquigráfica del curso dado en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, en *Cursos y Conferencias*, B. A., año I, No. 1, 1931, reproducida en *El libro y el pueblo*, México, tomo X, No. 6, 1932.

Estudios sobre el Renacimiento en España: el maestro Hernán Pérez de Oliva. Edición de Cuba contemporánea, Habana, 1914, 44 p.

—Escrito en 1910. También figura *En la Orilla: Mi España*, México, 1922, y en *Plenitud de España*, Buenos Aires, 1940.

El primer libro de escritor americano. En *Romanic Review*, New York, 1916.

—Hay separata, N. Y., 1916. Reproducido en *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, 1916; traducido al inglés en la revista *Inter America*, de Nueva York, 1916; y en *La Cuna de América*, S. D., No. 27-28, diciembre 1919. Ampliado y rectificado en trabajos posteriores. Sus ideas finales acerca del tema, en *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, B. A., 1936, páginas relativas a Alonso de Espinosa.

El nacimiento de Dionisos. Ensayo de tragedia a la manera antigua. Nueva York, Imp. de Las Novedades, 1916, 46 p.

Literatura dominicana. (Estudio sobre la época colonial) París, 1917, 26 p. En *Revue Hispanique*, Tomo XL, New York, París, 1917. Reproducido en *Boletín de la Unión Panamericana*, Washington, abril 1918. Véanse extensas rectificaciones en Apolinar Tejera, *Literatura dominicana*, Santo Domingo, 1922.

Antología de la versificación rítmica. San José de Costa Rica, 1918. (Segunda edición, México, 1919).

La versificación irregular en la poesía castellana. Prólogo de Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1920. (Segunda edición, Madrid, 1933, 369 p.)

—En la Advertencia se enumeran las principales reseñas acerca de la primera edición de esta obra. En carta del 21 junio 1944 nos dice: "Aquí (Buenos Aires) voy a reimprimir **La versificación irregular** cambiándole el título y poniéndole otro más propio: **La poesía castellana de versos fluctuantes**. Cuando tenga lugar, prepararé nueva edición de **La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo**, tengo muchas cosas que agregar. Si Ud. tiene cosas que deban añadirse, comuníquemelas". Entre las menciones de la obra se cuentan las siguientes: R. Menéndez Pidal, *Poesía juglaresca y juglares*; Cejador, *La verdadera poesía castellana*; H. Gável, *Homenaje a Menéndez Pidal*; M. Grammont, en reseña del libro de Meillet sobre *Metros indoeuropeos*, en *Revue des Langues Romances*, 1923, t. LXII, p. 476; S. Griswold Morley, *La modificación del acento*, en R. F. E.; C. Carroll Marden, *Libro de Apolonio*, II, p. 32 y 35; A. M. Espinosa, en R. F. E., 1925, p. 415; J. Domínguez Bordona, edición de Castillejo, clásicos de *La Lectura*, prólogo al tomo I, 1927; J. J. Montesinos, prólogo y notas al tomo I de *Poesías líricas*, de Lope (*La lectura*).

Observaciones sobre el español en América. Madrid, 1921. (Separata de la *Revista de Filología Española*), Madrid, 1921, tomo VIII, p. 357-390. Nuevas

separatas del mismo tema, de 1930, (8 p., tomo XVII, p. 277-284), y 1931 (XVIII, p. 120-149).

Rubén Darío y el siglo XV. (Separata de la *Revue Hispanique*, París, 1921, vol. 50, 4 p.)

En la orilla: mi España. Viajes, fantasías y estudios. México, 1922.

La utopía de América. La Plata, ediciones de "Estudiantina", 1925, 22 p.

—Artículos **La utopía de América**, y **Patria de la justicia.** Reproducidos en *Analectas*, S. D., vol. I, No. 12, 1933 y vol. III, No. 9, 1934.

El supuesto andalucismo de América. Buenos Aires, 1925, 6 p. (Instituto de Filología, Buenos Aires, Cuadernos, tomo I No. 2, p. 117-122).

Romances tradicionales en México. Madrid, 1924. (Separata de *Homenaje a Menéndez Pidal*, vol. II, p. 375-390). En colaboración con Bertram D. Wolfe.

—Agrega datos acerca del romance en Santo Domingo.

El libro del idioma. Lectura, gramática, composición y vocabulario. Buenos Aires, 1927. (En colaboración con Narciso Binayán. Hay ediciones sucesivas. En colaboración con el mismo: **Guía para el uso del Libro del Idioma**, B. A. s. a., 144 p.)

Apuntaciones sobre la novela en la América. Buenos Aires, 1927, 16 p. (Separata de *Humanidades*, B. A., Tomo XV, p. 133-146).

—Menciona a dos dominicanos: Villaurrutia y A. Sánchez Valverde.

Notas sobre literatura inglesa. La Plata, 1928, 22 p. (Separata de *Humanidades*, Buenos Aires, 1928).

Cien de las mejores poesías de la lengua castellana. Selección. Buenos Aires, 1929, 289 p. (Segunda edición, Buenos Aires, 1939, 305 p.)

—En la primera edición incluye a dos poetas dominicanos: Salomé Ureña y José Joaquín Pérez. En la segunda a éstos y a Gastón F. Deligne. Reseña de esta obra, por Amado Alonso, *Revista de Filología Española*, 1932, XIX, p. 433-434.

Seis ensayos en busca de nuestra expresión. Buenos Aires, 1928, 198 p.

—Conferencias y estudios publicados anteriormente, como indica en las **Palabras finales**; y posteriormente reproducidos: **El descontento y la promesa** (en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, No. 22, 1926; **La Nación**, Buenos Aires, 1926; en *Patria*, S. D., Nos. 65-68, noviembre 1926; y *Analectas*, S. D., vol. I, No. 3, abril 1934).

Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común. Conferencia. La Plata, 1930, 13 p.

—Reproducido en *Revista de Educación*, S. D., No. 16, diciembre 1932, p. 60-71; en Washington, 1932; y *Repertorio Americano*, San José Costa Rica, No. 17, mayo 1933.

El lenguaje. La Plata, 1930, 21 p. (Separata de *Humanidades*, tomo XXI, p. 107-125, La Plata, 1930.

—Reproducido en *Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua*, C. T., No. 21, 1946.

Sobre el problema del andalucismo dialectal de América. Buenos Aires, 1932, 136 p. (Biblioteca de *Dialectología Hispanoamericana*, Anexo 1 de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología).

El español en Méjico, los Estados Unidos y la América Central. Trabajos de Hills, Semeleder, Marden, Re-

villa, Nykl, Lentzner, Gagini, Cuervo. Con anotaciones y estudios de P. H. U., Buenos Aires, 1936, 526 p.

La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo. Buenos Aires, 1936, 191 p.

—El capítulo **Las Universidades**, reproducido en **Anales de la Universidad de Santo Domingo, C. T.**, 1937, p. 70-77. La obra está dedicada a Américo Lugo.

Antología clásica de la literatura argentina. Selección de Pedro Henríquez Ureña y Jorge Luis Borges. Buenos Aires, (1937), 445 p. (Segunda edición, Editorial Kapelusz, B. A., 1940).

Para la historia de los indigenismos. Buenos Aires, 1938, 147 p. (Contiene los siguientes trabajos publicados anteriormente: **Papa y batata.** (En R. F. H., año VI, No. 4, p. 388-394, y parcialmente en **La Nación**, B. A., junio, julio, septiembre 1938). **El Enigma del aje.** (Buenos Aires, 1938. Separata de **Revista Argentina de Agronomía**, Buenos Aires, tomo 5, No. 4, p. 209-223). **Boniato, Caribe y Palabras antillanas.** (En R. F. E., 1935, XXII, 175-186). Debe preferirse esta edición a las anteriores, por haber sufrido retoques.

Gramática castellana. Primer curso, B. A., 1938, 238 p. (En colaboración con Amado Alonso).

Gramática castellana. Segundo curso. Buenos Aires, 1939, 239, p. (Segunda edición, Buenos Aires, 1940). En colaboración con Amado Alonso.

El español en Santo Domingo. Buenos Aires, 1940, 301 p. (Tomo V de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana).

—Desde hacía años se proponía publicar esta obra, que es el más importante de sus estudios filológicos. En su trabajo escrito en colaboración con Bertram D. Wolfe, **Romances tradicionales en Méjico.** (Homenaje a Menéndez Pidal, vol. II, 1924, y separata, Madrid,

1924), decía: "Al iniciarse el proyecto de homenaje a D. Ramón Menéndez Pidal, ofrecí contribuir con un trabajo sobre **La lengua de Santo Domingo**, donde el español se conserva con matices arcaicos y ha adquirido matices **tropicales** dignos de estudio". Debe referirse a alguna ampliación del trabajo del mismo título publicado en **Revistas y libros**, Madrid, III, 1919.

Plenitud de España. Estudios de historia de la cultura. Buenos Aires, 1940, 178 p. (Otra edición ampliada: Editorial Losada, Buenos Aires, 1945.

—Trabajos publicados anteriormente, según se indica en la Explicación, p. 176-177: **España en la cultura moderna** (1935) **Rioja y el sentimiento de las flores** (1914), **Lope de Vega. Tradición e innovación** (1935) y **Esplendor, eclipse y resurgimiento** (1935); **Hernán Pérez de Oliva** (1914); **Cultura española de la Edad Media** (figura en **Historia de la nación argentina**, edición de la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires); **Poesía tradicional.** (En **Bahoruco**, S. D., No. 278, 21 diciembre 1935 p. 36-37, 45); **La Celestina** (1938); **Los matemáticos españoles del siglo XVI** (1927); **Las novelas ejemplares** (1939); **Las tragedias populares de Lope** (1938); **Tirso de Molina** (1939); **Calderón** (1939); **Góngora** (1939); **Luis Carrillo y Sotomayor** (1929).

—En carta del 25 de noviembre de 1944 nos dice: "Quisiera hablarle muchas cosas más, pero ya es hora de ir a mi trabajo de la Editorial (Losada). Estoy tan ocupado en mil cosas, que no he podido darle los toques finales a una colección de ensayos sobre cosas de América colonial (todo viejo y ya publicado en periódicos) que quiero dar en Losada. **Plenitud de España** se ha agotado, y se reimprimirá agregando **El Arcipreste de Hita**".

El endecasílabo castellano. En **Boletín de la Academia Argentina de Letras**, Buenos Aires, No. 49, octubre-diciembre 1944, tomo XIII, p. 725-824. Separa-

ta, Buenos Aires, 1945, 104 p. En parte reconstrucción de uno anterior, publicado en la *Revista de Filología Española*, Madrid, 1919, y en parte enteramente nuevo. (También hay separata de 1919).

La literatura en los periódicos argentinos. Buenos Aires, 1944 (Separata de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tercera época, año II, No. 4, p. 245-258. En colaboración con Dora Guimpel y María Muñoz Guilmart.

Literary currents in Hispanic America, Cambridge, Massachusetts, 1945, 345 p.

—Conferencias pronunciadas en la Universidad de Havard, 1940-1941. Véase artículo de José María Chacón y Calvo.

Páginas escogidas. Prólogo de Alfonso Reyes. Selección de José Luis Martínez. Biblioteca Enciclopédica Popular, vol. 109. México, 1946, 96 p.

b) Artículos (*)

De poesía. A propósito de la obra de Nicolás Heredia, *La sensibilidad en la poesía castellana.* En *Nuevas páginas*, S. D., No. 5, 1 diciembre 1900.

Editorial, de *Nuevas páginas*, S. D., No. 7, del 1º enero 1901. Reproducido, con elogios para el autor, P. H. U., por el periódico *La Lucha*, S. D., enero 1901.

Belkiss. En *Revista literaria*, S. D., No. 4, mayo 1901.

—Artículo escrito en Nueva York, abril 1901.

Virginia Elena Ortea. En *La Cuna de América*, S. D., No. 5, 3 mayo de 1903.

(*)—Resultaría difícil hacer una reseña completa de los artículos periodísticos de P. H. U. Hay trabajos suyos, dispersos, en numerosas publicaciones, como en *The Tribune* (¿julio? 1916); *El Dictamen*, de Veracruz, 1906; *El Heraldo de Cuba*; *La Prensa y Las Novedades*, Nueva York. *Cuba Literaria* (1904-1905), y otros periódicos de América y de España.

Hostos. (A su muerte). En *Listín Diario*, S. D., 29 septiembre 1903 y en *Eugenio M. de Hostos. Biografía y bibliografía*. Santo Domingo, 1905, p. 143-145. (Escrito en New York, 1903).

—Sus trabajos acerca de Hostos pueden reducirse a tres: el de *Ensayos críticos*, 1905, reproducido en *Horas de estudio*, 1910; el de 1903; y el publicado en *La Nación*, de B. A., que mal traducido al francés figura en *Essais*, de Hostos, 1936.

Literatura norteamericana. En *La Cuna de América*, S. D., No. 47, 22 mayo 1904.

El verdadero Ibsen. Del inglés. (La Habana, 1904). En *La Cuna de América*, S. D., No. 62, septiembre 1904.

Letras cubanas. El romanticismo en España, por Enrique Piñeyro, París, 1904. En *La Cuna de América*, S. D., No. 65, 25 septiembre 1904.

Sobre la antología. En *La Cuna de América*, No. 73, 20 noviembre 1904. Reproducido en *Analectas*, S. D., vol. VII, No. 5, feb. 1935.

Reflorescencia. En *La Cuna de América*, S. D., No. 77, 18 diciembre 1904.

—Acerca de este artículo relativo a la poesía de Deligne véase carta de éste, a P. H. U., inserta en Gastón F. Deligne, *Galaripsos*, C. T., 1946, (Biblioteca Dominicana, vol. III).

Martí, escritor. En *La Discusión*, La Habana, 25 octubre 1905. (Reproducido en *Archivo de José Martí*, año IV, mayo-diciembre 1943).

Vencido. (Síntesis). Para Bienvenido Iglesias. En la revista *El Ibero-Americano*, S. D., No. 10, noviembre 1905, p. 2-4.

—Pinta la vida de un artista dominicano y su estado de alma y fin en el poco propicio ambiente de su país. Es sorprendente revelación autobiográfica de P. H. U., podría decirse, adelantándose a su destino.

Educación científica. En *El Ibero-Americano*, S. D., No. 11, 1^o diciembre 1905, 4-5.

—Relativo a Santo Domingo.

Cuba. En *Revista Crítica*, México, mayo 1906.

Jesús E. Valenzuela. En *La Cuna de América*, S. D. No. 22, junio 1907. (Reproducido de *México Moderno* y de *Revista Moderna*, México).

¡Un libro! Carta a Enrique Ap. Henríquez. En *La Cuna de América*, S. D., No. 24, junio 1907.

—Acerca de Gastón F. Deligne: Dice: "Dar a conocer lo nuestro! Lo ensayo, cuando puedo y como puedo... A casi todos mis amigos (de México) les he recitado *Aniquilamiento*, que ha causado una sensación de asombro..."

Conferencias y tés. Carta a Enrique Ap. Henríquez. En *La Cuna de América*, S. D., No. 34, 25 agosto 1907. (Acerca del movimiento literario del México de entonces).

Julio Florez en México. Carta a Enrique Ap. Henríquez. En *La Cuna de América*, S. D., No. 37, 15 septiembre 1907.

Fernando A. de Meriño. En la revista *Crónica*, de Guadalajara, México, 1907.

"**Poesías**" de Unamuno. En *La Cuna de América*, S. D., No. 57, 2 febrero 1908.

Alocución. Pronunciada en el Salón de Actos de la Escuela Nacional Preparatoria de México, en la manifestación conmemorativa del educador D. Gabino Ba-

rreda. En *La Cuna de América*, S. D., No. 72, 17 mayo 1908.

Sobre Deligne. Carta a J. Humberto Ducoudray (México, 25 noviembre 1909). En *Ateneo*, S. D., marzo 1910. (Se refiere a *Galarippos*, de Deligne). Véase, al respecto, **En el margen de una carta**, artículo de A. J. Montolío, en *Blanco y Negro*, S. D., No. 81, abril 1910; y artículo de Ducoudray en *La Cuna de América*, S. D., 17 oct. 1909.

Marginalia. El exotismo. En *La Cuna de América*, S. D., No. 95, 25 octubre 1908.

La Moda griega. En *La Cuna de América*, S. D., No. 106, enero 1909; y *La Habana*, 1909.

Las cien mejores poesías. En *La Cuna de América*, S. D., No. 112, marzo de 1909, p. 3-4.

Desde México. En *La Cuna de América*, S. D., No. 124, junio de 1909. (Carta a Fed. García Godoy. Expone su tesis acerca del proceso de intelección de la idea nacional). Véase la contestación de G. G. en *La Cuna de América*, S. D., No. 128, julio 1909.

Cuestiones métricas. En *Revista Crítica*, México, 1909.

La leyenda de Rudel. México, 1909. (¿En *Revista Crítica*?)

La muerte de Clyde Fitch. México, 1909. (¿En *Revista Crítica*?)

Profesores de idealismo. Acerca de la obra de Francisco García Calderón. Trabajo leído en *Ateneo de la Juventud*, México. En *Ateneo*, S. D., No. 7, agosto 1910.

Notas, en la obra de Francisco García Calderón, *Profesores de idealismo*, París, 1910.

Cultura antigua de Santo Domingo, La Española. En la revista *Ateneo*, Santo Domingo, Nos. 10-12, 14, 17, 21 de noviembre, 1910 y septiembre 1911.

—Se trata de extractos, precedidos de una nota explicativa, de lo relativo a Santo Domingo de la obra de Beristáin de Souza, *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional...*, 1816-1821, de gran importancia para el conocimiento de la historia de América. P. H. U. realizó este fatigoso trabajo en México, en 1910, cumpliendo promesa de allegar datos para la historia intelectual de Santo Domingo.

Desde México. Carta a Gustavo J. Henríquez acerca de su libro de poesías *Trinos*. En *Ateneo*, S. D., No. 15, marzo 1911.

Carta abierta. A Federico García Godoy, acerca de su libro *Alma Dominicana*. México, 15 de marzo 1912. En *Ateneo*, S. D., No. 28 abril 1912. Reproducido en *La Cuna de América*, S. D., No. 5, mayo 1912.

Las ideas sociales de Spinoza. En *La Cuna de América*, S. D., No. 8 y 9, mayo y junio de 1911. Reproducido en *Trapalanda*, Buenos Aires, septiembre-octubre 1933.

La decadencia de la literatura descriptiva. En *La Cuna de América*, S. D., No. 38, enero de 1912.

Sobre la literatura descriptiva. En *La Cuna de América*, S. D., No. 15, julio de 1912. (Carta a Charles Lesca, México, abril 30 de 1912).

—Acerca de su artículo *La decadencia de la literatura descriptiva*, 1912.

Romances en América. En *Cuba contemporánea*, La Habana, diciembre 1913, p. 345-366.

—Romances recogidos durante su visita a su pueblo natal, Santo Domingo, en 1911. Trabajo escrito en México, en 1913.

En pro de la edición definitiva de Sor Juana Inés de la Cruz. En la revista *México*, No. 2, México, 1914.

La Inglaterra de Menéndez y Pelayo. En *La Cuna de América*, S. D., No. 30-32, febrero de 1914. (México, 1912).

Rioja y el sentimiento de las flores. En *Revista de América*, París, 1914. (Reproducido en la revista *España*, Madrid, 1920. También figura en *En la orilla: Mi España*, 1922, y en *Plenitud de España*, Buenos Aires, 1940.

Acerca de la poesía de Enrique González Martínez. En *El Figaro*, La Habana, 1914. (Estaba destinado a servir de prólogo a la obra del poeta, *La muerte del cisne*).

España y los Estados Unidos. En *La Cuna de América*, S. D., No. 17, mayo de 1915.

Sutileza. (Acerca de Ml. Gutiérrez Nájera). En *Revista de Revistas*, 1º agosto 1915.

La necesidad del éxito. La Habana, 1915. (¿En *Heraldo de Cuba*? Ahí publicó diversos artículos).

La República Dominicana. En *Cuba Contemporánea*, La Habana, No. 1, tomo XV, sept. 1916, p. 38-46.

Un problema literario. (Carta de Enrique José Varona a P. H. U. y contestación de este, acerca de Sor Juana Inés de la Cruz). En la revista *La Primada de América*, S. D., 15 diciembre 1917; y en *Cuba Contemporánea*, La Habana, 1917, X, 251-256.

Bibliografía de Sor Juana Inés de la Cruz. En *Revue Hispanique*, Tomo 40, No. 97, p. 161-214, París,

1917. (Reproducido con notas de Ermilo Abréu Gómez, en *El libro y el pueblo*, México, tomo XII, Nos. 2-8, febrero-agosto 1934).

Campoamor. En *Revue Hispanique*, París, vol. 41, 1917.

Las "nuevas estrellas" de Heredia. New York, 1918. (Separata de *The Romanic Review*, New York, IX, 112-114, 1918).

Jane Austen. En *El Figaro*, La Habana, 1913, y en *La Cuna de América*, S. D., No. 7-8, junio de 1919.

La lengua de Santo Domingo. En *Revistas y libros*, de Madrid, III, 1919. (Rectificaciones a Meyer-Lübke). Reproducido en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 1920.

Lacrimae rerum. En *La Cuna de América*, S. D., No. 31-32, enero de 1920.

—Breve página literaria.

De la prosa castellana. En *La Cuna de América*, S. D., No. 6, agosto de 1920.

En la orilla. En *La Cuna de América*, S. D. No. 10, agosto 1923. (Acercas de la "ley de aceleración"). Dice: "Si la ley de aceleración se cumpliera, antes de cuarenta años ocurrirá otro cambio trascendental: ¿quizás la bolchevización del mundo?"

La patria de la justicia. Palabras en el homenaje a Carlos Sanchez Viamonte, La Plata, 7 marzo 1925. En *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, No. 7, abril 1925.

García Godoy. En *Patria*, S. D., No. 16, 21 de noviembre 1925. (Contiene duros conceptos acerca de la

ocupación militar norteamericana de Santo Domingo, que consideraba "inexplicable, injustificable").

Eramos cuatro... En *Patria*, S. D., Nos. 29-30, 20 febrero y 6 de marzo 1926. (Narración).

Acerca de la Antología de Julio Noé. Buenos Aires, 1926.

En busca del verso puro. En *Cursos y conferencias.* Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores. Buenos Aires, año IV, No. 3, p. 225-249.

—La primera versión se publicó en *Valoraciones*, de La Plata, 1926-1928, Nos. X-XII. Reproducido en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, No. 13, octubre 1926. Otra versión en *Homenaje a Enrique José Varona en el cincuetenario de su primer curso de filosofía*, (1880-1930). Miscelánea de estudios literarios y filosóficos. La Habana, 1935.

La antigua sociedad patriarcal de las Antillas. Modalidades arcaicas de la vida en Santo Domingo durante el siglo XIX. En *Patria*, S. D., Nos. 71-72, 20-25 diciembre de 1926. Conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, con la cual concluyó el ciclo sobre **Tipos americanos de organización social**, del que hay extractos en *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas*, de B. A., reproducido en la *Revista de Educación*, S. D., No. 16, 1932).

Cultura argentina. En *Patria*, S. D., No. 78, 12 febrero 1927. (Contiene carta de P. H. U. a un amigo dominicano desde La Plata, 8 dic. 1926).

Góngora, hijo del Renacimiento. En *Patria*, S. D., No. 108, 10 sept. 1927. (De Martín Fierro, Buenos Aires).

Los matemáticos españoles del siglo XVI. En *Valoraciones*, La Plata, 1927. Reproducido en *Plenitud*

de España, B. A., 1940. (Acerca de la obra de Julio Rey Pastor).

Veinte años de literatura en los Estados Unidos. En *Patria*, S. D., Nos. 144-149, 26 mayo, 2, 16, 23 y 30 junio y 7 julio 1928. (De Nosotros, Buenos Aires).

Bibliografía literaria de Santo Domingo. En *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, Nos. 9-11, del 7, 14 y 21 de septiembre de 1929.

Apuntes sobre poetas antillanos. En *Archipiélago*, Santiago de Cuba, No. 14, julio 1929, p. 242. Reproducido en *Lumen*, S. D., No. 2, octubre 1929.

—Breve página.

Música popular de América. En *Conferencias, Primer ciclo*, 1929, vol. I p. 177-236, de la Biblioteca del Colegio Nacional de la Universidad de La Plata, La Plata, 1930. (Refiérese a las Antillas y México. Contiene diversas ilustraciones musicales. Con el título de **Danza y canción de América**, se publicó extenso extracto en el diario *La Nación*, Buenos Aires, fines de 1929).

—Conservo el ejemplar del autor, con adiciones y enmiendas suyas, manuscritas, que conviene tener en cuenta en una nueva edición. La parte más importante del estudio se refiere a Santo Domingo.

Observaciones sobre el español en América. (II extracto de la revista de *Filología Española*, 1930, 8. p.; y III extracto, 1931, tomo XVIII, p. 120-148).

Datos sobre el teatro en la América Latina. En *Monterrey*, *Correo literario de Alfonso Reyes*. Río de Janeiro, Nos. 1 y 2, junio y agosto 1930.

Martí. En *Sur*, Buenos Aires, Mayo 1931. (Reproducido en *Revista Bimestre Cubana*, y *Repertorio*

Americano, San José de Costa Rica, tomo XXIII, p. 33).

Clásicos de América: Sor Juana Inés de la Cruz. En **Cursos y Conferencias**, B. A., 1931; en **El libro y el pueblo**, México, tomo X, No. 7, 1932; y en **Analectas**, S. D., vol. II, Nos. 9-10, diciembre 1933.

Héroes de sacrificio. Palabras en el homenaje a Duarte, Sánchez y Mella, el 20 de marzo de 1932. En **Revista de Educación**, S. D., No. 13, marzo 1932. Reproducido en **Homenaje a Pedro Henríquez Ureña**, C. T., 1946. Edición de la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes.

Alarcón y el espíritu mexicano. En **El libro y el pueblo**, México, abril, 1932. (Acercas de este trabajo véase artículo de François de Miomandre, en **L'Esprit Français**, París, Octubre 1932).

Heredia y los pinos del Niágara. En **Repertorio Americano**, San José de Costa Rica, 1932, tomo XIV, p. 124.

La inconveniencia de los exámenes espectaculares. En **Repertorio Americano**, 1932, tomo XXIV, p. 206.

Palabras en la investidura de bachilleres de la Escuela Normal de Santo Domingo. En **Revista de Educación**, S. D., No. 16, diciembre 1932, p. 56-57. Reproducido en **Homenaje a Pedro Henríquez Ureña**, C. T., 1946. Edición de la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes.

Raza y cultura. Palabras en nombre de la Universidad de La Plata, el 11 de octubre de 1933. Festividad del Día de la Raza. En **Repertorio Americano**, San José de Costa Rica, No. 1 enero, 1934.

Raza y cultura hispánicas. En **Analectas**, S. D., vol. III, No. 8, febrero 1934.

La colección latinoamericana (de la Biblioteca de la Universidad de La Plata). En *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*. Tomo XVIII, 1934, No. 4, p. 192-195.

Conferencias. (Acerca de las dictadas en el Ateneo de la Juventud, de México, hacia 1908). En *El libro y el pueblo*, México, tomo XII, No. 5, 1934.

La poesía popular (dominicana). En la revista *Bahoruco*, Santo Domingo, Nos. 189-191, 14 y 21 abril 1934.

Bernard Shaw. En *Cursos y Conferencias*, B. A., 1934, Año III Nos. 6, 8, 11. Reproducido en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, Nos. 17, 19, 21, mayo 1936.

Guillermo Valencia. En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, No. 43, julio-septiembre 1934, p. 617-618.

Observaciones sobre el español de México. En *Investigaciones lingüísticas*, México, Nos. 3-4, julio-octubre 1934, p. 188-194.

Comienzos del español en América. En *Cursos y conferencias*, B. A., 1935, Año IV, No. 12, p. 1234-1259.

España en la cultura moderna. En *La Nación*, Buenos Aires, 1935; y, retocado, en *Cursos y conferencias del Colegio Libre de Estudios Superiores*. Reproducido en *Plenitud de España*, Buenos Aires, 1940.

Poesía de la Edad Media y poesía tradicional. En *La Nación*, Buenos Aires, 1935. Reproducido en *Plenitud de España*, Buenos Aires, 1940.

—Acerca de la obra de Dámaso Alonso.

Eugenio María de Hostos. En *La Nación*, Buenos Aires, mayo 1935. (Prefacio de Hostos, *Moral Social*, 1939; y Prefacio de *Essai*, de Hostos, París, 1936).

cultura teatral. Conferencias . . . , B. A., 1936, No. 3.

Problemas del verso español. En *Cursos y conferencias*, B. A., Año V, No. 5, 1936.

Palabras antillanas en el diccionario de la Academia. En *Revista de Filología Española*, XXII, 1935, p. 175-184. Reproducido en *Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua*, S. D., No. 7, abril 1942.

Poesía contemporánea. En *La Nación*, B. A., 1935. Reproducido en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, No. 21, junio 1935.

—Acerca de la obra de Federico de Onís, *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, Madrid, 1934. Señala la omisión de Gastón Deligne y Juana Borrero.

Escritores españoles de la Universidad de México. en *Revista de Filología Española*, 1935, XXII, p. 60-65; y en *Clío*, S. D., julio-agosto 1935, p. 103-105.

El peso falso (Cuento). En *Bahoruco*, S. D., No. 263, 7 septiembre 1935.

Esplendor, eclipse y resurgimiento en Lope de Vega. En *Listín Diario*, S. D., 12 octubre. 1935 (Los estudios acerca de Lope reproducidos en *Plenitud de España*, el primero en *Sur*, y el segundo en *La Nación*, de Buenos Aires.

Casa de apóstoles. En *La Nación*, B. A., 18 noviembre 1935; y *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, No. 11, 16 marzo 1935.

Erasmistas en el Nuevo Mundo. En *La Nación*, Buenos Aires, 8 diciembre 1935; *Bahoruco*, S. D., No. 287, 22 feb. 1936; y *Cuadernos dominicanos de cultura*, C. T., No. 2, 1943.

El teatro en la América Española en la época colonial. En *Instituto nacional de teatro*, *Cuadernos de*

Sobre literatura colonial en América. (R. F. E., 1936, XXII, p. 410-413).

Enrique José Varona: el maestro de Cuba. En *La Nación*, Buenos Aires, 15 marzo 1936. (Reproducido en *Revista Cubana*, 1936; y en *Bahoruco*, 1936).

Paisajes y retratos. En *La Nación*, B. A., 31 mayo 1936. (Acerca de Colón, del P. Las Casas, etc.)

Enrique José Varona: el maestro de Cuba. En *La Nación*, Buenos Aires, 15 marzo 1936. (Reproducido en *Revista Cubana*, 1936; y en *Bahoruco*, 1936).

El supuesto andalucismo dialectal de América. En *Cursos y conferencias*, Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores. Buenos Aires, noviembre 1936, vol. 5, p. 815-824.

—Reproducción con retoques y nuevas notas del trabajo publicado en *Cuadernos*, del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires.

Cultura española. En *Cursos y conferencias*, B. A., Año VII, No. 9, 1937.

La cultura española desde Alfonso el Sabio hasta los Reyes Católicos. En Ricardo Levene, *Historia de la nación argentina*, B. A., 1937, vol. 2, p. 175-209.

El español en México y sus vecindades. En *La Nación*, B. A. 5 sept. 1937, p. 3-4.

La América Española y su originalidad. En *Europa América Latina*. Comisión argentina de Cooperación intelectual. Buenos Aires, 1937, p. 183-187.

—Contiene la Séptima Conversación de la Organización de Cooperación intelectual de la Sociedad de las Naciones, realizada del 11 al 16 de septiembre de 1936. Participaron, entre otros, Duhamel, Sanin Cano, Emil Ludwig, Keyserling, Alfonso Reyes, Reyles, J. Romain, S. Zweig. Hay diversos párrafos, en los *Entretiens*, de P. H. U. Hay edición francesa con el título de *Entretiens. Europe Amérique Latine*.

Bibliografía de la literatura en la América Española. En *Boletín del Instituto de Cultura Latino-Americana*, Buenos Aires, Nos. 4, 6, 7, 8, 10, 12-14, 40, 1937-1943.

El idioma español y la historia política en Santo Domingo. En *Segundo Congreso internacional de Historia de América*, B. A., 1938, vol. 3, p. 667-677.

La planta enigmática. En *La Nación*, B. A., 4 septiembre 1938.

Bibliografía literaria de la América Española. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. En *Boletín del Instituto Cultural latinoamericano*. B. A., 1938, año 2 No. 7, p. 60-70; No. 8, p. 74-78; No. 10, p. 97-103.

Biografía mínima. Eugenio María de Hostos, 1839-1939. En *Boletín del Instituto de Cultura Latino-Americana*. Universidad de Buenos Aires, B. A., No. 13, enero-febrero 1939.

—Breve página acerca del Centenario de Hostos.

Ello. En *Revista de Filología Hispánica*, Buenos Aires, Vol. I, No. 3, julio-septiembre. 1939, p. 209-229. (Reproducido en *Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua*, C. T., No. 8-9, julio-noviembre 1942).

Cosas de las Indias. En *La Nación*, B. A., No. 24626, 4 febrero 1940.

—Ejemplos de nombres europeos aplicados a cosas americanas y penetración de nombres americanos en descripciones del Nuevo Mundo.

Santiago Prampolini, **Historia Universal de la literatura**. B. A., 1941. En el vol. XII, capítulos adicionales de P. H. U. sobre literatura dominicana, puerto rriqueña y centroamericana).

Ricardo Levene, **Historia de América**. B. A., 1941 (Capítulo de P. H. U., en el vol. XI, sobre historia contemporánea de la Isla de Santo Domingo; y capítulos acerca de Puerto Rico y de Haití).

Barroco de América. En *La Nación*, B. A., 23 junio 1940; y *La Nación*, C. T., 6 julio 1941.

La versificación de Heredia. En *R. F. H.*, año IV, No. 2, abril-junio, 1942, p. 171-172.

Influencia del descubrimiento en la literatura. (En la revista *Sur*, Buenos Aires, noviembre 1942, p. 11-15).

—Síntesis de la primera conferencia de P. H. U. en la Universidad de Harvard, 1940-1941, que figura en su obra *Currents literary in Hispanic America*, 1945.

Rufino José Cuervo. Discurso. En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. B. A., tomo XIII, No. 49, 1944.

Pasado y presente. En *La Nación*, B. A., 25 febrero 1945; en *Letras de México*, abril de 1945, p. 55, y *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, C. T., No. 22, 1945.

—Trata de la obra *De la conquista a la Independencia: tres siglos de historia cultural hispanoamericana*.

c) Traducciones, ediciones y prólogos

Juan Gabriel Borkman. Drama de Henric Ibsen. Traducción del francés y nota preliminar de P. H. U. En *Nuevas Páginas*, S. D., No. 6, 15 diciembre 1900.

El verdadero Ibsen. Del inglés. En *Revista literaria*, Santo Domingo, No. 3, mayo 1901 (Traducción firmada en Nueva York, 1901).

[Rubén Darío] *Eleven poems of Ruben Darío.* Translation, by Thomas Walsh and Salomón de la Selva. Introduction by Pedro Henríquez Ureña. New York, 1916.

Mariano Brull, *La casa del silencio.* Madrid, 1916. Prólogo de P. H. U.

C. Fontaine. **En France**. Nueva York, 1918. (Libro de enseñanza idiomática, edición francoespañola a cargo de P. H. U.)

Oscar Wilde, **Huerto de Granadas, El retrato de Mr. W. H. y Salomé**, en los vols. IV y V de las obras escogidas de Wilde. Madrid, 1920. Biblioteca Nueva. Traducción de P. H. U. con el seudónimo de E. P. Garduño.

José Moreno Villa, **Florilegio**. San José de Costa Rica, 1920. Selección y prólogo de P. H. U.

Lenín, **El Estado y la revolución proletaria**. Biblioteca Nueva. Madrid, 1920. (Traducción del inglés en colaboración con Carlos Pereyra y Alfonso Reyes).

Pedro Henríquez Ureña, **Lecturas: teatro, siglos XIX y XX**. Selección y notas. Madrid, 1920, 102 p. (Junta para ampliación de estudios. Instituto Escuela de Segunda Enseñanza).

Adolfo Salazar, **Andrómeda**. Méjico, 1921. (Acercas de música) Prólogo de P. H. U.

Juan Ruiz de Alarcón, **Los favores del mundo**. Edición, prólogo y notas de P. H. U., cotejada con el texto original de 1628. México, Editorial Cultura, 1922. (Reseña de Daniel Cosío Villegas, en R. F. E., 1923, X, 192-193),

Juan Ramón Jiménez, **Poesías Méjico**, 1922. Selección y prólogo de P. H. U.

Héctor Ripa Alberdi, **Obras**. Buenos Aires, 1926. Prólogo de P. H. U.

José Joaquín Pérez, **La Lira**. Santo Domingo, 1928. Prólogo de P. H. U.

Luis Carrillo Sotomayor, **Fábula de Atis y Galatea y Sonetos**. La Plata, 1929. (Edición en colaboración con Enrique Moreno).

Nicolás Ureña de Mendoza, **Poesías**. Coleccionadas por Pedro Henríquez Ureña. Santo Domingo, 1933, 30 p. mimeógrafo.

Emiliano Tejera, **Palabras indígenas de la Isla de Santo Domingo**. Prólogo de P. H. U. Santo Domingo, R. D., 1933.

Mario Irle, **Plenitud de goce y lágrima**. Buenos Aires, 1934. (Poesías. Breve prólogo de P. H. U.)

E. M. de Hostos, **Essais**. Traduit de l'espagnol por Max Daireaux avec un avant-Propos de Pedro Henríquez Ureña et une Notice biographique de A. S. Pedreira. Paris, 1936, 282 p. (El Prefacio de P. H. U., en las p. 7-13).

Sor Juana Inés de la Cruz, **Obras escogidas**. B. A. y México, 1938, 177 p. Colección Austral. (Selección de P. H. U. y Patricio Canto).

Las cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal. Editorial Losada, Buenos Aires.

Grandes escritores de América. Colección dirigida por P. H. U. Editorial Losada, Buenos Aires. (Obras capitales escritas en el Nuevo Mundo: José Hernández, Hostos, Martí, etc.)

d) Reseñas (*)

El modelo estrófico de los "layes, decires y canciones" de Rubén Darío. (Acerca de estudio de J. M. Cossío). R F E, XIX, 1932, p. 421-422.

S. M. Waxman, **A Bibliography of the belles-lettres of Santo Domingo**. Harvard University Press, Cambridge, 1931. Adiciones y correcciones a esta obra, en colaboración con G. Sánchez Lustrino, en **Revista de Filología Española**, 1934, XXI, p. 293-308.

(*)—Sólo se registran aquí algunas de las reseñas de libros de P. H. U. publicadas en **Revista de Filología Española** (R F E), y **Revista de Filología Hispánica** (R F H). Véanse otras reseñas en R F E, VIII, 386; VIII, 376 c; y R F H, VII, 72-74.

Problemas del español en México. En *Investigaciones lingüísticas*, México, vol. 4, p. 56-57. (Acerca de Jesús González Moreno, *Etimologías del español*, México, 1936).

Halfdan Gregersen, *Ibsen and Spain*. Cambridge, 1936. (R F H, Año II, No. 1, p. 58-64).

Los jueces de Castilla (Lope de Vega), y **Horacio en México**, notas R F H, año VI No. 3, p. 285-286.

La cuaderna vía. (Acerca de los trabajos de Harrison Haikes Arnold relativos a la Cuaderna vía) R F H, año VII, No. 1, p. 45-47.

Georgiana Goddard King, *Heart of Spain*. Cambridge, 1941 (R F H año IV, No. 3 p. 292-294).

José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, México, 1941. (R F H, año III No. 4, p. 396-398).

Emilio Rodríguez Demorizi, *Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo*. Discurso de ingreso en la Academia Dominicana de la Historia. Contestación de Virgilio Díaz Ordóñez. C. T., 1944. (R F H, año VI, 4, p. 409-410). Reproducido en *Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua*, C. T., No. 20 1946.

e) Conferencias (*)

Un clásico del siglo XX, Gabriel y Galán. Conferencia en Sociedad de Conferencias, México, 26 de junio de 1907.

La obra de José Enrique Rodó. Conferencia en Ateneo de la Juventud, 22 de agosto de 1910.

Motivos de Proteo. Conferencia. Ateneo de México, 1910.

El Moliere del siglo XX. Conferencia. En la Asociación Cristiana de Jóvenes. México, 7 de enero de 1914.

(*)—También se hace notar que esta es una reseña incompleta.

Conferencia acerca del Panamericanismo. Minneapolis, 1916.

José E. Rodó. Conferencia en el Ateneo de Barcelona, 1917.

Serie de Conferencias, en Montevideo, 1925, patrocinadas por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

Conferencia acerca de la pintura de Pedro Figari. En el Ateneo Estudiantil de La Plata, 17 de julio de 1926.

Curso de su especialidad en Escuela de Verano de la Universidad de Santiago de Chile, enero 1927.

Clásicos de América. Curso en Colegio Libre de Estudios, Buenos Aires, 1931.

En torno a Ibsen y Tolstoi. Conferencia. San Pedro de Macorís, octubre, 1932.

Conversaciones pedagógicas. Enseñanza de la lectura y la escritura. Escuela Normal de Santo Domingo. Enero 1933.

Curso sobre ciencia del lenguaje y filología española. En Escuela Normal de Santo Domingo. Iniciado en febrero 1933. El Programa inserto en *Revista de Educación*, S. D., No. 17, 1933, p. 39-41.

Disertación acerca de Luisa Ozema Pellerano. Santo Domingo, 28 de marzo de 1933.

Tradición e innovación en Lope de Vega. Conferencia en la Universidad de Buenos Aires, 22 octubre 1935.

Poetas olvidados. Conferencias (dos). En el Centro Correspondiente Argentino de la Unión Ibero-Americana, B. A., 22 junio y 6 julio 1936.

Gilberto K. Chesterton. La Inglaterra de Chesterton. Conferencia en el Colegio Libre de Estudios Superiores, B. A., 8 agosto 1936.

El romanticismo en América. Ideas y sentimientos, vida privada y vida pública, naturaleza, pasado y presente. En Colegio Libre de Estudios Superiores, B. A., 11 octubre 1937.

Calderón, la cena del Rey Baltasar. Lectura. En Amigos del Arte, B. A., 24 septiembre 1937.

Las teorías sociales de Baruj Spinoza. Conferencia en la Sociedad Hebráica Argentina, B. A., 28 abril 1938.

Hostos: el educador antillano. Conferencia en la Biblioteca Florentino Ameghino, B. A., 14 mayo 1938.

Teatro antiguo de América. Conferencia en Teatro del Pueblo, Buenos Aires, 5 julio 1938.

Significado social de la literatura de América. Conferencia en la Asociación Tomás Espora, La Plata, 26 agosto 1938.

Introducción a la literatura. Caracterización de una época literaria: los siglos de oro españoles. Clases en abril mayo 1939 en la Universidad Popular Alejandro Korn.

Coloquio sobre el problema de la enseñanza secundaria, entre los profesores P. H. U. y Francisco Romero. En la Universidad Popular Alejandro Korn, La Plata, Argentina, 22 de junio (¿1939?)

Acerca del problema de la creación poética. El misterio del genio artístico. Conferencia en la sociedad femenina Lyceum, La Habana, 18 enero 1941.

Primicias de la Cultura en nuestra América. Curso monográfico. En Seminario de Investigaciones Históricas, La Habana, 20, 22, 25 y 27 enero 1941. (También habló entonces en Le cercle des amis de la culture française de La Havane).

Palabras sobre la cultura francesa. En el Círculo de Amigos de la Cultura Francesa, La Habana, 29 enero 1941.

La expresión de América. Cursillo en Universidad Popular Alejandro Korn, La Plata, 1941.

Evolución de la cultura de nuestra América. Cursillo de ocho clases en la Universidad Popular Alejandro Korn, La Plata, 1941.

Bernard Shaw. Curso en Colegio Libre de Estudios Superiores, B. A., mayo, 1941.

El descubrimiento de América en la imaginación de Europa. Conferencia en el Instituto Francés de Estudios Superiores, Buenos Aires, 14 de septiembre de (¿1941?)

La enseñanza de la lengua materna y de su literatura en la educación de los adolescentes. Conferencia en el Colegio Libre de Estudios Superiores. B. A., noviembre 1941.

Un Nuevo tipo de bachillerato en los EE. UU. El plan de los cien libros. Conferencia en el Colegio Libre de Estudios Superiores, B. A., 12 noviembre 1942.

El Arcipreste de Hita. Conferencia en Institución Cultural Española, B. A., 16 septiembre 1943.

Dos momentos en la historia cultural de Santo Domingo. Conferencia, 6 mayo 1944, en su calidad de Miembro Correspondiente en la República Dominicana en la Academia Nacional de la Historia, B. A., en el homenaje a la República Dominicana con motivo de su Centenario.

The discovery of America in the imagination of Europe. Conferencia en inglés en el Instituto Cultural Argentino Norteamericano, B. A., 15 junio 1944.

Poetas Antillanos. Conferencia en el Ateneo Iberoamericano, de B. A., 27 julio 1944.

f) Escritos acerca de P. Henríquez Ureña (*)

Algunos juicios críticos sobre el último libro de Pedro Henríquez Ureña: *Literary Currents in Hispanic America*, 1945. En *Sur*, B. A., 1946, marzo, p. 111-112. Extractos de artículos de Donald D. Walsh (*Hispania*); Milred Adams (rev. *The Nation*, New York); Bertram D. Wolfe (*The New York Times*); Angel Flores, (*New York Herald Tribune*).

Avelino, Andrés.— Pedro Henríquez Ureña, humanista y filósofo. En *Juventud Universitaria*, C. T., No. 15, julio 1946.

Aybar, Andrejulio.— Discurso de ingreso en la Academia Dominicana de la Historia. (Elogio de P. H. U., a quien sustituyó). En *Clío*, S. D., julio-agosto 1936.

Bazil, Osvaldo.— Minutero. En *La Nación*, C. T., 21 mayo 1946.

Bibliografía. (Reproduce artículo de *Cultura española*, de Madrid, 1906, acerca de *Ensayos críticos*, 1905). En *La Cuna de América*, S. D., No. 2, enero 1907.

Cien de las mejores poesías castellanas, Buenos Aires, 13 p. (Breve opúsculo de propaganda de la obra de P. H. U. del mismo título, publicado por la Editorial Kapelusz, de Buenos Aires, con opiniones acerca de P. H. U. de: Menéndez Pelayo (en *Ateneo*, Santo Domingo, 1911); Menéndez Pidal (en el Prólogo a *La versificación irregular en la poesía castellana*, 1920 y 1933); E. Boutroux (en *El Imparcial*, México, 1913); O. W. Firkins (en *The Nation*, New York, agosto 1917); Américo Castro, (en *Revista de Filología Es-*

(*)—Solo se reseñan aquí, además de otros trabajos, algunos de los numerosos artículos y noticias acerca de P. H. U. con motivo de su muerte, publicados en toda la América. Véase en los periódicos dominicanos, particularmente: *La Opinión*, C. T., mayo-junio 1946; *La Nación*, C. T., mayo-junio 1946; *La información*, Santiago, 15 y 22 mayo 1946; *El Porvenir*, Puerto Plata, 23 mayo 1946; *Luz y Acción*, Las Matas de Farfán, 30 mayo 1946; *Revista de Educación*, C. T. No. 82, abril-junio 1946.

pañola, Madrid, 1916); E. Diez Canedo (en la revista *España*, Madrid, 1923); J. E. Rodó (en *Las Novedades*, Nueva York, 1916); Jorge Luis Borges (en *La Palabra*, Buenos Aires, 1928); Julio Noé (en *Nosotros*, Buenos Aires, 1922); B. Sanín Cano (en *El Espectador*, Bogotá, mayo 1928); Alfonso Reyes (en su obra *Simpatías y diferencias*; José Vasconcelos (en *La Crónica*, Lima, julio 1916); Francisco García Calderón (en *Prólogo a Cuestiones estéticas*, de Alfonso Reyes, París 1911); Armando Donoso (en *La Nación*, Buenos Aires, 1923); Gonzalo Zaldumbide (en *Bulletin de la Biblioteque Americaine*, París, 1921); Francisco Contreras (en *Mercure de France*, París, 1927; versión castellana en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica); Manuel Marquez Sterling (en *El Fígaro*, La Habana, 1911); Federico García Godoy (en *Ateneo*, Santo Domingo, 1911); Suplemento literario del *Times*, (Londres, 18 agosto 1921); diario *La Nación*, de Buenos Aires, (agosto de 1928).

Coiscou Henríquez, Máximo.— *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, en su obra *Historia de Santo Domingo*, C. T., 1938, p. 29-61.

Cordero, Armando.— *Pedro Henríquez Ureña*. Editorial de *El Progreso*, La Vega, 26 diciembre 1931.

Chacón y Calvo, Dr. José María.— *El último libro de Pedro Henríquez Ureña*. En *Diario de la Marina*, La Habana, 12 mayo 1946. (Acerca de *Literary Currents in Hispanic America*, 1945).

Chacón y Calvo, Dr. José María.— *Un maestro de la cultura. Pedro Henríquez Ureña*. En *Diario de la Marina*, La Habana, 16 mayo 1946.

Chacón y Calvo, Dr. José María.— *Una carta de don Américo Lugo*. En *Diario de la Marina*, La Habana, junio 1946.

Donoso, Armando.— *Henríquez Ureña y la erudición*. En su obra *La otra América*, Madrid, 1925.

Ducoudray, J. Humberto.— **Meditando**. Carta a P. H. U. En **Listín Diario**, S. D., 14 junio 1911.

Ecos de los homenajes tributados a Pedro Henríquez Ureña en Argentina, México, Cuba y Uruguay. Notas en **Juventud Universitaria**, C. T. No. 15, 1946.

Ensayos críticos. En **Listín Diario**, S. D., 8 abril 1906. (Se refiere a artículos relativos a la obra aparecidos en **El Dictamen**, de Veracruz; **El Fígaro**, **Diario de la Marina** (Joaquín N. Aramburu); **La Discusión**; **Letras** (Nestor Carbonell); **Cuba y América** (Ramiro Hernández Portela); **El Nuevo País**, de La Habana).

Escudero, Alfonso.— **Acerca de Pedro Henríquez Ureña**. En **Ateneo**, Santiago de Chile, 1931. (Se refiere al proyecto de P. H. U. de escribir una Historia de la literatura hispanoamericana).

García Godoy, Emilio.— **El gobierno y los hermanos Henríquez Ureña**. En **La Opinión**, S. D., 17 de Diciembre 1931.

García Godoy, Federico.— **Génesis Nacional**. En **La Cuna de América**, S. D., No. 128, julio de 1909. (Contestación a la carta de P. H. U. inserta en **La Cuna de América**, No. 124, junio 1909. Reproducido en la obra de G. G., **La hora que pasa**, S. D., 1910, p. 229-245).

García Godoy, Federico.— **Horas de estudio**. En su obra **Páginas efímeras**, S. D., 1913, p. 217-244. (Reproducido en **La literatura americana de nuestros días**, Madrid, Biblioteca Andrés Bello, que es segunda edición de **Páginas efímeras**. Originalmente publicado en **Ateneo**, S. D., No. 11-12, diciembre, 1910).

García Godoy, Federico.— **Conferencias del Ateneo de la Juventud**. (México). En su obra **Páginas efímeras**, S. D., 1913, p. 147-172. (Reproducido en **La literatura americana de nuestros días**, Madrid, Biblioteca Andrés Bello).

García Godoy, Federico.— **La enseñanza de la literatura.** En su obra **De aquí y de allá**, S. D., 1918, p. 189-195.

García Godoy, Federico.— **Acerca de La versificación irregular en la poesía castellana**, Madrid, 1920. En la revista **Letras**, S. D., 1920.

García Godoy, Federico.— **Mi España.** En **La Cuna de América**, S. D. No. 43 marzo 1923.

Goico C., Manuel de Jesús.— **Pedro Henríquez Ureña.** En **Juventud Universitaria**, C. T. No. 13-14 mayo-junio 1946.

Goico C., Manuel de Jesús.— **Pedro Henríquez Ureña, el maestro distante.** En **Juventud Universitaria**, C. T. No. 15, julio 1946.

Gonzalez, J. Natalicio.— **Vida y grandezas del idioma castellano en América.** En **Repertorio Americano**, San José de Costa Rica, No. 24, nov. 1940.

González Peña, Carlos.— **Pedro Henríquez Ureña.** En **Ateneo**, S. D., No. 13, enero 1911.

Henríquez Ureña, Max.— **Panorama histórico de la literatura dominicana.** Río de Janeiro, 1945.

Herrera, César A.— **Pedro Henríquez Ureña, prócer de la cultura Americana.** En **La Nación**, C. T., 28 mayo 1946.

Homenaje a Pedro Henríquez Ureña. Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes. Ciudad Trujillo, R. D., 1946, 8 p. —Contiene: Mensaje del Presidente de la República, Generalísimo R. L. Trujillo, del 13 de mayo de 1946, proponiendo a la Cámara de Diputados se le dé el nombre de **Doctor Pedro Henríquez Ureña** al edificio de aulas de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Santo Domingo; Noticia bio-bibliográfica de P. H. U.; Selección de escritos de P. H. U.; Párrafos de **Aspectos de la enseñanza litera-**

ria en la escuela común; **Homenaje a Antera Mota**, palabras en la inauguración del Mausoleo de la educadora puertoplateña; **Palabras** en la investidura de bachilleres de la Escuela Normal de Santo Domingo; **Héroes de sacrificio**, palabras en el homenaje a Duarte, Sánchez y Mella, el 20 de marzo de 1932; y la poesía **Mi Pedro**, de Salomé Ureña de Henríquez.

Homenaje en México a la memoria de Henríquez Ureña. Reseña en *Novedades*, México, 1º junio 1946, reproducida en *La Nación*, C. T., 8 junio 1946.

Hostos, el educador antillano. En *La Prensa*, B. A., 7 mayo 1938. (Suelto acerca de esta conferencia).

Jiménez, Miguel Angel.— **1932 en Santo Domingo.** En *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, No. 14, abril 1933.

Juventud Universitaria.— Universidad de Santo Domingo. C. T., año II, No. 15, julio 1946. (Edición de la revista, dedicada a P. H. U., Trabajos de E. Rodríguez Demorizi, Andrés Avelino, Flérida de Nolasco, Manuel de Jesús Goico C., R. Raf. Casado Soler, Carlos Federico Pérez, L. E. Piña Puello, notas e ilustraciones).

Lamarche, José.— **Horas de estudio.** En *La Cuna de América*, S. D., No. 10, junio de 1911.

La prensa americana y el Dr. Pedro Henríquez Ureña. *Listín Diario*, S. D., 3 noviembre 1916.

Lizaso, Félix.— **Homenaje. Francisco José Castellanos.** *La Habana*, 1938. (Ediciones de la Dirección de Cultura).

Mantovani, Juan.— **Pedro Henríquez Ureña.** En *La Nación*, C. T., junio 1946. (Publicado antes en Guatemala).

Martínez, Mario.— **Elegía por la muerte y por la gloria de Pedro Henríquez Ureña.** Poesía. En *Revista de Educación*, C. T., No. 82 junio 1946.

Mejía de Fernández, Abigaíl.— **Pedro Henríquez Ureña o el maestro de la juventud.** En *Listín Diario*, S. D., 19 de febrero de 1932.

Menéndez y Pelayo, Marcelino.— **Carta a Pedro Henríquez Ureña,** Madrid, 23 noviembre, 1910. En *Ateneo*, S. D., No. 13, enero 1911, p. 25.

Menéndez Pidal, Ramón, **Historia del arte en América.** Carta de P. H. U. y R. M. P. En *Clío*, S. D., julio 1933, p. 100-101. (Propuso a Menéndez Pidal que algún erudito español emprendiese viaje a América para hacer la historia completa del arte español en el Nuevo Mundo, ya en vías de realizarse con la actual presencia en América del Profesor Diego Angulo Iníguez).

Morinigo, Marcos A.— **Los estudios lingüísticos en la Argentina.** En el diario *La Nación*, Buenos Aires, 1º enero 1939, sección 5a., p. 2.

Millan, Enrique.— **Evolución filosófica de la América española.** En *Revista de las Indias*, Bogotá, 1945, No. 75, p. 351.

—Trata de P. H. U. y de Hostos.

Nolasco, Flérida de.— **Pedro Henríquez Ureña, filólogo y folklorista.** En *Juventud Universitaria*, C. T., No. 15, 1946.

Novo, Salvador.— **México siempre.** En *Fábula*, México, marzo 1934. Reproducido en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, No. 21, junio 1935. (Interesantes noticias acerca de la vida de P. H. U. en México).

Padín, José.— **Pedro Henríquez Ureña en Harvard.** En *El Mundo*, San Juan, P. R., 27 octubre 1940. (Dice: "Desde que murió Hostos, dudo que haya habido otro hispanoamericano mejor capacitado que P. H. U. para decirle a las tres Américas las cosas que les conviene saber y meditar si han de ser buenas vecinas").

Palabras americanas en la despedida de un buen americano, Pedro Henríquez Ureña. Publicaciones de la Universidad Popular Alejandro Korn, La Plata, 1940, 8 p. (Refiriérese al viaje de P. H. U. a los Estados Unidos, 1940-1941).

Pedro Henríquez Ureña. En el periódico *La Capital*, de Rosario, Argentina, 31 oct. 1931.

Pedro Henríquez Ureña. (Artículo necrológico). En *La Prensa*, Buenos Aires, 12 mayo 1946. (Y demás periódicos de B. A. y La Plata, etc.)

Pérez, Carlos Federico.— **Perfiles de Pedro Henríquez Ureña.** En *Juventud Universitaria*, C. T., No. 15, julio 1946.

Piña Puello, L. E.— **Pedro Henríquez Ureña el hombre, ha muerto.** En *Juventud Universitaria*, C. T., No. 15, julio 1946.

Romero, Francisco.— **Es la hora de los buenos americanos.** Carta a P. H. U. *Repertorio Americano*. San José Costa Rica, No. 24, noviembre 1940.

Rosa, Pablo.— **Don Pedro Henríquez Ureña.** En *La Tribuna del Este*. Hato Mayor, No. 30, 15 julio 1946.

Serrano Poncela, Segundo.— **Pedro Henríquez Ureña, el humanista.** En *La Nación*, C. T., 8 junio 1946.

Troncoso López-Penha, María Alicia.— **Pedro Henríquez Ureña o un ilustre dominicano.** En *Heraldo Normalista*, C. T., abril-mayo 1946.

Villalba, Domingo.— **Acerca de La Utopía de América.** En el diario *La Opinión*, S. D., mayo 1927.

Villaurrutia, Xavier.— **Henríquez Ureña, humanista moderno.** En *La Opinión*, S. D., 18 de julio de 1931.

Vitier, Medardo.— **Del ensayo en América.** México, 1945. (Capítulo dedicado a P. H. U.)

Vitier, Medardo.— **Pedro Henríquez Ureña.** En *Diario de la Marina*, La Habana, 24 enero 1941.

III

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
Filósofo y Humanista

Por el Lic. Andrés AVELINO
Catedrático de la Facultad de Filosofía.

PARA hacer un ensayo de bosquejar en el corto espacio de un discurso académico la múltiple y fecunda personalidad de esa cumbre de la cultura humanista que se llamó Pedro Henríquez Ureña, se necesita poseer una alta capacidad de síntesis y un contacto (si no un dominio) con el mundo de los valores por donde se paseó arrogante su figura platónica. La labor es más ingente y agobiadora si se piensa que me dirijo a un auditorio culto, enterado de la tradición, de la vida, de los sentimientos y hasta de las cosas íntimas de este gigante de las letras americanas. Confieso que no me siento poseedor de las dotes necesarias para salir airoso de esta empresa.

Su obra es de tal hondura y amplitud que sólo sintéticamente podré hablar de ella. Pido pues excusas por todo lo que dejaré de decir: por lo que no diga que pueda sin embargo haber dicho y por lo que no exprese porque no lo pueda expresar.

El pensamiento filosófico de Pedro Henríquez Ureña está insinuado con austera mesura científica en un ensayo en que el escritor dominicano critica el positivismo de Antonio Caso expuesto en una serie de conferencias sobre el cientificismo antimetafísico del filósofo francés Augusto Comte.

Escribe dos ensayos más de pura ideología problemática: Nietzsche y el Pragmatismo y La Sociología de Hostos, en los que se advierte su posición filosófica. Lástima que el pensador dominicano no continuase la

brillante labor teórica emprendida con estos estudios en que mostró una singular intuición filosófica respaldada por un profundo conocimiento de las corrientes filosóficas existentes. A su preferencia por los valores estéticos, se debe, sin duda, que la filosofía americana no haya recibido de él una más amplia contribución al pensamiento sistemático. Sin embargo en su obra de crítica literaria siempre aparece la actitud filosófica contenida, que ha hecho de sus juicios críticos notables páginas estéticas. No sé es filósofo sólo cuando se escriben ensayos sobre teoría del conocimiento, metafísica, filosofía de la religión o filosofía de lo inorgánico o de lo psíquico o de lo lógico o de la existencia; se hace también filosofía cuando se piensa en discusión problemática las cuestiones que aprehende el hombre ante la realidad y la existencia, cuando se encara en discusión dialéctica un problema de estética o de estilo. Todo es problemático en su esencia en la existencia; el hombre ordinario y el científico son los que desproblematican a las realidades; cuando las consideran evidentes —no problemáticas— aunque no lo sean. Todo el que reflexiona sobre la esencia o la existencia o sobre el proceder o la conducta hace filosofía teórica o práctica. Nadie vive sin que su vida y su quehacer cotidiano estén dirigidos por una filosofía. Esta suele ser, es cierto, un traje teórico que el hombre de la calle se pone de prestado, sin habérselo hecho a su propia medida; es casi siempre una estructura ideológica correspondiente a una forma social típica de una comunidad. Hasta el profesional y el comerciante ajustan sus actos, aunque inconscientemente, a una filosofía materialista. Nada queda pues, fuera de la filosofía, a pesar del desdén que por ella el criticismo y el positivismo —los dos grandes enemigos de la Metafísica y de la filosofía— han infundido en la cosmovisión del hombre moderno. Es cierto que llamamos filósofo sólo al investigador de lo problemático que se confecciona su propia indumentaria teórica. Sin embargo es éste el filósofo en sentido estricto, el que ajusta su vida al divino placer de la dialécti-

ca desinteresada. Pero la crítica literaria es también una sublime dialéctica de elevada estirpe, en la que nuestro Pedro Henríquez Ureña fué profundo filósofo con extraordinarias dotes de investigador. En la literatura como en la filosofía, se manifiestan las tres formas del pensamiento ontológico: el filosófico, el religioso y el estético. Y en las tres la mente esclarecida del gran dominicano hizo galas de dominio y de superación.

Hace un análisis crítico de las conferencias de Antonio Caso sobre el positivismo de Comte y se opone con valentía al movimiento que pretende convertir la filosofía en ciencia: rechaza esa filosofía afilosófica que afirma que sólo se puede conocer lo dado en los datos sensibles, en los hechos de la experiencia científico-natural. En la época en que hacía filosofía pura Pedro Henríquez Ureña, 1909, era el Positivismo la filosofía de moda en México y en toda la América Latina aunque ya el traje científicista caía en desuso en los círculos filosóficos más bien orientados del continente europeo, al golpe de los anti-positivistas más notables: Boutroux, Renouvier, Bergson y Cousin.

Aunque después de Kant y de Comte es imposible encontrar un solo filósofo absolutamente despojado de positivismo en algún grado, por leve que éste sea, sin embargo, Henríquez Ureña se adelanta a la época filosófica del alba del primer cuarto de siglo y se opone al positivismo de Caso, armado de las mejores dialécticas antipositivistas del momento filosófico europeo. Abjura de ese positivismo que él mismo maestro de la juventud mexicana debía rechazar más tarde, aunque no lo grase libertarse de él en absoluto, pues permanece bajo su influencia en la forma sutil y ampliamente extendida hoy de la actitud científica de la mayoría de los filósofos actuales, que finjen poseer no sólo una medida, sino también una aspiración a la evidencia científica en el campo de la problemática filosófica. Última forma, aunque leve, en que aún perdura el positivismo en la filosofía actual de mayor mérito, pues no escasean ahora mismo criticistas como Francisco Larroyo, y po-

sitivistas numerosos que escudados en la forma científica de la fenomenología, se abstienen de toda metafísica trascendente y de toda filosofía pura o a-priori desvinculada de la experiencia científica.

Pedro Henríquez Ureña reconoce el intelectualismo de Caso en el elogio que éste hace de los grandes metafísicos: Platón, Espinosa y Hegel y en que se declara idealista en la teoría del conocimiento. El positivismo es planta exótica en el espíritu latino. En Antonio Caso comienza a palidecer apenas nace, deslumbrado por la proclamación y la vivencia de los valores eternos de la cultura, que hicieron altamente valiosa la vida austera del maestro de la juventud mejicana. En Eugenio María de Hostos es una contradicción perenne entre los postulados de una Sociología científica —organicista, sociográfica y etnográfica que ignora la sociología de las formas y la sociología cultural— y la inmolada vida del maestro de la juventud dominicana dedicada en absoluto a la virtualidad de las esencias y al cumplimiento de los más altos valores del espíritu.

Ante la cita que hace Caso de Poincaré "todo es pensamiento" y el alegato de aquél en favor de la especulación teórica, Pedro Henríquez Ureña exclama con entusiasmo que señala su genuina orientación metafísica y filosófica: "Entre los muros de la Preparatoria, la vieja escuela positivista, volvió a oírse la voz de la Metafísica que reclama sus derechos inalienables".

No debe considerarse la obra filosófica del gran crítico como algo realizado al acaso, en medio de los titubeos de la juventud, por el que desconoce aún el propio surco de su vida, intenta uno y lo abandona por impericia.

El crítico no pretendió nunca ser filósofo estricto, pues si tal cosa hubiera anhelado, tal hubiera sido; tenía sobrados talentos para ello. Pedro Henríquez Ureña sabe que no se puede ser crítico sin filosofar, sin tener una sólida cultura filosófica y buscar su propia orientación en ella.

No quiere ser un crítico subjetivo, churrigueresco, de esos que sólo llaman la atención por la pasión, la parcialidad y la diatriba de sus escritos; anhela ser crítico objetivo, imparcial, eterno en sus apreciaciones estéticas. Y como sabe que esto no se puede alcanzar sin provisión filosófica y vive además un momento de desquiciamiento teórico, como quien sabe que va a emprender un largo y arduo viaje por el continente de la cultura, prepara con meticulosidad refinada sus alforjas ideológicas. No quiere ningún instrumento falso ni malsano en su equipaje teórico y hace una revisión de valores, una profesión de fe ante sí mismo, frente a las corrientes de moda de las filosofías espurias del momento: el positivismo y el pragmatismo.

Se ha dicho de antemano: no me dirigiré en mis juicios estéticos ni por el positivismo ni por el pragmatismo. Mis reflexiones literarias serán objetivas, pero no con una objetividad científica a lo Hume o a lo Kant, sino con una objetividad filosófica, que aunque de sentido romántico, porque en ellas jugará un papel preponderante la intuición, no podrán caer tampoco en el campo estricto de la fenomenología de Husserl, debido a su marcado rechazo de la Metafísica. Pero tampoco será un romántico absoluto a lo Schopenhauer o a lo Bergson, proclamador este último de un irracionalismo integral; ni un antiintelectualista en el sentido de James ni en la dirección de Nietzsche.

La admiración del crítico a la obra platónica lo abroquelaba contra toda contaminación maleante del pensamiento contemporáneo. De Pedro Henríquez Ureña no se puede decir que es un filósofo a secas. Pero se puede decir algo más, que es un pensador, un crítico de amplia cultura filosófica, un escritor que reflexiona sus juicios en actitud objetiva, filosófica. De ahí la profundidad y justeza de sus admirables ensayos críticos.

El no pudo tomar posición adversa a la sociología hostosiana. Quizás se deba ello a la admiración sin tasa que profesaba al gran sociólogo antillano. Su labor

se limita a presentar con unción admirativa la sociología del pedagogo y sociólogo dominicano. Permítaseme así llamarlo porque en tierra de Santo Domingo, en ambiente dominicano, y en intercambio directo con la juventud de este pueblo que lo admiró, lo combatió, lo amó y lo comprendió, realizó su obra sociológica y pedagógica el grande iluminado de Puerto Rico.

Para Pedro Henríquez Ureña el más alto mérito sociológico de Hostos se basa en su concepción de siete leyes que rigen toda la vida super-orgánica. No rechaza ni el cientificismo nomológico ni el positivismo organicista y cosmológico de la sociología hostosiana. Antepone la ley fundamental de su sociología, la ley de necesidad, al concepto de la "conciencia de la especie" de Giddings desarrollado antes por Darwin quien considera la simpatía como fundamento del instinto social y base del sentido moral.

Pero ni la conciencia de la especie ni la simpatía son el fundamento de la esencia ni del origen de lo moral. Hostos no discute los problemas sociológicos en actitud filosófica o problemática sino presenta sus ideas sociológicas en forma dogmática científica, con una evidencia apodíctica de leyes inmutables e indiscutibles, como lo hacen la totalidad de los sociólogos.

No se ha escrito hasta el presente una sociología filosófica que discuta los problemas antinómicos de la sociología. A penas se han escrito sociologías sistemáticas pero en forma científica como la de Toenies y la de Simmel. La de Tarde, la de Durkheim y la misma sociología alemana de las formas son demasiado científicas para ser filosofía de lo sociológico.

Ninguna de las soluciones antinómicas a que ha llegado científicamente la Sociología, caben en el marco espiritual de Pedro Henríquez Ureña. Ni el contractualismo de Hobbes, Espinosa y Rousseau, ni el organicismo de Merenio Agrippa y Platón, ni el intelectualismo de Comte ni el materialismo histórico de Marx, ni la división del trabajo social de Durkheim, ni "un proceso de oposición de deseos resuelto en acuerdo de creen-

cias" de Tarde, ni la lucha de razas de Gumpeovicz ni la "conciencia de la especie" de Giddings, pueden ser el fundamento de lo social para quien hizo repulsa consciente del positivismo y del pragmatismo. Sólo una sociología de las formas de base cultural cabría en el amplio espíritu del gran crítico hispano-americano Pedro Henríquez Ureña, para quien la última antinomia en que aparece el problema de la esencia de lo social, comunidad y sociedad, carecería de fundamento y de validez, pues la sociología alemana sólo señala las dos formas típicas de lo social: *Gemeinschaft* y *Gessellschaft*, pero no discuten ni cuál de las dos es la fundamental ni cuál es el dato último de lo social que determina a esas dos formas típicas de cultura. La teoría de la sociología de las formas es intuitiva fenomenológicamente, en actitud objetiva, científica, no en posición filosófica, problemática. Sus mismos creadores han reconocido la ausencia en ella de toda construcción metafísica. No es propiamente una teoría sociológica, sino una mera aprehensión de las dos formas fundamentales en que aparece como *factum* de la cultura el ente social. Toenies y Simmel, los creadores de la sociología de las formas se limitan a señalar por un lado la forma típica social comunidad: la familia, la religión, el Estado; y por otro la forma social sociedad determinada por el comercio material de los individuos. Pero más que esto la sociedad es todo conjunto de personas vinculado por unas mismas relaciones de intuición y preferencia de valores sustentados de modo consciente, y en libre discusión autónoma de los mismos. Una sociedad en comandita, un club deportivo, una sociedad recreativa, una institución científica, artística o filosófica, un Estado democrático, se instituyen después de una discusión de los ideales de la constelación de valores que sus miembros, personas autónomas y libres se proponen sustentar y vivir. La sociología hostosiana, tal como reconoce Pedro Henríquez Ureña es determinista y cosmológica no sólo por su concepción individualista y organicista sino también por su aceptación de la estática y la

dinámica social comtiana y aún más por su sentido naturalista y materialista de la libertad, la que concibe como "el modo natural de hacer las cosas". Concepción evidentemente determinista de la libertad que no podía encajar en la ontología pluralista e indeterminista de la metafísica de Henríquez Ureña ni aún en el alma visionaria e idealista del luminoso y altruista espíritu hostosiano, que sólo por la influencia comtiana podía sustentar tal concepción del mundo materialista. Libertad es la posibilidad que posee toda persona de poder decidirse entre dos puestas de valor. Es necesario salvar la obra profundamente espiritualista, procera e idealista del pedagogo y sociólogo antillano del cáncer positivista que la hirió de muerte. El positivismo es un apéndice extraño en su grandiosa obra de espiritualidad, de abnegación, de dedicación apostólica a los más altos valores del espíritu. El hombre se valora por lo que él valoriza, por la preferencia de valores, que manifiesta frente al cumplimiento de valores de las demás personas. Valoramos la persona de Pedro Henríquez Ureña por la estimación que ha hecho de la persona altamente valiosa de Eugenio María de Hostos, por la admiración que profesó a ese sacerdote de la democracia, de la virtud ciudadana, de la cultura y de la libertad americanas. No importa que su tendencia laica de origen positivista lo llevase a apartar de la escuela dominicana el más alto de los valores espirituales, el valor de lo sagrado. Era aquél un rechazo meramente teórico y no ontológico ni vivencial del valor religioso. Su vida y su obra están ahí, como la de Pedro Henríquez Ureña para mostrar al mundo la galería de productos de la cultura que nos legó el cumplimiento de los valores perfectamente jerarquizados de los dos más grandes pensadores antillanos.

No importa que su luminosa moral social, sea una moral utilitarista y una moral de los deberes y no una ética de los valores. No importa que fuese una ética de bienes y de fines y que recibiese la influencia de la ética formal kantiana del deber, del imperativo categóri-

co de la suprema ley moral, exenta de todo contenido y que su teoría moral no aprehendiese la esencia de lo ético. Nos legó la estela luminosa de su obra y de su vida austera y noble inmolada en cumplimiento de los valores morales. La teoría del origen y la de la esencia de lo ético o de lo social poco importa cuando la persona consume su vida en el cumplimiento de los valores espirituales perfectamente jerarquizados.

La teoría de las formas sociales carece aún de fundamentación filosófica. Simmel no justifica ni da validez a su concepción de la sociología como una mera geometría de las formas sociales.

Toenies trata, apesar de su positivismo, de fundamentar las dos formas sociales comunidad y sociedad en las categorías de unidad y pluralidad. "La unidad de varios hombres, puede como toda unidad, considerarse de dos modos, o bien la unidad precede a la pluralidad que de ella deriva o bien la pluralidad existe anteriormente y la unidad se produce después".

En las comunidades es primero la unidad, en las sociedades primero es la pluralidad. En la comunidad sólo existen individuos heterogéneos sometidos a la dictadura de la comunidad que le impone dogmáticamente una jerarquía de valores y una filosofía oficial como una metafísica inmutable. En la sociedad la pluralidad está constituida por personas autónomas que discuten la tabla de valores a sustentar y la proclaman en forma contractual, que puede ser llamada declaración de los derechos del hombre, carta fundamental del Estado o Constitución o estatuto de sociedad o acta matrimonial, etc. En la sociedad la tabla de valores puede ser discutida, reformada y cambiada a voluntad de sus miembros. En la comunidad nunca. La comunidad es comunidad de sangre o de raza, de metafísica dogmática, filosofía espiritualista o materialista.

La dictadura fascista, la nazista y la del materialismo histórico, son formas típicas de comunidad. La teoría de las formas pone erróneamente al lado de esas comunidades materialistas, las comunidades religiosas, las

que si son comunidades en cuanto aceptan una tabla de valores y una metafísica impuesta, son esencialmente distintas en cuanto son espiritualistas y sus miembros no se inmolan sólo en ofrenda a la comunidad sino trabajan en ella para salvación de su alma. El Estado democrático no es una forma social de comunidad, sino una forma cultural de sociedad.

El fundamento de las formas sociales está en la vivencia y cumplimiento de los valores individuales y sociales colectivos. Cuando la tabla de valores que viven los individuos es impuesta e invariable, se determina una forma social de comunidad; cuando la tabla de valores puede ser libremente discutida y modificada por las personas que la viven, se determina la forma cultural de la sociedad cuyo tipo más perfecto es el Estado democrático o cualquier otra forma social contractual.

No siempre se da de hecho una forma de comunidad absoluta ni una forma estricta de sociedad.

Así como en el hombre hay una eterna lucha entre el individuo y la persona, en toda sociedad se establece una pugna entre la comunidad y la sociedad, o sea entre la tendencia al anquilosamiento e imposición de una tabla de valores sociales y el reconocimiento de la dignidad de la persona humana para discutir y cambiar la jerarquía de valores de una determinada sociedad. Una sociología de las formas culturales pero fundamentada en la teoría de los valores es lo que pugna por surgir en el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña en medio del clamor emocionado de la frase admirativa, que no por sentimental deja de ser objetiva cuando rechaza de la sociología hostosiana lo rechazable; desde luego, dice Henríquez Ureña, gusta Hostos de las designaciones organicistas y aun de los procedimientos del organicismo apellidado naturalista o filosófico; pero nada más define la sociedad como ser viviente, concepto que cabe dentro de la idea general de organismo "sin buscarle sistemáticamente analogías con los seres biológicos ni precisar la diferenciación de órganos pues los cinco que describe (desde el individuo hasta la nación)

ejecutan indistinta y simultaneamente todas las funciones". Sociología cultural ha de ser la del hombre que dedicará toda su vida a la virtualidad de la cultura. Así lo ha de expresar más tarde Henríquez Ureña en intenso y profético ensayo: "La Utopía de América", donde pide la verdadera cultura, no la falsa ya rechazada por Rousseau; "Con fundamentos tales, México sabe qué instrumentos ha de emplear para la obra en que está empeñado; y esos instrumentos son la cultura y el nacionalismo. Pero la cultura y el nacionalismo no los entiende, por dicha, a la manera del siglo XIX. No se piensa en la cultura reinante en la era del capital disfrazado de liberalismo, cultura de diletantes exclusivistas, huerto cerrado donde se cultivaban flores artificiales, torre de marfil donde se guardaba la ciencia muerta, como en los museos. Se piensa en la cultura social, ofrecida y dada realmente a todos y fundada en el trabajo; aprender no es sólo aprender a conocer sino aprender a hacer".

No debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular".

* * *

La filosofía de Pedro Henríquez Ureña comienza en sus ensayos de crítica filosófica, pero sigue desparrramada en los certeros juicios de sus admirables estudios de crítica literaria.

Para captar el sentido de una obra no debemos perdernos en el bosque intrincado de ideas, matices y temas secundarios que son meros vehículos de expresión, hay que ir directo a la idea unitaria, matriz y creadora. Si nos preguntamos cuál es el sentido, la meta, el pensamiento central que dirigió la vida fecunda y trascendente de ese cíclope de las letras universales, hemos de respondernos: la unidad, la objetivación y la reafirmación de la cultura española e hispano americana. Todo lo que él hace, todo lo que intenta hacer, todo lo que proyecta, todo lo que llena de noble espiritualidad su vi-

da, está dirigido por esa idea matriz de la expresión del espíritu español e hispanoamericano. Sólo se expresa el espíritu. Buscar nuestra expresión es buscar nuestro espíritu. Por eso sale él, moderno Quijote, armado caballero de la literatura de la raza, soñando eternamente con su dulcinea España, en busca de los molinos de vientos de nuestra expresión. Por fortuna este moderno ilusionado del espíritu no cabalga endeble rocicante sino monta el brioso corcel de su amplia y sólida cultura, hinchado por la brisa de la pampa americana y endurecido por los aciertos como por los errores de la cultura europea.

No sale nunca apaleado como el divino loco de la campiña española. Sale en busca de nuestra expresión en procura solemne de nuestro espíritu y lo encuentra. Lo encuentra en México en la cultura indígena, en la indo-española, en el movimiento cultural que él mismo inicia al amparo de Vasconcelos y que se perpetúa en luminosa y autónoma expresión en los Alfonso Reyes, los Casos, los Larroyos, los Ramos. Por eso su manera es presentar, pueblos, personas, obras, ambientes y cosas, porque por todo ello habla nuestro espíritu indo-español.

Por Pedro Henríquez Ureña acaba de hablar el espíritu con una de sus voces más grandiosas, el habla luminosa y eterna de una cultura. Loado sea su valioso y ligero paso por este mundo pesado y sombrío. Su cuerpo vistió siempre la mirífica túnica griega, su pie calzó sandalias de raso con cintillo de oro en sus romerías culturales; su huella luminosa eternizará los senderos platónicos y hará frutecer las rutas estelares del espíritu. Por él, una vez más, de manera óptima se expresó, se recreó lo absoluto. He ahí un elejido, un colaborador excepcional en la obra del espíritu, en el divino hacer de Dios. Son tantos los millones de hombres, dedicados a la materia, ante los cuales, el espíritu se detiene, se pasma, queda estático, mudo, inhábil para su propia obra de recreación, que cuando contemplamos esos máximos colaboradores de la divinidad como Pedro Hen-

rriquez Ureña, intuimos un beatífico sentimiento de dependencia y de admiración casi místicos. Pedro Henríquez Ureña con Ortega y Gasset, Unamuno, Keisserling y Waldo Frank lleva a la categoría de problema filosófico, a pueblos, razas, espíritus, ambientes, terruños, modos de vida y formas de expresión. Nace la nueva filosofía del mundo de la expresión en cuanto expresión, que aunque no ha sido aun sistemática y conscientemente sustentada como tal, es ya de hecho una magnífica objetividad filosófica perdurable. Henríquez Ureña ha contribuido como el que más, aunque de modo espontáneo como los otros, a esa metafísica de la expresión, a esa filosofía de lo expresivo, que aunque desdeñada en Ortega y Gasset y en Keisserling con el mote impropio de filosofía de lo intrascendente, es por el contrario, filosofía de superlativa trascendencia. En Ortega y Gasset, es ciertamente una admirable fenomenología de la expresión, sin unidad sistemática; en cambio en Henríquez Ureña el tema unitario y central le imprime categoría de filosofía sistemática de la expresión.

Por otra parte, filosofía de la cultura es, en su más recto sentido, filosofía de la expresión, filosofía de los modos de expresión del espíritu. Tal filosofía no podía sino ser filosofía de base fenomenológica, descriptiva de los valores objetivos de la cultura. En Henríquez Ureña aparece de cuando en cuando salpicada de dialéctica, cosa impropia de los modos fenomenológicos, su fenomenología de nuestra expresión.

Excelencia debida, sin duda, a la honda influencia del divino Platón que en él había.

En busca de la expresión de nuestro espíritu va a las Universidades Norteamericanas y reafirma allí, en admirables cátedras de literatura española, la más genuina expresión de nuestro espíritu.

El arte y la literatura americanos antes de Pedro Henríquez Ureña, habían sido enfocados por la crítica —con raras excepciones— de modo incientífico y afi-

losófico. El es quien inicia en América la investigación científica literaria y la discusión dialéctica del ensayo filosófico sobre hombres, obras y cosas en su libro **Horas de Estudio**, labor que había de culminar en la señera y diáfana perfección de su más logrado ensayo filosófico en busca de **Nuestra Expresión**. Al lado del estudio de crítica literaria aparece el ensayo de fundamentación filosófica en sentido estricto o de enfocamiento fenomenológico de problemas, personas, ambientes y cosas. En unos precede el diálogo filosófico a la investigación científica de la objetividad artística; en otros el discurrir es estrictamente filosófico o exclusivamente literario. Allí donde trascienden ambas manifestaciones de su múltiple personalidad el ensayo filosófico precede siempre al literario, signo evidente de la jerarquía que desde su mocedad hasta la edad madura impone el pensador a los productos culturales objetivos de su propia elaboración espiritual.

El gran crítico no dejará, a pesar de su rechazo, de recibir la influencia positivista, que se manifestará en la medida y discreción de la investigación científica literaria, de sus admirables indagaciones en el lenguaje y en la intrincada métrica castellana. A pesar de su rechazo del pragmatismo y de la tabla nietzscheana de valores y de su repulsa de una verdad válida sólo por su verificación, será pragmatista, no en el restringido sentido filosófico ordinario, sino en el amplio significado de un pragmatista integral, que ha de experimentar la gama completa de los valores culturales.

En busca de la expresión de nuestro espíritu va a su España, a mostrársela a los mismos españoles, que en libérrima actitud personalísima no la ven en su más profunda y genuina expresión; va a mostrarles los lazos espirituales que unen a la madre fecunda con sus hijas espirituales: La Unidad de la Cultura. El quiere que se perciba "esa unidad que él descubre en las cosas españolas". Cada ciudad tiene su espíritu, dice, en un breve ensayo de presentación de las ciudades españolas. Su espíritu no es sólo sus calles, su ambiente,

su paisaje, sino también sus costumbres, sus poesías, sus cantares, su literatura, su vida bohemia. Hay momentos en la historia intelectual de España en que para él el más alto pensamiento filosófico se refugia en los místicos y en los líricos. Contribuye también a la valoración de la segunda parte del Quijote, "llena de matices delicados, de sabiduría bondadosa" en contra del dicho "Nunca segundas partes fueron buenas" del propio Cervantes. "Es la glorificación moral del Ingenioso Hidalgo".

En busca de la expresión de nuestro espíritu muestra en Plenitud de España la jerarquía de cúspide que le corresponde a la cultura moderna española en el mundo. Presenta los valores espirituales de la cultura hispánica, desde Lope de Vega, su más grandioso lírico, hasta los matemáticos españoles actuales, para mostrar que el "mal de España" no está en su falta de cultura científica, no experimental, como creen muchos. No puede estar tampoco en lo que creyó Ramiro de Maetz, que el mal de España es misterioso y no tiene remedio. El mal de España está como el de todo pueblo en la falta de cultura espiritual amplia y profunda. Una cultura por los valores espirituales, no de carácter predominantemente científico, técnico y profesional; una cultura sin alma, positivista, materialista, en que los más altos valores del espíritu, los valores religiosos, los éticos y estéticos sean postergados por los bajos valores de lo vital y de lo económico. Siempre hay en todo pueblo una élite culta; la hubo y la hay en España, la hubo en Alemania, la hay en todos los países existentes. Pero una élite culta no es siempre signo de la cultura bien orientada de un pueblo. La felicidad de un conglomerado social depende de la densidad y de la buena orientación de su cultura. Si la cultura es desorientada, si en ella hay una jerarquía invertida de los valores espirituales la densidad cultural, en vez de beneficiar, perjudica.

Va Henríquez Ureña en busca de la expresión de nuestro espíritu poético cuando presenta la revolución

de la métrica castellana de Rubén Darío, quien según él ataca el óptimo tesoro de nuestra métrica, el endecasílabo. Restaura el endecasílabo anapéstico del período preclásico y lo intercala entre los yámbicos a la manera clásica italiana.

Su estudio del endecasílabo castellano, no tiene por objeto, como podría creer un lector superficial, señalar las vinculaciones de los endecasílabos anapésticos, yámbicos y sáficos castellanos con las mismas formas italianas, sino por el contrario, mostrar su autonomía con respecto a su hermano clásico italiano, cuyo ritmo altera de modo visible —según Henríquez Ureña— por la introducción de un acento en sílaba impar, situada en medio de las dos sílabas pares sexta y octava.

A la autorizada opinión de Stengel —que en su *Romanische Verslehre* (Teoría de la Versificación Neo-Latina) que dice: “como extranjero debe considerarse el endecasílabo en España y Portugal” se opone Pedro Henríquez Ureña cuando muestra que no sólo en el cambio de los acentos sino también en las combinaciones de las diversas formas de endecasílabos, la expresión del más noble verso castellano, adquiere carácter de objetividad autóctona.

La investigación científica en que muestra Pedro Henríquez Ureña el origen irregular de la poesía castellana, desde la relativa anarquía del Cantar del Mio Cid y la uniformidad de la métrica de Berceo en la Edad media hasta la versificación amétrica de hoy, no es sino una profunda búsqueda de la expresión de nuestro espíritu poético de todas las épocas. La métrica castellana no es isosilábica como la griega y la latina sino en algunos casos esporádicos de preciosismo cultural poético.

La poesía castellana en su origen surge irregular en los cantos populares, se torna regular con los poetas palaciegos de los siglos XVII y XVIII para volver a ser irregular en el versolibrismo de la época moderna y actual.

La profunda labor sobre la métrica castellana de Pedro Henríquez Ureña hubo de ser muy beneficiosa para los movimientos literarios modernistas de la América Latina y de España. La primera edición de la obra data del 1920 y ya en 1921, en nuestros primeros manifiestos postumistas, al pedir absoluta libertad de metro y rima así como de motivos, vocablos poéticos y expresión de la emoción estética nos sentíamos respaldados por esa obra gigante de investigación de la métrica castellana que discutíamos con juvenil alegría en nuestros cenáculos literarios de aquellos tiempos.

Esta investigación científica de Pedro Henríquez Ureña conduce a esta consecuencia ineludible: a la identidad del verso libre, irregular, rítmico con la prosa. No hay oración de lengua alguna que carezca de la acentuación propia de la índole del idioma. Desde que la oración sale de nuestros labios en alas de su prosodia natural cabalga sobre ella la acentuación rítmica. Todo lo que hablamos lo hablamos en verso. La prosa no es más que un poner a renglón seguido los versos. En el habla las pausas, y en los escritos comas y punto y comas señalan los términos de oraciones o frases melódicas, los finales de los versos.

En busca de la expresión de nuestro espíritu llega Pedro Henríquez Ureña a la Argentina y allí realiza al lado de los Romero, los Pucciarelli, los Guerrero, los Alonso, su más fecunda labor espiritual. Allí escribe sus Seis Ensayos en Busca de nuestra Expresión, que es una calurosa defensa del alma y de la cultura americanas. En ella ataca males nuestros como "el afán europeizante" y exalta los valores de este continente, pide una tabla de valores americanos que señale cúspides de jerarquías culturales.

Rechaza el pedimento que Ortega y Gasset hace a los argentinos de "extrangular el énfasis" y la frase insidiosa con que Eugenio D'Ors despide a Alfonso Reyes: "El que le tuerce el cuello a la exhuberancia". Para Pedro Henríquez Ureña ni somos típicamente enfáticos ni específicamente exhuberantes; hay entre nos-

otros ambos tipos de escritores como en cualquier otra parte, pero no lo son todos. Es cuestión de categorías personales que se dan en todos los ambientes. Hay Países de América como México y el Perú en que es excepcional la exaltación. Pero tenemos corrientes y escuelas de serenidad, de refinamiento, de sobriedad. Rechaza también el prejuicio de la "América buena" y "la América mala", especialmente en el sentido de que esa diferencia la determina la influencia de clima y la división de zonas frías, templadas y tórridas. Por último, Pedro Henríquez Ureña, a más de otros innúmeros trabajos de la misma índole, encuentra cómo se objetiva el espíritu en la expresión de las letras coloniales en Santo Domingo. Era él un obsesionado de la expresión, un infatigable abanderado del espíritu, como que sabía con Hegel que el espíritu es expresión, que el espíritu sólo se manifiesta en los productos objetivos de la cultura, en la expresión en todas sus formas. Por eso fué eminentemente objetivo, porque hay que serlo para encontrar las formas definidas de la expresión del espíritu y no nublarlas con la pasión subjetiva o con el prejuicio pasional. Pero para ser objetivo es necesario ser culto en el recto sentido del concepto. La subjetividad es propia de la animalidad y de la ignorancia, dos hidras a las que Pedro Henríquez Ureña cercenó desde muy temprana edad las cabezas.

Su extensa investigación en el orden del teatro mundial, confirma nuestra tesis de que fué un obsesionado de la expresión espiritual en todas sus formas. Fué a buscar la expresión del espíritu universal, y lo señaló desde el fondo mismo de la tragedia olímpica, sobrenatural, de los trágicos griegos, desde el intrincado tropel de pasiones y de ideas humanas de los dramas shakespearianos hasta llegar a la comedia mundana, fina, mordaz y sutil de la gracia de la moderna escena francesa, el teatro multiforme y sabio de Lope de Vega, Calderón de la Barca y Ruiz de Alarcón e inclusive las comedias realistas y ultramodernas del teatro actual.

Conocedor profundo del teatro universal y especialmente del griego, Pedro Henríquez Ureña nos legó su Nacimiento de Dionisos, en cuyas páginas las pasiones humanas y las iras olímpicas de los dioses inmortales se mezclan como en Sófocles y Esquilo, para darnos la sensación sublime de esa realidad idealizada hasta lo sobrenatural de la tragedia griega: Semele la hija de Cadmo a la sola presencia del amado Zeus es devorada por las llamas, y sin embargo éste salva al hijo no nacido aún que llevaba ella en sus entrañas y que es el Dios niño esperado que ha de salvar a Tebas.

En la tragedia griega, el hecho puede ser insólito, pero los sentimientos y pasiones que provoca son, unas veces humanos en almas divinas y otras veces divinos en almas humanas.

Ni la precedencia de las tragedias griegas en idioma español de Hernán Pérez de Oliva, nubla la gracia apolínea de este Dionisos que nace dos veces para recibir la gloria y la mirra de un culto. Pedro Henríquez Ureña, demasiado helenista, se ajusta a la concepción griega del conflicto trágico de obtener un desenlace sin desastre, y aún jubiloso como los de las Euménides de Esquilo y la Alcestes de Eurípedes.

El magno conocedor del teatro griego no escribe en versos El Nacimiento de Dionisos no sólo porque sigue la tradición de los más insignes traductores de la tragedia clásica, sino por la dificultad de emplear metros castellanos que puedan sugerir las formas poéticas de los griegos.

Sin embargo aunque lo escribe en prosa, puede mostrarse que lo hace en sonoros y alados versos castellanos:

Llegó la hora fausta
del nacimiento de vuestro Dios epónimo
y el soberano de los inmortales
abriendo su carne sagrada
lo ha dado a la vida.

La dureza que el oído versado en las métricas regulares pueda advertir en los tres últimos versos se debe a la combinación métrica desusada de endecasílabo con cinco sílabas inacentuadas, un eneasílabo de ritmo anfibráquico como el de la Marcha Triunfal y un sextasílabo, inacentuado, arítmico.

Este ensayo de tragedia antigua corresponde a la forma del período anterior a Esquilo, la misma forma que empleó el poeta Frínico. Además de las características de estilo de que nos habla el mismo Henríquez Ureña, debe notarse que en esta forma primigenia de la tragedia griega por la cual tuvo marcada predilección el erudito del teatro antiguo, contrariamente a las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, en las que aumentan los personajes humanos, en ésta crece el número de los mitológicos.

De ahí la majestuosidad de este nacimiento de Dionisos, despojado de las pasiones, los odios y los sentimientos genuinamente humanos del Edipo Rey, del Prometeo Encadenado o de las Troyanas. En este sentido se advierte la graduación del predominio de personajes humanos sobre los mitológicos cuando pasamos de Esquilo a Sófocles y a Eurípides. En el Prometeo Encadenado además de la Fuerza, la Violencia y el mismo Prometeo, aparece el coro de las ninfas oceánicas. Oid como recibe al Dios niño el coro del nacimiento de Dionisos, en majestuosos versos irregulares:

“Llega dios niño, Dios virginal coronado de yedra; coronado de serpientes; Dionisos fructuoso lleno de aromas, portador de mieles”.

Tragedia ésta la más desprovista de pasiones humanas, de todas las tragedias griegas. Para apreciar su idealidad sublime comparémosla con los dramas modernos burdamente realistas pero genuinamente humanos en que la dramática desciende, aunque con intención moralizadora, hasta las pasiones más soeces y protervas.

El amor de Pedro Henríquez Ureña a esta tierra que le dió caricias maternas es de los que alcanzan la categoría de epónimos. Si tomamos en consideración los factores no puramente valentes que pudiesen haber contribuído a la perenne intuición de ese amor a la tierra de sus mayores, en primer término hemos de señalar la jerarquía espiritual de la propia singularísima persona de Pedro Henríquez Ureña. En segundo término las raíces espirituales, biológicas e históricas que tuvo con su familia ilustre y con la historia y la cultura dominicanas. ¿Podría, por ventura, ese jardinero de las culturas universales ignorar que en éste su Santo Domingo brotaron las primeras rosas de la cultura americana? Nadie ha sido cultivador más solícito que él de los productos objetivos de nuestra cultura desde la colonia hasta la época actual.

Ahí está para afirmarlo el estudio sobre el idioma español en Santo Domingo, una de sus investigaciones filológicas más notables, desde el punto de vista científico, sobre la evolución y adaptación del lenguaje castellano en América; *Literatura Dominicana, La Cultura y las letras Coloniales en Santo Domingo*, "estrella solitaria en el cielo de nuestra historia interna". La vida intelectual en Santo Domingo, los ensayos sobre Gastón Deligne, José Joaquín Pérez; el estudio sobre Rufinito, que más que sobre la historia novelada es un agudo análisis de los orígenes de la independencia dominicana, y la epístola sentimental y ática teñida de azul melancolía escrita a Leonor Ma. Feltz, la maestra de sus primeras lecturas literarias, a quien recuerda en 1910 la patria lejana y triste, triste como todos sus hijos, solitaria como ellos en la intimidad de sus dolores y sus anhelos no comprendidos".

Pronuncia varias conferencias sobre la literatura dominicana como la que dictó en la Universidad de Montevideo. En aquella ocasión mostró la literatura de Santo Domingo desde Leonor de Ovando, que pulsó con manos femeninas la primera lira Americana, hasta el movimiento postumista, incomprendido y rechaza-

do aquí por sus mismos compatriotas. Se puede decir que Pedro Henríquez Ureña, aunque ausente de Santo Domingo la mayor parte de su vida, amó con más devoción los valores dominicanos que la mayoría de los que nos quedamos recibiendo el beneficio de la realidad de este ambiente tan moderno como arcaico y legendario. Era el amor nostálgico a la Patria lejana, puro por lo ideal y por lo incontaminado de realidad sensible.

Pero en ningún objeto se aprehende más hondo ese amor a la tierra de brisa soleada como en las cartas del maestro a Máximo Coiscou Henríquez, mi hermano en la religión del espíritu, iniciadas en 1916. En ellas se revelan las constantes inquietudes del ilustre dominicano ausente, cuando anuncia su propósito de escribir una historia de la literatura dominicana; da informes pormenorizados para erigir una estatua a Duarte; proyecta editar las poesías de José Joaquín Pérez; ofrece los tesoros de su archivo literario para un futuro Museo Nacional y da detalles, desde tierras lejanas, hasta de los santos cambiados de una a otra de nuestras numerosas iglesias. Para saber cómo se dedicaba a la vida cultural dominicana y cuál era su devoción por Santo Domingo, piénsese tan sólo que conocía el lugar exacto que ocupaban los santos de nuestros templos, cuáles de ellos tenían cambiados sus nombres y cuáles eran tallas valiosas de los siglos coloniales.

El espíritu platónico de Pedro Henríquez Ureña se manifiesta en tres formas: En el rechazo de las ideas modernas antiplatónicas del positivismo y el pragmatismo; en la devoción profunda a la cultura griega y en la consagración al culto de los más altos valores del espíritu, desde el valor religioso y el valor del soberano bien platónico hasta los valores estéticos y los de lo verdadero y de lo falso de todo conocimiento.

Y de modo expreso, se advierte su influencia platónica donde quiera que se posa su vuelo admirativo.

El divino Platón es su modelo y su guía; cuando su reconocimiento de Azorín no lo lleva a rechazar a

Menéndez y Pelayo lo hace por su marcada inclinación platónica. Presenta a Oscar Wilde y a D'Annunzio bajo el palio áureo y eterno del espíritu platónico, y eleva a las cumbres de la perennidad a los poetas de la poesía mística española, que sólo por platónica irradia un ambiente austero de eticidad pura y llena con sustancia de absoluto y arrobamiento de éxtasis el sublime abismo cristiano entre creador y criatura. Por esa su influencia profundamente ática, su alma se abisma en la unción admirativa ante "el vuelo platónico de Fray Luis de León, uno de los más grandes poetas de la humanidad".

Dos grandes influencias recibió Pedro Henríquez Ureña, la una como filósofo y la otra como crítico. Influencias de dos cumbres, la una del divino Platón, el filósofo, y la otra del grandioso Menéndez y Pelayo, el máximo crítico de la lengua castellana. La influencia aunque aparece en dos formas puede reducirse a una, a la sustancial influencia de su vida, la platónica. Lo que él ama en Don Marcelino lo ama por platónico, esto es, su erudición ática, su figura genuinamente académica, su espíritu platónico, su respeto a la tradición cultural histórica.

Frente a la hostilidad de Azorín hacia el criterio erudito y académico de Menéndez y Pelayo, hace el crítico americano una admirable defensa. Siente honda simpatía por la crítica renovadora, individualista, intensamente emocional y personalísima de Azorín, pero no rompe lanzas con la erudición académica de Don Marcelino Menéndez y Pelayo, prueba evidente de su orientación platónica. Para él, aunque Menéndez y Pelayo tiene sus limitaciones, lo reconoce como un genio de la interpretación. Azorín le reprocha su estilo oratorio, lo que él llama "la Sinfonía marcelinesca", pero a ello responde Henríquez Ureña: ¿Por qué hemos de rechazar siempre el estilo elocuente? Es excelente cosa escribir como Marco Aurelio, pero, ¿no tuvo Cicerón derecho a escribir?

Es propio que el estilo emocional, arrebatado y personal de Azorín gane prosélitos ante el soberbio, sereno, grandilocuente y profundo discurrir del venerable don Marcelino. El mismo Henríquez Ureña, en un instante de emocional devaneo, se siente fuertemente atraído hacia Azorín, pero sus hondas raíces en la cultura griega lo despiertan de su ligero sueño romántico.

Menéndez y Pelayo es el crítico absolutamente objetivo, respetador augusto de los valores estéticos que contempla, que no trata de alterar las figuras señeras de la literatura española; Azorín es el crítico revolucionario, subjetivo, romántico, que altera con sus juicios personalísimos —plenos de atrevidas intuiciones correspondiente a nuevas tablas de valores— las obras que critica. A pesar de su admiración por ambos, Henríquez Ureña no cabe en ninguno de estos dos tipos de crítico. El será el crítico ático, erudito e intuitivo, así como un espíritu de Menéndez y Pelayo en la psicología de Azorín.

Una racha de escepticismo pasa con un soplo maléfico, pero aun así fecundo, sobre el espíritu grande y luminoso de Pedro Henríquez Ureña cuando escribe *La Utopía de América*. Hay un instante en que el magno sacerdote del espíritu desfallece ante el fracaso de los valores espirituales en esta edad moderna, ante esta cultura positivista, sin alma, proclamadora de valores materiales, vitales y económicos y negadora de los altos valores espirituales de la cultura humanista. En ese minúsculo ensayo, de una emoción intensa, de proyecciones casi proféticas, pide Pedro Henríquez Ureña una cruzada por la cultura. Ya nos hemos salvado de nuestros males interiores; salvémonos de los males que vienen de afuera. "Que no nos deslumbre el poder ajeno —nos dice— que el poder ha sido siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual; demos el alfabeto a todos los hombres". Pero no es sólo necesario dar a los hombres el primer alfabeto, es indispensable darles también a los alfabetizados el más fundamental, el segundo alfabeto, el alfabeto de la cultura orientada, pues

es peor una sociedad alfabetizada que sustenta y vive una falsa cultura que una sociedad analfabeta.

“Esforcémonos por llegar a la justicia social, a la libertad verdadera. Pero a ella no se llega por el materialismo histórico, sino por la cultura bien orientada. ¿Qué vamos hacia la Utopía? Si”. Henríquez Ureña lo reconoce valientemente. “La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles; es una de las magnas creaciones espirituales de la Grecia clásica”.

Pedro Henríquez Ureña no es sólo grande por sus elaboraciones espirituales e intelectuales, sino por ese profundo anhelo que agota su vida por elevar al hombre del mundo de la materia al maravilloso universo del espíritu. Por eso lucha como Antonio Caso, contra el comunismo, contra toda idea materialista, sea económica o areligiosa o amoral. Lucha serena y austera que en el pensador dominicano se advierte aún menos que en el filósofo Mexicano. En lucha callada, noble, seráfica, se limita, no a combatir y discutir tales extrañadas ideas, a lo que descendió el autor de *La Persona* y el Estado totalitario, sino meramente a anteponer los valores espirituales en los productos objetivos de la cultura, a la desorientación materialista del presente, seguro de que el hombre sólo puede ser salvado por una cultura espiritual.

En el “Nacimiento de Dionisos” aparece en su desnudez suprema la medula de la tragedia, no empañada por ningún asunto secundario de escenografía. En el teatro moderno, la influencia de lo histórico y las decoraciones, aunque logran éxitos efectistas, lo hacen a veces con mengua de la esencia de la vida plena que ha de ser el contenido esencial de toda obra teatral.

La técnica del “Nacimiento de Dionisos” nos muestra con evidencia la posición que ha de tomar más tarde el erudito del teatro griego frente al problema del escenario del teatro moderno. Quien al hacer teatro clásico escogió la forma más simple de la escena griega, es propio que se decidiese por la solución radical en la discusión problemática sobre el escenario. Rechaza el

realismo, porque la decoración minuciosa se traga la escena y nubla lo esencial en el teatro, que es el drama. Aprueba aunque con remilgos la dirección artística, especialmente cuando sugiere, con el vehículo del arte pictórico puro, la realidad, pero no cuando mezcla a ésta, en contubernio monstruoso con el arte, como en el caso de una marina en que una barca real se desliza, con personajes reales a bordo, sobre un mar pintado.

Ve con agrado la solución histórica que pide para cada obra escenario igual o semejante al que tuvo en su origen, lo que había provocado ya el resurgimiento de los teatros griegos al aire libre. Pero la solución histórica exige mucho tacto, pues como en las decoraciones minuciosas de la solución realista, puede la historia ahogar la vida del drama. Confiesa Pedro Henríquez Ureña su desmedido amor a la solución radical, a la simplificación absoluta, que ya de hecho había realizado en su "Nacimiento de Dionisos". Nada conozco mejor, dice, que Sófocles, Eurípides, Shakespeare, Racine, sin decoraciones o con meras indicaciones de lugar. Por eso le entusiasma sobremanera el Hamlet de Forbes Robertson que presencié en Inglaterra sin decoraciones, a penas con los simples cortinajes verdes preconizados por William Poel, que es, según el mismo Henríquez Ureña, la realización más extraordinaria que vió sobre la escena.

Queda pendiente, sin embargo, una discusión problemática sobre la trascendencia del escenario con o sin decoraciones en la obra teatral.

¿Es indispensable la decoración en toda obra?, ¿o la importancia del escenario y las decoraciones depende del tipo de drama que se lleva a la escena? Puede y debe en todos los casos reducirse a un mínimo la decoración como en el teatro griego y como en el Hamlet de Robertson? Henríquez Ureña parece contestar a estas preguntas cuando considera que hasta el libro de Job y los diálogos de Platón cobran vida escénica.

* * *

Si el erudito escribe ciencia del lenguaje no es como gramático sino como lingüista. No quiere ser policía del idioma a pesar de que el lenguaje es uno de los productos artificiales de la cultura— sino investigador objetivo de los entes del habla, cualesquiera que sean éstos. Si escribe una gramática no le da orientación normativa sino dirección empírica; enseña el idioma no con reglas reguladoras sino con numerosos ejemplos de la expresión literaria. Más que gramático fué filólogo, un genuino filósofo de la expresión hablada y escrita. En su filosofía del lenguaje concibe el idioma en forma semejante aunque distinta que Herder y Humbolt, y afina aún más que los filósofos positivistas modernos del lenguaje: De Saussure, Meillete y Vendryes, las distinciones entre lingüística o filología y gramática. Señala con Vossler y Croce, aunque no en discusión problemática, la crisis de la gramática general, que según él no es un fenómeno meramente lógico, intelectual, sino un producto estético del espíritu humano en su totalidad.

La discusión queda sin embargo abierta. ¿Es el lenguaje un fruto complejo de la totalidad del espíritu humano?, ¿o es el idioma como idioma un vehículo expresivo de las formas ideales de los pensamientos? En todo lenguaje como vehículo de expresión se manifiesta la totalidad del espíritu, pero el objeto esencial del lenguaje son las formas expresivas, correlato material sensible de las formas ideales lógicas, del pensamiento idiomático.

* * *

Maestro por temperamento y por estirpe. Su figura apostólica estaba siempre nimbada por el aura luminosa y sagrada del guía y del educador, del modelador de almas. Su palabra y su pensamiento fueron siempre signos y significación de formas culturales y rutas del espíritu. Jamás se oyó su voz que no fuese para orientar mentes extraviadas, para rectificar juicios falsos, para hacer cumplir los valores en su perfecta jerar-



quía espiritual. Cuando dirige la educación pública dominicana, se justifica su genuina vocación de maestro —maestro no es el que enseña e ilustra, sino el que guía, el que da formas al alma, el que modela espíritus— al crear de nuevo en nuestra República el antiguo bachillerato unificado, humanista, que no desintegra la estructura del alma humana; que no pone a los hombres en contacto con conocimientos parciales, sino que da al individuo un conocimiento integral del mundo de los valores jerarquizados y crea así a la persona humana como una totalidad espiritual.

Educación formadora de la persona espiritual según muchos, apta para comprender, vivir y resolver los complejos problemas modernos de la persona individual y social a la que la mayoría de los pedagogos norteamericanos de hoy, tradicionalmente especialistas, le dan el más fervoroso asentimiento. Sin embargo, para el filósofo no dogmático siempre será un problema decidirse entre las dos posiciones antinómicas del especialismo y el humanismo. Y en último caso surge la interrogante de si la educación, cual que ella sea, tiene un poder formador absoluto del alma humana, o si toda psique trae un núcleo en su estructura óptica resistente a una total transformación.

* * *

Pedro Henríquez Ureña es uno de los más grandes humanistas de que puede vanagloriarse este mundo moderno antihumanista. Elevado tipo de persona muy escaso en esta civilización en que la ciencia, la técnica y el trabajo manual baten en retirada a la arquitectura perfecta del alma humana. Como Platón, creía él que el trabajo manual no deforma sólo el cuerpo sino también el alma. Es el hombre que dedica toda su vida al cultivo de la persona; no le interesan las cosas ni la materia sino en cuanto son infundidas de valor en la forma expresiva que le da el espíritu. Busca con denuedo la expresión porque en ella trascienden los productos objetivos de lo estético. Es él uno de los pocos hombres

que en el mundo hacen desprecio del dinero para poner toda su acción al servicio de la cultura. Vió lo económico como un valor de utilidad que debía estar siempre al servicio de los valores más altos. Fué humano que no anduvo jamás detrás del oro sino que por el contrario, el dinero fué tras de él, en tímida ofrenda, temeroso de ofender su espiritualidad con su presencia.

Amó y cultivó los valores de lo sagrado, porque su alma, arrobada por los más sublimes deliquios, es de aquellas que han conocido el lenguaje irracional de lo absoluto. Bueno y manso como un San Francisco de Asis, no le influyó sin embargo el misticismo panteísta del monje; se dió siempre a los demás como que sólo poseía eso que al compartirse ni se divide ni se mengua. Como Sócrates fué maestro de juventudes; Pico de la Mirándola en las Universidades que se honraron con tenerlo en su seno; centro de atracción en círculos literarios y en galantes fiestas del espíritu.

Se dió con fervorosa paciencia a la obtención de la objetividad de los valores estéticos y señaló con nobleza el valor bello sin que la más leve nubecilla de pasión o de prejuicio nublaste nunca la majestad de quien se dedicó al magisterio sagrado de la objetividad cultural.

Fué un torturado de la idea, un apasionado de la psique ajena, un admirador de la persona humana como protagonista del drama trágico que en la vida se realiza entre individuo y persona. De ahí su señalada pasión por el teatro, pues en la vida y en la escena se dan la tragedia y el drama de la persona, como realidad y como idealidad. Todo cultivo para él fué cultivo del espíritu y para el espíritu.

Cuando hace ciencia es ciencia de lo puro intelectual, ciencia de los valores, de lo verdadero y de lo falso. Hace ciencia porque es un atormentado por el conocimiento puro. No oyó nunca las voces espurias de la utilidad material, sino los clarines áureos del espíritu. Maestro exclusivo de lo espiritual, cultivó su espíritu

para cultivar a la persona y no a las cosas. Como un santo laico, sólo le interesó la arquitectura espiritual del alma humana.

IV

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
Filólogo y Folklorista

Por doña Flérida de NOLASCO

THE
UNIVERSITY OF CHICAGO
PRESS

Señor Rector, señores catedráticos,
compañeros en las nobles inquietudes del espíritu:

ALEGRIA y dolor. He ahí los dos sentimientos que con imperiosa fuerza recuerdan al hombre su destino de compañero del hombre. Nos lo recuerdan y nos obligan a cumplirlo. Hoy estamos aquí agrupados, reunidos, unidos. . . y es el dolor el que nos ha congregado: un dolor inmenso nos estrecha y confunde.

A las letras de la América hispana la muerte le ha arrebatado uno de sus orientadores más representativos. Obrero infatigable, a sesenta llegan los títulos de sus trabajos y es considerado como el americano que ha rendido, a sus años, más vasta y completa labor. Con su pérdida, las entrañas del continente están lastimadas. Pero el duelo de América, por la muerte de Pedro Henríquez Ureña, es para Santo Domingo doble y máxima tribulación, porque este humanista apreciado entre los más ilustres de la raza, era un dominicano cuya muerte es orgullo para nosotros llorar. Y las letras patrias, ciertamente, lo han llorado y lo lloran. Repetiré las palabras que me escribe Don Américo Lugo —maestro del decir y del pensar— a seguidas de enterarse de la triste nueva:

“La inesperada muerte de Pedro me ha anonadado. En Marzo de 1943 escribí: Pedro Henríquez Ureña tiene por oficio la cátedra, desde la cual su enseñanza irradia luz continental. Félix Lizaso, el mejor dis-

cípulo de Martí, acaba de llamarle en Cuba **gran ciudadano de América**. Su nombre es glorioso; su modestia ejemplar, su patriotismo conmovedor. Ninguno de nosotros, fuera de la patria, suspira por ella como él. Conozco su corazón. Sé que ni honores ni riquezas compensarán jamás en él el afecto de la ausencia del suelo natal. Es tan dominicano, si cabe decirlo, como nuestra iglesia catedral, con quien podría comparársele. Sé que su deseo más profundo será volver, llamado; pegarse a los muros de la ciudad sagrada que fué su cuna; besar sus ruinas, y devolver al suelo generoso de la tierra patria, cuando su alma pase dulcemente, el maravilloso terrón que la contuvo".

El Señor Rector me designó para decir en este acto —el más adecuado como tributo a su memoria— algunas palabras acerca de la obra filológica y de índole folklórica de nuestro Pedro Henríquez Ureña. Es manifiesto a todos ustedes lo incompatible de mi escasa capacidad con tarea tan delicada. Mis palabras, además, habrán de salir quebrantadas. Por tanto, mi exposición será tan sólo un débil bosquejo.

Realizó Pedro Henríquez Ureña múltiples estudios filológicos, llegando a hacer de la Filología su diaria e ininterrumpida ocupación como catedrático de la materia en las universidades de Buenos Aires y de la Plata. Su reputación de filólogo de observaciones certeras, y de profundo desentrañador de los árdulos e intrincados problemas lingüísticos, se reconoce y respeta en el mundo —europeo y americano— de habla española, y trasciende a los pueblos de idiomas extraños, mencionándose como uno de los más eficaces investigadores del origen, de la historia y de la evolución del idioma español. La cita de sus trabajos parece ya indispensable, tan frecuente se ha hecho. La seriedad y honradez de sus estudios dió desde temprano a sus opiniones una validez que sólo alcanzan los grandes maestros. Su vida fué un enseñar continuo; en el libro, en la cátedra, en la conferencia, en la conversación, hasta en la íntima correspondencia epistolar. . . ¡Cuántas en-

señanzas salían de su pluma y de sus labios, sin que en ello pusiera jactancia ni orgullo!; porque con su habitual comedimiento y moderación, se apartaba de la ostentación y de la vanidad. El más humilde, hasta el más desorientado e ignorante, podía allegarse a él en busca de consejo y dirección. Hacíase paternal, y sus palabras salían reposadas, tranquilas, y con una firmeza persuasiva. De sus trabajos filológicos recuerdo —sin pretender hacer un recuento completo— “El Supuesto andalucismo de América”, en el que combate la tendencia a identificar a la América española con Andalucía en el orden lingüístico, vieja hipótesis que carece, como él consigue demostrar, de fundamento sólido. No niega semejanzas, niega identidades. Ni siquiera admite como cierta nuestra identidad de espíritu y costumbres con los andaluces, aseveraciones que considera simple literatura, fundadas, no en la observación directa de semejanzas y contrastes, sino en la creencia equivocada de que los primeros en llegar a América fueron en su mayor parte naturales de Andalucía. Pero si lo fué Las Casas, si lo fueron los Pinzón, si lo fueron otros, cuántos castellanos, de la Nueva y la Vieja Castilla, podrían oponérseles con Oviedo, con Ojeda, con Bernal Díaz del Castillo y con tantos más. Esto, sin mencionar a los que vinieron de Cataluña, sin contar vascos, extremeños y gallegos... Porque toda la península prestó su contingente a la población de América, y la base lingüística general del Nuevo Mundo, dice Pedro Henríquez Ureña, no tiene peculiaridades de ninguna región española. En la América reconoce cinco zonas lingüísticas (Santo Domingo, con Cuba, Puerto Rico, Venezuela y la costa norte de Colombia, es una de ellas) y distingue en el español de América características propias.

Su trabajo titulado “Para la Historia de los Indigenismos”, publicado en 1938 por el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, está destinado al Diccionario de indigenismos circulantes en el idioma español, que prepara ese mismo Instituto, y com-

prende en primer término la historia de dos palabras: **papa** y **batata** o **boniato**. Curioso y laborioso estudio, extenso en el tiempo (comprende desde el descubrimiento hasta nuestros días) y extenso en el espacio, pues abarca toda la América española, una región de los Estados Unidos y, además, España, Portugal, Islas Filipinas, Francia, Canadá francés, Haití, Italia, Inglaterra, Alemania, Holanda y Rusia. **Papa** y **batata** o **boniato**, palabras indígenas de extraordinaria consistencia y continuidad fonética, que ni en los idiomas más distantes en que han penetrado se alejan de su sonido original, y que a su paso destruyeron vocablos sinónimos, como **aje**, para Henríquez Ureña variedad de **batata** o **ñame**; si bien el **niame** mencionado por Colón, transformado en **ñame**, fué la voz que definitivamente hizo desaparecer la palabra antillana **aje**. También estudia en la misma obra la palabra **caribe** que vino a ser, por el feroz apetito de los así llamados, **caníbal**, y que ya en Shakespeare aparece incorporada al inglés —nuevamente transformada en **cáliban**. Por demás interesante es investigar la trayectoria geográfica y la evolución fonética y semántica de las palabras. Diríase que cada vocablo tiene su propia historia. Y a veces tan rápidamente viajan y se incorporan a otra entidad idiomática que todavía era el siglo XV y ya **caoba**, palabra taína, circulaba en el español de España.

En 1938 publicó el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires tres estudios de Pedro Henríquez Ureña: "Datos sobre el habla popular de Méjico", en el cual aprovecha muchas fuentes sumadas a observaciones personales y directas: "El hispano-nahuatl", trabajo en el que estudia el habla mixta que sobrevive en la América Central, habla más bien de superposición del azteca y el español, la cual ha alcanzado una literatura elemental; y "Mutaciones articulatorias en el habla popular"; estudio que comprende a Méjico central, o sea: la vasta altiplanicie del centro de Méjico, y los Estados Unidos de América en la costa del Golfo, más la América Central. En este triple estu-

dio trata de los cambios léxicos, de las mutaciones, asimilaciones, etc. que aparecen en el habla popular de ese dilatado espacio geográfico.

En 1939 publicó en la *Revista Hispánica*, órgano del mismo Instituto de Filología y en el cual era miembro del cuerpo de redactores, dos trabajos: "Ello", estudio que trata del comienzo de absolecencia, de la crisis de **ello**, que ya suena a arcaico y que va sustituyéndose con **eso** o con **el caso es, la cosa es**, en vez de **ello es que**. Sin embargo, advierte que se conserva **ello** en el lenguaje de tipo académico en la Argentina, y que también se conserva en el extremo opuesto: en el habla popular de unas pocas regiones, especialmente en las Antillas, y sobre todo en Santo Domingo, "característicamente arcaico en su hablar".

En la literatura española e hispanoamericana estudia la aparición de **ello** en orden cronológico: desde el *Cantar del Mío Cid* hasta Pérez Galdós, y las distintas posiciones gramaticales que adopta, deteniéndose en el uso muy peculiar y de sabor tan criollo que adquiere en nuestra habla vernácula. Con copiosísimo número de ejemplos textuales reconstruye la historia de **ello** a través de la literatura; y la parte referente a la significativa modalidad que adopta **ello** en Santo Domingo se enriquece con ejemplos tomados, entre otros, de Gastón Deligne, de Enrique Deschamps, de Francisco Moscoso Puello, hasta llegar a los últimos con Manuel Cabral.

A propósito de un trabajo de Don Ramón Menéndez Pidal, escribe otro estudio sobre el origen del zéjel y su forma estrófica, tipo de canción moro-andaluza de carácter popular que se cantaba (aprovecha y cita la explicación que da el arabista Don Julián Ribera) en forma de coro y repitiéndose el estribillo, la cual tenía intervalos de baile. El origen del zéjel y su expansión tienen especial importancia para la historia de la literatura. En cuanto a la historia de la música, el nacimiento y trayectoria del zéjel tiene una enorme trascendencia, siendo uno de los hilos que en la época presente han

conducido a los investigadores de la música hasta el esclarecimiento de grandes problemas. Con el zéjel la poesía árabe influye en la románica, y vemos cómo esta poesía cantada, en expansión vigorosa y rápida, va de Andalucía al resto de la Península; de España a Aquitania, de allí a toda Francia y a Italia. Y no sólo la forma estrófica y la música —dice Pedro Henríquez Ureña— la intención y la fisonomía amorosa de los trovadores provenzales, el amor sin recompensa, la devota y tierna sumisión del amador por su amada, en una palabra: la idealización del amor la aprendieron los occitanicos de los árabes por intermedio de los moro-andaluces quienes, antes que ellos, supieron de esta clase de amores trovadorescos.

Desaparece la estructura del zéjel en la poesía española con Lope de Vega, que es el último en recurrir a esa forma métrica tradicional, y cuando parecía extinguido su recuerdo, reaparece en el ciclo romántico francés, y con reiterada abundancia en Víctor Hugo, de quien sospecha Henríquez Ureña que la tomaron Díaz Mirón y Rubén Darío.

Pero el estudio filológico de mayor extensión lo dedicó Pedro Henríquez Ureña exclusivamente a su país (siempre tenía los ojos y el corazón vueltos a su patria) y es "El Español en Santo Domingo", estudio de un caudal abundantísimo de palabras y de frases hechas recogidas en parte directamente por el autor, sobre todo en el Cibao, y aprovechando asimismo los trabajos de autores nacionales que ofrecen oportunidad para recoger materiales de esta índole. ¿Qué no sabía aprovechar este hombre incansable para el estudio y la observación y, además, apreciador noble de la obra ajena? El esfuerzo literario o de investigación que aquí voluntariamente se ignoraba, se desdeñaba o acaso se llegaba incluso a despreciar, ¡cuántas veces lo veíamos después dignificado por sus citas! Porque ni siquiera la obra deficiente recibía de él un rechazo absoluto. Sabía encontrar el mérito donde quiera que estuviera, y hasta siendo mínimo, lo apreciaba. Separaba la parte

inservible y hacía valer lo estimable. ¡Qué distinta calidad humana si la comparamos con aquella otra de los que a toda fuerza quieren destruir y negar los dones ajenos!, y que cabrían juntos a aquel a quien dijo Jesús: "¿Por qué tu ojo es malo porque yo soy bueno?" Raro será el dominicano cuya obra no haya sido mencionada con simpatía por Pedro Henríquez Ureña, ya en escritos, ya en conferencias, ya en pláticas íntimas de interés literario y humano. En "El Español en Santo Domingo" estudia el lenguaje de nuestros consagrados escritores en su abundancia de giros arcaicos, en sus rasgos antiguos, donde sorprende palabras desconocidas hasta para los mismos autores de diccionarios; pero que se hallan en escritores españoles de los siglos XVI y XVII. Así en Félix María Del Monte conato por esfuerzo, según lo emplea Las Casas. Y al igual que Del Monte: Nicolás Ureña de Mendoza, José Joaquín Pérez, Salomé Ureña de Henríquez, Gastón y Rafael Deligne, que todos resucitan palabras más o menos desaparecidas. Porque las palabras, como los hombres, se debilitan, se gastan y por fin mueren. También señala que es particularmente rico en palabras y giros clásicos el lenguaje de Don Américo Lugo, como lo fué el de Don Manuel de Jesús Galván. Y después de señalar que en la fonética de la zona del Caribe sí se encuentran semejanzas con Andalucía, aunque no en el vocabulario regionalista, recoge los arcaísmos que subsisten en nuestros campos: los **agoras**, los **enantes** y los **continimás** que se enlazan, en los hilos misteriosos del tiempo, con aquellas delicias de Santa Teresa. Pero observa que no son los campesinos los únicos arcaizantes; nosotros también, habitantes de las ciudades, usamos diariamente el **dizque**, el **adrede**, y ¡cuántos más! Sin embargo también somos innovadores. Larga es la nómina de verbos de formación local que anota Henríquez Ureña. Y no sólo verbos, que no nos falta imaginación para crear nombres y expresiones. Si tiene sabor encontrar en nuestro lenguaje lo arcaico y desusado, no lo tiene menor dar con lo nuevo, con lo de propia invención, que

algún día habremos de ver incorporado oficialmente a la lengua, como otros tantos americanismos ya aceptados. Santo Domingo fué el campo de aclimatación donde comenzó el idioma español a acomodarse a las nuevas necesidades, y fué igualmente como nos dice Pedro Henríquez Ureña, el primer centro de americanización. La evolución, sin embargo, no fué rápida; razones de índole política y de administración económica contribuyeron a hacer lento el natural y espontáneo desenvolvimiento de la lengua. "Hasta hace poco, dice Henríquez Ureña, —y escribe hace apenas diez años—, el sabor castellano del español en Santo Domingo tenía en el habla culta, peculiar señorío, mezcla de gravedad y sencillez, sabor de antigua herencia del pasado colonial, con su fuerte tradición universitaria, con su tradición de arzobispos eminentes y de odores cultos".

Nunca he sabido quien fué el dominicano de quien dijo García Lorca que, compañero de viaje de él y de Adolfo Salazar, hablaba un español "estupendo". Sólo sabemos que este dominicano, al desembarcar besó la tierra de España.

La visión de Pedro Henríquez Ureña llega a abarcar, en síntesis armoniosa por bien eslabonada y trabada, toda la vida del idioma y sus distintos planos y sectores, e irá del detalle perdido u olvidado hasta el nobilísimo conjunto de la lengua; desde el lenguaje de un Juan Ruiz de Alarcón hasta el habla rústica e imperfecta de nuestros aldeanos; y en sucesión de tiempo, desde el nacimiento del idioma con el Poema del Mío Cid y el Libro del Buen Amor hasta los novísimos escritores de hoy quienes, en curva misteriosa y magnífica, con aquellos se tocan y enlazan. Conocerá, sin que parezca escapársele un detalle, la evolución total del idioma como organismo viviente y en continua variación, libre de la existencia estática que erradamente algunos le atribuyeron. Con este criterio amplio llegará a aconsejar: no el demasiado apego a los preceptos académi-

cos, sino el entrañable sentido clásico del idioma, que no es sino el amor a la perfección.

Absorbido cada vez más por los estudios lingüísticos, que ocupan su tiempo como labor y ejercicio profesional, las horas le faltan para los menesteres literarios. No encontraremos en la producción de sus últimos años, sino rarísima vez o accidentalmente, la voluntad de hacer literatura, es decir, la obra desinteresada o interesada tan sólo en crear belleza. Cuando se le preguntaba por qué él que escribió poesías, cuentos, y su tan alabada "La Muerte de Dionisos", no hacía ya literatura, sino trabajos áridos de Filología, contestaba con su habitual sonrisa: "es que yo vivo de la Filología". Escuchaba con agrado, sin la repugnancia congénita a los puristas, el lenguaje coloquial con sus modismos y atrevimientos. Más de una vez, a una tímida consulta de si esta o aquella palabra o expresión familiar podía escribirse sin escándalo de los lectores de gramática exigente, me contestaba: "si así se dice aquí, lo puedes escribir". Y explicaba: "con ese lenguaje que se dice que es impropio emplear, porque antes no ha sido escrito, escribió el Arcipreste su Libro del Buen Amor".

En 1906 publicó Don Ramón Menéndez Pidal "Los Romances Tradicionales en América", ensayo de pocas pretensiones en el que instaba a los investigadores de la literatura americana a explorar el campo de la poesía tradicional anónima. En posterior edición anota: "Don Pedro Henríquez Ureña, entre otros pocos americanos, ha recogido en Santo Domingo algunos romances tradicionales". El estudio a que alude fué publicado en una revista de La Habana en 1913 y es, como ocurre en esta y otras materias de investigación, labor inconclusa. ¿Quién podrá asegurar que ha terminado de investigar todo lo rezagado y olvidado, sobre todo si no tienen precedentes? El contacto de asidua intimidad con los grandes maestros del idioma no le privó desde entonces de gustar, en fruición, y deleite, la expresión sencilla y con frecuencia desaliñada del pue-

blo indocto. Años más tarde, trabajará en Méjico en similar investigación.

No pueden considerarse materias independientes la historia de las letras coloniales y nuestra literatura anónima, que se adentra en la médula misma del folklore. Porque éste no nace sin antecedentes, sino que es —salvo rara excepción— la supervivencia de anteriores culturas. De ahí el valor imponderable que para la historia de nuestra literatura tiene el folklore rimado, en el cual se salvan tantos vestigios antes perdidos u olvidados. Saturada quedó la Española con la abundancia de oradores sagrados, de escritores, de poetas peninsulares que se establecieron aquí y que trajeron el esplendor de aquellos dorados siglos. Pronto los naturales de Santo Domingo se confundieron en ingenio y en saber con los que llegaban de la Metrópoli, y estudiando ese espléndido pasado comprendemos cómo sobreviven hasta hoy en nuestra poesía folklórica voces como **pulido**, empleada en el mismo sentido —ya en desuso entre nosotros— que le dieron los poetas del siglo XVI; cómo en décima recogida en Oviedo, aldea cercana a la frontera, hallamos, casi con idénticas palabras, un pensamiento de Fray Luis de León que se encuentra en los comentarios al Libro de Job; cómo calca otra décima recogida en Neiba la manera de Sor Juana Inés de la Cruz; cómo la muchacha rústica reclama al que la enamora un **colier**, un collar, que no es otro que la **collarada** que exige la Aldara del Arcipreste. Dos obras de Pedro Henríquez Ureña deben ser inseparables en nuestros estudios: “La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo” y “El Español en Santo Domingo”, que es consecuencia de aquellas realidades históricas.

“La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo”, primera obra en su género de tan vasto alcance, no sólo nos dá, sin cansancio para quien lee, un caudal de noticias y consideraciones reveladoras de lo que fué nuestro espléndido pasado colonial, sino que es al mismo tiempo un índice orientador para los que aspiran

a profundizar en el conocimiento de señalados momentos que ameritan singulares monografías. Conducidos por él, vemos, con visión mucho más clara y completa, cómo "fluyó sobre Santo Domingo, toda la inundación de la conquista: los descubridores, los exploradores, los futuros grandes capitanes... Y damas cultas, y religiosas aficionadas a escribir"... Porque había en la Española muchas familias nobles, que como fué la primera de las Indias que se pobló, gozó de lo mejor. "Aquí se avicindaron representantes de poderosas familias castellanas, con blasones de Mendozas, Manriques y Guzmanes". Después, al correr de los tiempos adversos, disminuyeron las actividades culturales. ¿Y qué diré? Llegará el día en que la misma cultura estará a punto de extinguirse. Pero la tradición de este pueblo, amante como pocos de las letras, perduró. De sus despojos, de las cenizas de su antigua sapiencia, hemos visto cómo levanta el vuelo —el alto vuelo— alguna que otra inteligencia prócer, de esas que, como la de Pedro Henríquez Ureña, se empinan, celosas de espacio, hasta las cumbres que parecen a nuestros cortos ímpetus, inaccesibles. "Luminosos" llamó Henríquez Ureña los días de Hostos en Santo Domingo", cuando fuimos —a despecho de torpezas y confusiones de otra índole— uno de los pueblos de América mejor orientados en materia de cultura intelectual. Y agrega en carta familiar: "mucho puede aprenderse allí. Yo le debo a Santo Domingo la base de mis conocimientos".

En escapada de sus quehaceres cotidianos se detiene, quizás en busca de ameno descanso, en el folklore musical de Méjico y las Antillas. Denuncia en este trabajo su aversión a lo vulgar y pondera la belleza fresca de lo genuinamente folklórico. ¿Y qué debe entenderse por producción vulgar?. Será aquella, dice, "que recoge los desechos del haber culto; pero sin conseguir una auténtica modalidad, o la que, sin acierto, imita las ingenuidades del pueblo". Industria de las ciudades llama a la producción vulgar, "la que contiene en dosis variable heces de civilización y espumas de

pueblo, y se extiende, desde los cuadros de pintores en boga hasta los cromos de almanaque; desde las novelas académicas de un Ricardo León hasta el sainete humilde; desde las óperas triviales hasta los cuplés de revistas". Afirma que la música popular tiene en América, como base sustantiva, la música española; y señala: que si bien algunas melodías indígenas sobreviven —con excepción de Uruguay y gran parte de la Argentina— en la América del Sur, en la América Central y en Méjico, es difícil, cuando no imposible, identificarlas en las Antillas. De los ritmos africanos que viven en Cuba, según sus palabras, vida prolífica y se extienden a Yucatán y Veracruz, sólo con un "tal vez" pueden encontrarse rasgos en Santo Domingo. España, agrega, trajo a América desde la Conquista, sus cantos y bailes. En cuanto a la música destinada a los niños (juegos y cantos de cuna) ya tradicional en España cuando se trasplantó a las tierras recién descubiertas, afianza sus raíces en la Edad Media.

No hay que pensar que la plenitud de un sabio, quien quiera que sea, se adquirió de golpe. Es innegable que los conocimientos son susceptibles de aumentarse, de intensificarse gradualmente, aun en inteligencias precoces y privilegiadas como fué la de Pedro Henríquez Ureña. Y así vemos que de la crítica literaria ahonda cada vez más en las raíces del idioma, especializándose en la investigación filológica, labor en que la patria, añorada en amor y en dolor, fué su primordial campo de experiencia y estudio; y que, como en sector interesantísimo de la expresión literaria y musical, hubo de penetrar hasta en el terreno folklórico, donde palpó el origen hispánico tan admirablemente conservado.

Se apega a España; escribe "Mi España" y "Plenitud de España" y saturado de hispanidad vuelve la mirada a los intereses americanos en "La Utopía de América", estudio breve de páginas y dilatado de conceptos magnánimos, y de un aliento de fervor que parece ajeno a su serenidad platónica. La perfección

de su estilo adquiere y sostiene una calidad de excepción, consecuente y fiel, concorde con sus ideas e ideales nobles y levantados. Su precisión y economía nos admiran y asombran: ni una palabra sobra. El decir mucho en pocas palabras, el pensamiento condensado sin hacerse oscuro, no son cualidades frecuentes ni aún en los grandes escritores. Rehuye las trasposiciones; aconseja evitar el vocablo presuntuoso y el ocioso adjetivo; prefiere la palabra que no resta naturalidad a la expresión; ni siquiera aprobará un **mas** donde puede ir un **pero**. . . En plenitud de pensamiento, con severa dignidad, su estilo, ausente de recurso oratqrios, recuerda, no la forma de sintaxis rebuscada y personal, pero sí el espíritu que mueve la pluma de Fray Luis de León. Porque el estilo de Pedro Henríquez Ureña se identifica por la serenidad tersa, límpida, que envuelve el pensamiento con tal pureza que sería inútil que el más escrupuloso buscara en él partículas inservibles que lo afeen o sacudidas que innecesariamente lo agiten. La fidelidad de sus vocablos corresponde a la exactitud de sus juicios, a esa honradez que era en él verdad vivida y que fué la consecuencia necesaria, fatal diré, de su salud espiritual, de esa alma sin recelos, sin puerilidades y sin pedantes actitudes de superioridad; porque su modestia no escondía hinchazón de ánimo. No sufrió las embestidas turbadoras de las pasiones mezquinas, y crecía cada vez más en finura, en delicadeza y sensibilidad. Un día habrá de escribirme: "¿Por qué crees que no me gustaron tus páginas místicas? Tengo especial afición para cosas místicas de cierto tipo. Quizás tengo un misticismo informulado; quizás un misticismo ético, como el de Hostos".

Moderación y justicia. Veo sintetizado en estas virtudes su don de naturaleza. Maestro caritativo, a él podíamos confiarnos sin temor ni rubor, porque su palabra corregía sin humillar y su advertencia era estímulo cordial y eficaz. Como todos los que no conocen la amargura del corazón, era optimista. Así se mani-

fiesta en "La Utopía de América", título que parece envolver una ironía desusada en él. Pero es que llama utopía a aquello mismo que anhela, no como aspiración irrealizable, sino como principio y fin del verdadero panamericanismo que algún día habrá de realizar "la magna patria". Porque no entiende por utopía un vano juego de imaginaciones, sino una de las magnas realizaciones del Mediterráneo, "nuestro gran mar antecesor". Y ya que, según sus palabras, aprender no es aprender a conocer, sino aprender a hacer, a laborar, trabajemos; esforcémonos en ser universales, como él quería que fuéramos. Siguiendo sus consejos: gustemos de todo, apreciémoslo todo, y más que nada gustemos y apreciemos lo que tenga sabor nativo, carácter propio. Pero aún las diferencias de la lengua y tradición, nos dice, en vez de significar división y discordia deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Así, "la palabra utopía en vez de ser flecha destructora, será nuestra flecha de anhelo".

Confiados en sus enseñanzas, creamos que nada será obstáculo para realizar el ideal hispanoamericano: ni la pequeñez de los unos, ni la pobreza de los otros, ni el abandono, ni la miseria espiritual que se descubre, no como un mal colectivo y unánime, sino como maldición individual de unos pocos. Nada se interpondrá con maligna eficacia ante la hermosa realización. **La orza de harina (la firme voluntad) no se agotará; ni se menguará la alcuza del aceite (el amor patrio y fraternal) hasta el día en que el Señor haga descender la lluvia sobre el haz de la tierra. Y la tierra nuestra es para nosotros, americanos, América.**

Consideremos la altísima vocación de maestro, y veamos cómo no son muchos los sabios, ni muchos los que hacen de su ministerio un ejercicio y un apostolado de generosidad y abnegación. Honremos la memoria de Pedro Henríquez Ureña y agradezcámosle a Dios saberlo apreciar.

A trabajar invitaba él, que en su afán por mejorar a los demás no tuvo descanso. Persista su voluntad

de bien en los estudiantes universitarios.

Estudiemos su vasta y generosa labor. Comprenderlo, estimarlo y continuar sus ideales, es el tributo más digno de su memoria: un tributo superior a las lágrimas, a las alabanzas y a los monumentos.

Se acabó de imprimir en los talleres Pol Hermanos, calle Arzobispo Meriño núm. 45, de Ciudad Trujillo, República Dominicana el día 17 de marzo de 1947 y estuvo al cuidado de la SECCION DE PUBLICACIONES de la Universidad. — La tirada conata de 1000 ejemplares.

